

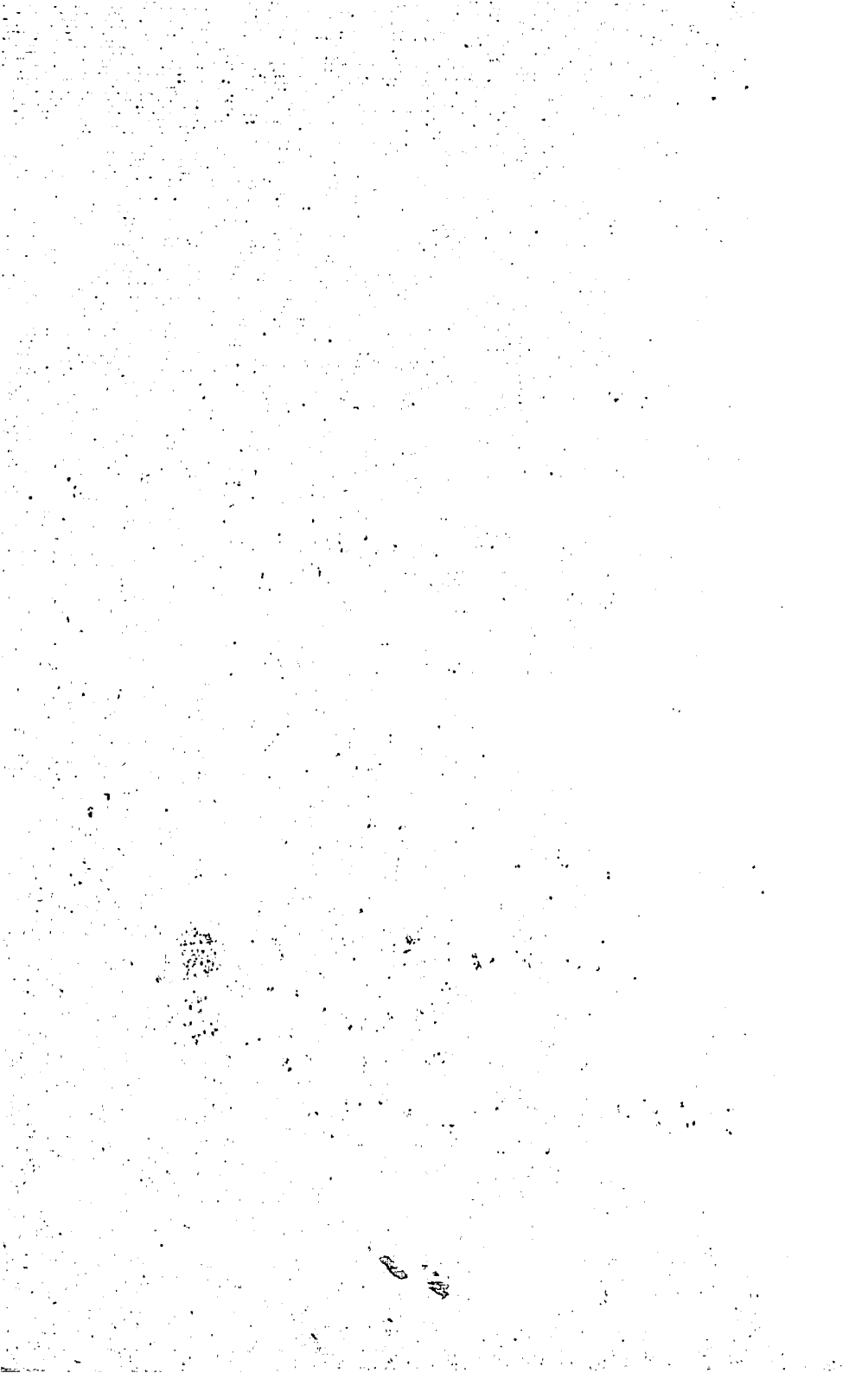
Armando Chávez Camacho

The background of the cover is a photograph of a desert landscape at sunset. The sky is a gradient of orange and yellow, with the sun low on the horizon, creating a bright lens flare. In the foreground, the dark silhouettes of cholla cacti are prominent, their spiny arms reaching upwards. The overall mood is dramatic and evocative of the desert setting.

CAJEME

novela de indios


SONORA



Alejandro Platt.

9-Junio-1988

ARMANDO CHAVEZ CAMARINO

CAJEME

CAJEME

NOVELA DE INDIOS

SONORA

CAJEME

ARMANDO CHAVEZ CAMACHO

CAJEME

NOVELA DE INDIOS

1287
Impreso en Sonora, México



SONORA

Primera edición, 1948
Segunda edición, 1967
Tercera edición, 1987

Derechos reservados por

Armando Chávez Camacho
Gral. Victoria No. 167-A
Tlalpan Centro
14000 México, D.F.

Para esta edición por
el Gobierno del Estado de Sonora
Secretaría de Fomento Educativo y Cultura

7254

Impreso en Sonora, México.

*Dedico este trabajo a doña María Dolores
Pedraza de Chávez Camacho, mi esposa.*

El Autor.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
DEPARTMENT OF CHEMISTRY
RESEARCH REPORT NO. 100
BY
R. M. WATSON

1954

RESEARCH REPORT NO. 100
BY
R. M. WATSON
DEPARTMENT OF CHEMISTRY
THE UNIVERSITY OF CHICAGO
CHICAGO, ILLINOIS
1954

RESEARCH REPORT NO. 100
BY
R. M. WATSON

“Sólo de vez en cuando se puede ver alguno de los indios pertenecientes a esas razas cruzar indiferente y silencioso nuestras grandes ciudades, con la indolencia del que nada espera, y llevando en sus negros y melancólicos ojos todo el orgullo de su pasado de semidiós, todo el fastidio de su presente sin dicha y toda la tristeza de su porvenir de esclavo.”

Las Razas Indígenas de Sonora y la Guerra del Yaqui, por el Doctor Fortunato Hernández.—Casa Editorial J. de Elizalde.—México.—1902.

Este es el primer tomo de la obra de don Juan de los Rios, que se publica en esta casa editorial. El autor, que ha escrito con un lenguaje claro y sencillo, trata de explicar de una manera sencilla y clara, pero sin perder de vista la exactitud de los datos, los principios de la física y la química, que sirven de base a las ciencias exactas y naturales. El libro está dividido en dos partes: la primera trata de la física y la segunda de la química. El autor trata de explicar de una manera sencilla y clara, pero sin perder de vista la exactitud de los datos, los principios de la física y la química, que sirven de base a las ciencias exactas y naturales.

La obra está dividida en dos partes: la primera trata de la física y la segunda de la química. El autor trata de explicar de una manera sencilla y clara, pero sin perder de vista la exactitud de los datos, los principios de la física y la química, que sirven de base a las ciencias exactas y naturales.

“Mucho se ha novelado sobre la vida de aquel cacique (Cajeme). Algunos lo representan ilustrándose en las páginas de un Diccionario de Escriche, y distrayendo sus ocios con novelas a la rústica de Paul de Kock. Otros lo pintan como un paladín de Ludovico Ariosto, librando serios combates personales en los campos de Navjoa para obtener la mano de la dama de sus sueños...”

El Estado de Sonora. Yaquis y Mayos. Estudio Histórico por José Patricio Nicoli.—Imprenta Díaz de León. México. 1885.

Il s'agit de la question de savoir si les agents
de la Compagnie ont le droit de rechercher et d'arrêter
les auteurs de délits et de les conduire devant les
tribunaux. La loi leur en donne le pouvoir, mais
il faut qu'ils agissent dans les limites de leur
compétence et qu'ils ne dépassent pas les bornes
de leur mandat.

Il s'agit de savoir si les agents de la
Compagnie ont le droit de rechercher et d'arrêter
les auteurs de délits et de les conduire devant les
tribunaux. La loi leur en donne le pouvoir, mais
il faut qu'ils agissent dans les limites de leur
compétence et qu'ils ne dépassent pas les bornes
de leur mandat.

Presentación

Sin intenciones de exaltar vana o demagógicamente la idea, recordemos un hecho definitivamente comprobado: los yaquis sostuvieron una lucha de resistencia ante la conquista, que duró alrededor de trescientos años. El innegable asombro que produce ésto ante propios y extraños, ha alimentado mitos alrededor de este pueblo, inspirando poemas, danzas estilizadas imitando sus costumbres religiosas, libros de historia, tesis doctorales, fotografías artísticas y hasta logotipos. Han sido creadas también, obras extensas de literatura, como los textos dramáticos “**La paz ficticia**” de Luisa Josefina Hernández, “**Venado sol, coyote, luna**” y “**Y retiemble en su centro la tierra**” de Tomás Urtusástegui o esta novela, de Armando Chávez Camacho.

Y una novela bien construída, normalmente propone un universo al que el lector se integra en el proceso de lectura; un contexto verbal en donde se ejercitarán los sentidos a través de la imaginación, el más precioso regalo natural del Hombre. **Cajeme**, con subtítulo ‘Novela de indios’, es ciertamente un contexto donde se mueven, a veces corpóreos y a veces como fantasmas, los miembros de la comunidad indígena sonorenses —Yaquis, Pimas, Seris— del siglo pasado. La comunidad, en comunicación intensa con la naturaleza, es la protagonista infraestructural del mundo novelado. Fragmentado en retratos costumbristas de los Yaquis —un entierro, la fiesta de la Virgen del Camino—, la historia de Lola Casanova entre los seris, la historia personal de Cajeme, el caudillo, la intensidad del calor del desierto como escenario de una caminata terrible... retratando, en fin, este mundo indígena, la novela transcurre suave, cuidada, agradablemente bien escrita, mientras la figura del ‘Generalísimo’ domina por completo el trasfondo de toda la ficción propuesta.

Encontramos imágenes poéticas construyendo un edificio en prosa:
“...se alegraban los ojos con el sangriento reventar de las pitahayas” (Pág. 118)

“Y sólo quedó, vagando por encima del vacío, un espectro blanco [...] Era el espíritu del Yaqui, de los Yaquis —Valle, Río y

Raza— que tomaba posesión de lo suyo, por adelantado". (Pág. 131)

"Iba recordando la leyenda de las fantásticas riquezas de la Isla del Tiburón, caminando por una vereda, cuando saltó, muy cerca, un ciervo colinegro, esbelto, ligero, coronado por la gran ramazón de sus cuernos... Y arriba, dominando el panorama abrupto, palomas, muchas palomas". (Pág. 206)

Y así, despacio, lleva un ritmo preciso, delimitado en el sonido y en el sentido de sus frases cortas, de sus párrafos pequeños.

Estamos entonces, lector, no sólo ante un trabajo literario que sobresale notablemente —por su calidad y estilo actualizado— en el medio y la época en que fue escrito, sino también ante la única novela de corte indigenista sobre los indios de Sonora, si tomamos en cuenta que se trata *"... de una 'visión por dentro', en la que el autor será a veces el indio mismo aunque la fuerza de sus personajes está en la comunidad, en la colectividad"*. (Gerardo Cornejo, *Las dualidades fecundas*, p. 54)

En efecto, sólo una 'visión por dentro' puede ser presentada con el lenguaje puro y sin complicaciones, lleno de nombres y vocablos de uso en la región que utiliza el autor, para afirmar la presencia de los indios, su espíritu claro, lejos de la leyenda y el mito que pudieran desdibujarlos.

UNA PALABRA DEL AUTOR
(Segunda Edición)

Sólo Dios conoce el misterio de cada vida. No siempre lo descubre el propio protagonista. Por ello, todo ensayo biográfico es, en cierta medida, una arbitrariedad que el autor comete en contra o a favor del héroe.

No obstante el título, este intento de interpretación no aspira a ser exacto ni justo.

El libro que tienes en tus manos, lector amable, quiso recoger el disperso mundo indígena de mi tierra, Sonora, trayéndolo a la unidad mediante la fantasía de un personaje.

Con su lucha y su sacrificio, Cajeme encarna la culminación de aquellas razas -según mi concepción- y levanta la suya al más alto nivel.

Aparecen también -no podían faltar- otras importantes fuerzas operantes en los campos del espíritu y de la civilización.

A. Ch. C.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

CAPETAMAYA

AYAMATEEAO

—¡Emeteeriooo...! ¹

El grito, bronco y agudo, resonó por toda la cañada, prestándole sonoridad los altos paredones del arroyo de Guadalupe.

La respuesta vino de entre los matorrales:

—¡Doloorees...!

A poco Emeterio se unía a Dolores en la mayor eminen-
cia del lugar. Eran dos niños cuyo parecido físico den-
unciaba el parentesco inmediato. Hermanos por la san-
gre, eran también hermanos en el juego, al que se dedi-
caban ahora, aprovechando que el cauce estaba tan seco
como todo el contorno.

—¿Ves aquella polvareda que se levanta en el Sur?

Dolores se puso la mano a modo de pantalla, arriba
de los ojos. Pudo así distinguir la nube de tierra que un
jinete a carrera abierta venía dejando.

Hasta ellos llegó, por fin, el viajero, a cuestras con el
cansancio y el peso de la noticia.

Quería saber el camino de Jusibampo.

Los pequeños, a una, se ofrecieron a conducirlo.

Para descansar, primero echó la pierna por arriba

¹ Haciendo figurar los cinco únicos nombres de personas que apare-
cen en este primer capítulo —Emeterio, Dolores, Elisandro, Adalberto y
Aureliano Campoy—, el autor recuerda con afecto a sus cinco tíos por la
rama materna, que en el Yaqui y el Mayo se formaron. Y con el nombre
inicial —que es además el del tío mayor— rinde homenaje al venerable
tronco común, es decir, al abuelo.

de la cabeza de la silla. Luego bajó del caballo que, todavía con las crines al viento, fue por delante, sudoroso y agotado.

El rancho estaba cerca.

Pronto llegaron.

—¿Está don Aureliano? —preguntó el viajero.

Como respuesta se recortó en seguida, sobre el marco de la puerta, la criolla silueta del ranchero.

La familia de éste y un grupo de peones atraídos por lo insólito de la llegada, rodearon al dueño de la finca y a quien lo buscaba.

Emeterio y Dolores se juntaron a los curiosos.

Todos escucharon.

—Dice su compadre don Adalberto que cómo están usted y los suyos; que él y su comadre están bien; que el caballo tordillo siempre se murió; que por el rumbo de *El Guayparín* no ha llovido ni una gota...

Iba a continuar la obligada relación, cuyo término todos esperaban con ansiedad, cuando el jefe de la casa lo interrumpió:

—¿Qué le pasa a mi compadre Adalberto? Porque supongo que no habrás hecho el viaje para darme esos informes, sino para traerme alguno otro de más importancia.

—Sí, señor. Me dijo el patrón: llégate a Jusibampo y hazle saber a mi compadre Aureliano que cuanto antes debe ponerse a salvo con su familia, porque los indios derrotaron al Gobierno en Capetamaya, y Cajeme es ahora dueño de hacer lo que quiera en toda la región.

Una mirada, más de angustia que de inteligencia, se

cruzaron don Aureliano y su mujer, mientras que la chiquillería seguía pendiente de los labios del emisario.

Ni el sol de mediodía —que estaba requemando una tierra olvidada del agua, porque tampoco en Jusibampo había llovido ni el arroyo llegado todavía—; ni la carrera cansada y presurosa, pudieron quitar al conductor de la noticia las ganas de comer y de tomar café.

Lo comprendió así el ranchero, hospitalario y generoso. Ordenó luego que se preparara lo conducente para satisfacer las necesidades del viajero y que la bestia fuera conducida al bebedero, pero no sin que antes el jinete revisara los ijares y aflojara el cincho.

Don Aureliano quiso oír el relato completo.

Otra persona tenía el mismo deseo. Su defectuosa humanidad —era jorobado y bizco— se ocultaba a medias tras un mezquite inmediato.

Despedidos niños y peones, don Aureliano se sentó en una mecedora y el portador de las nuevas fue contando lo que sabía:

Días antes, con gran número de guerreros, el Generalísimo de las Tribus había penetrado en la zona del Río Mayo, situándose en el pueblo de Etchojoa. Desde luego Cajeme destacó pequeñas partidas que fueron recogiendo ganado en los ranchos cercanos, para alimentar a su hueste.

En Navojoa estaban las fuerzas del Gobierno al mando de don Agustín Ortiz, hermano del Gobernador del Estado.

Para tener más a mano los abastecimientos de su gente, Cajeme se movió hacia Capetamaya, apenas cinco leguas al Sur de Navojoa.

La maniobra engañó a Ortiz, quien creyó que el ejército indio se había dividido.

Persistiendo en su error, imaginó que podría sorprender a la fracción situada en Capetamaya, y que si la destrozaba —cosa fácil dentro de sus cálculos— el golpe sería desmoralizador para yaquis y mayos, determinando su derrota definitiva.

Poniendo por obra su plan, Ortiz emprendió violenta marcha sobre Capetamaya, y un día de octubre de 1882 amaneció frente al rancho con la sorpresa de que el sorprendido era él, pues allí estaba, con Cajeme a la cabeza, el grueso de las fuerzas indias.

De todos modos Ortiz atacó. Cajeme resistió el choque con firmeza, trabándose un combate sangriento y terrible.

—Fue aquello un moridero —recalcó el narrador.

Y agregó:

—El Generalísimo se batió con extraordinario valor personal, sin ciudarse ni de su mano, que resultó herida y tal vez pierda. Lo que sería una desgracia, créamelo usted, don Aureliano. Porque si le cae tétano y Cajeme muere, habrá muerto un gran hombre.

La sinceridad del elogio y la pasión con que lo hizo, acabó con la energía del emisario convertido en panegirista.

Ya no pudo seguir de pie y se sentó en el suelo.

El esfuerzo también le agotó la voz.

Con otra, más lenta y menos audible, continuó:

—También pelearon con ardor los hombres de Ortiz, sobre todo los oficiales y soldados de Alamos. Allí quedaron, muertos o heridos, muchos miembros de conocidas

familias de la región, como Bartolomé A. Salido, Francisco F. Tellechea y otros.

Con visible preocupación, manifestada en el ceño, siguió escuchando don Aureliano:

—El Gobierno está en fuga. Cuando yo me vine de *El Guayparín* le llegaban a don Adalberto noticias de que Ortiz y sus dispersas tropas huían hacia Navojoa, Promontorios, El Quiriego y Batacosa. El hermano de usted y también hermano de mi patrón, don Elisandro, anocheció y no amaneció, con su familia. Seguro supo lo de Capetamaya antes de que yo llegara, pues ya no lo alcancé para darle la noticia.

—Y yo pienso —su opinión, a juicio suyo, tenía el mismo valor que la de quien lo enviaba— que están en peligro Siquilibampo, Mochobampo, Mochibampo, Agiabampo, Memelobampo, Nopobampo, Huabampo, Cochibampo, Jubarebampo, Torocobampo, Bachomobampo, Barebampo, Osobampo, Jambiolabampo, Güebampo, Siribampo, Bellulbampo y con suerte hasta Bacochibampo, aunque ya está cerca de Guaymas.

Todo había concluido: la misión del enviado, la comida, el café... y la enumeración de "bampos".

Guardó un silencio, que luego interrumpió:

—Se me olvidaba. Me dijo también don Adalberto que esperara la razón.

Aguardó un momento. El dueño del rancho se encontraba profundamente abstraído en quién sabe qué pensamientos. Sólo fue un instante.

Don Aureliano, como volviendo de un sueño lúgubre y apasionante, habló:

—Dile a mi compadre que le agradezco la noticia, y

que a mí y a los míos no nos encontrará Cajeme, porque ya nos vamos, aunque todavía no sé para dónde.

Ya iba por una vereda el jorobado y bizco que asistió a la conversación tras el mezquite. No pudo oír las últimas y sentenciosas palabras del rancharo, que se quedaron en el aire inmóvil:

—Y vete con cuidado. No vaya a ser que, con suerte, en lugar de llegar a *El Guayparín* te topes con los indios y acabes colgado de un jito.² Porque Cajeme no ha de saber que tú lo admiras tanto.

² Arbol enorme, de gran copa. Frecuentemente sirve de sesteadero.

DONDE CANTO LA PALOMA

ALMOJAN AB-ORIENTACION

—Vengo del Norte.

—Eso ya nos lo dijiste muchas veces. Pero no nos has dicho para dónde vas, ni cómo te llamas.

La plática ocurría al borde del polvoso camino. Interrogado e interrogadores seстеaban a la sombra de un corpulento jito.

Denunciaba la indumentaria de los segundos —y sus armas— que eran indios alzados. Allí mismo, detenidos por las riendas, gozaban sus caballos del fresco que podía proporcionarles la tupida ramazón del gigantesco árbol, que los libraba de los duros rayos solares.

El interrogado —andrajo más que hombre— trataba de hacerse entender.

—Si digo que vengo del Norte es porque voy para el Sur.

—¿Por qué tantas vueltas para hablar? —fue la pregunta.

—Porque soy pima.

Era él, ahora, quien preguntaba:

—¿Qué ustedes no saben que los pimas todo lo decimos al revés? Si hasta la misma palabra pima significa “decidores de no”.

Uno de los alzados —los demás aprobaron en el acto su determinación—le anunció:

—Pues por andar diciendo que no, te vamos a colgar. Seguramente aquello era un estremecimiento. Pero en

el guiñapo humano no era posible precisar si el pavor se manifestaba en el temblor de una espalda que era un puro bulto, o en el movimiento de los ojos, cruzados de por sí.

Todavía no acababa de pronunciar la sentencia, celebrada a coro y en gritos, y ya el condenado no podía hablar porque la soga circundaba su cuello y su cuerpo deforme empezaba a elevarse.

—Este lochi ¹ se hace el muerto —dijo uno de los verdugos al ver que la víctima comenzaba a sacar la lengua y ponía los ojos en blanco.

No se hacía, ni estaba muerto.

Por el contrario —como todos los ahorcados cuando aún no caen en la inconsciencia— estaba gozando.

Primero fue una sensación física de brutal desprendimiento de la tierra y de la vida.

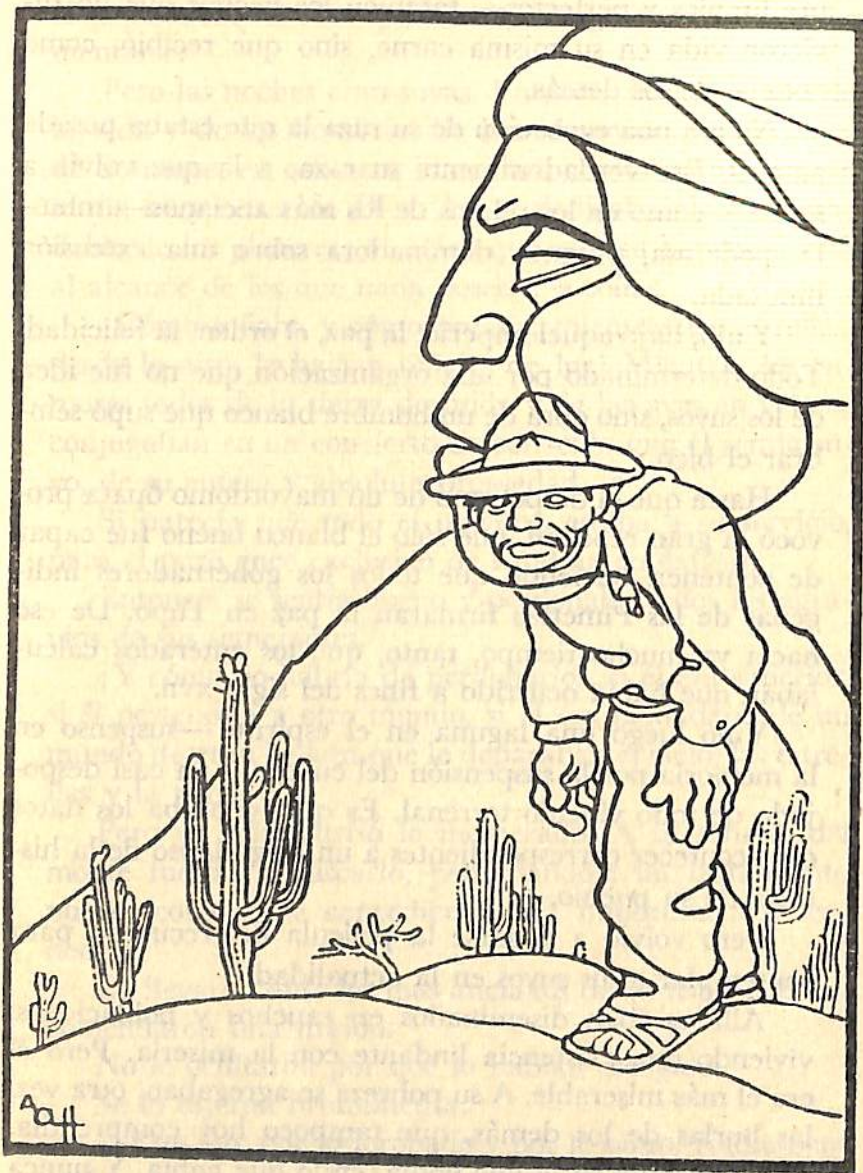
Luego siguió el desfile de imágenes y de recuerdos.

Se veía allá, en las Pimerías, pequeño, humilde, miserable, sin padres conocidos. Sus juegos de niño, con sus emociones, casi todas placenteras. De joven, la lucha y el trabajo, todo en medio de un cerco infranqueable de bur-las y cuchufletas.

Pero no se explicaba el origen de la actitud hostil, hacia él, de sus semejantes. Porque nada en su cuerpo había que pudiera provocar la risa. Se miraba —placer del ahorcado— fuerte, apuesto, ágil, sin un solo defecto. Y gozaba, gozaba como nunca antes gozó.

De improviso un abismo se abrió en su mente. Habían acudido a su memoria, en tropel, los recuerdos propios y los propios anhelos. Ahora pasaban ante sus ojos —siem-

¹ Otra forma de llamar a los jorobados.



pre limpios y perfectos— también los hechos que no tuvieron vida en su misma carne, sino que recibió, como noticia, de los demás.

No era una evocación de su raza la que estaba posada ante él. Era verdaderamente su raza, a la que volvía a mirar —como en los relatos de los más ancianos— robusta, poderosa, pujante, dominadora sobre una extensión ilimitada.

Y allí, bajo aquel imperio, la paz, el orden, la felicidad. Todo determinado por una organización que no fue idea de los suyos, sino obra de un hombre blanco que supo sembrar el bien.

Hasta que el despotismo de un mayordomo ópata provocó la gran rebelión, que sólo el blanco bueno fue capaz de contener, haciendo que todos los gobernadores indígenas de las Pimerías firmaran la paz en Tupo. De eso hacía ya mucho tiempo, tanto, que los enterados calculaban que había ocurrido a fines del siglo xvii.

Vino luego una laguna en el espíritu —suspense en la memoria por la suspensión del cuerpo— ya casi despojado de todo vínculo terrenal. Es que ignoraba los datos del acontecer correspondientes a un largo lapso de la historia de su pueblo.

Pero volvió a pegarse la película del recuerdo para contemplar a los suyos en la actualidad.

Allá estaban diseminados en ranchos y poblaciones, viviendo una existencia lindante con la miseria. Pero él era el más miserable. A su pobreza se agregaban, otra vez, las burlas de los demás, que tampoco hoy comprendía.

Trabajaba en lo que podía, en lo que había. Y nunca

el pago fue otra cosa que un mendrugo para medio alimentarse.

Pero las noches eran suyas. Entonces se desquitaba de la vida y de los hombres. Se iba al monte, y allí, antes de dormirse, en contacto inmediato con la naturaleza, se sentía muy cerca de Dios. Así se dedicaba al más agradable de los placeres; al único que, por su baratura, está al alcance de los que nada poseen: a soñar.

¡Cómo soñaba y cómo gozaba, mientras las estrellas, desde lo alto, le hacían señales de luz! Mientras los ruidos todos de la tierra dormida y de las aves en vela se conjugaban en un concierto desconocido que él sentía suyo, de su entera y absoluta propiedad.

Si parecía que todo el universo estaba a su servicio, para el puro goce exclusivo de su alma en éxtasis.

Entonces se sentía bueno y perdonaba todos los agravios de sus semejantes.

¡Y cómo no habría de perdonarlos, si él era superior, si él pertenecía a otro mundo, si él era ciudadano de un mundo de gran belleza que le deparaban el cielo, las estrellas y la noche!

Pero un día ocurrió lo inesperado. A su refugio del monte fueron a buscarlo, pero dándole un tratamiento nuevo, como si le concedieran una importancia desconocida.

Lo llevaron ante los más ancianos de su tribu y le encomendaron una misión.

No le ocultaron por qué lo habían escogido.

Se lo dijeron brutalmente:

—Eres feo, por lo jorobado y por lo bizco. Nadie pensará que en tal desecho humano vaya un mensaje tan deli-

cado y una comisión tan importante. Tus propios defectos físicos te cuidarán de las asechanzas y de los peligros. Y habrás servido a tu raza, que puede ser que no te lo agradezca porque lo ignore, pero que se beneficiará grandemente con la realización de tu tarea.

¡Qué chiquitos vio desde entonces a todos los pimas! Lo ínfimo de su pequeñez podía medirse por el hecho de que su suerte —la suerte de todos— estaba en sus manos, solamente en sus manos.

La última oportunidad de su raza dependía de él. Y él podía frustrarla.

¿Querría?

Pero no. Allá en el fondo de su conciencia se agitaba algo que mucho se asemejaba a un deber.

Cumpliría su misión con las pocas fuerzas que Dios le había dado a su cuerpo deforme y risible.

Y emprendió el camino. ¡Cuánto caminó!

Nunca pensó que la tierra fuera tan grande. Ríos, cerros, pueblos, llanos, la inmensidad.

Y ese Cajeme, de quien todos hablaban y nadie veía, tan difícil de encontrar.

Pero lo encontraría. Para eso eran sus cortas piernas. Y para cuidarlo de las asechanzas y de los peligros estaban sus defectos físicos. La joroba se tornaba, así, en bulto llevadero, y lo bizco era una diversión de los demás, pero también suya.

Un día, tras un mezquite, escuchó un relato que lo conmovió hasta lo más hondo del corazón, no únicamente por la victoria de Cajeme, sino porque comprendió lo

cerca que estaba del Caudillo y de cumplir la primera parte y la más importante de su misión.

Repentinamente la película se cortó. Ahora estaba tirado sobre la tierra y lo rodeaban unos hombres extraños, cuyas miradas escrutadoras y curiosas eran un enigma para él.

Del sol lo protegían las ramas de un árbol y en la corteza del tronco había unas inscripciones como en alto-relieve.

El cabo de una soga, todavía en movimiento, lo hizo atar los cabos de su propio recuerdo.

Todo había sido fantasía. Todo, no. Su misión seguía siendo una realidad que a punto estuvo de frustrar la horca.

Si hubiera muerto, ya estaría su alma con sus hermanas las estrellas esperando, muy arriba, que el sol se ocultara para hacer señales de luz. También él las haría. Pero ¿a quién?

Es creíble —pensó, generoso— que en otros lugares de la tierra hubiera hombres como él, en las noches, mirando al cielo.

—¿De dónde saliste?

Quiso contestar. Acaso sus labios no se movieron —él no podría decirlo—; pero en su pensamiento respondió: —Del cielo.

Se le nubló la vista y todo se le borró: recuerdos y paisaje. Estaba desmayado.

Cuando recobró el conocimiento, ya todo le pareció claro. Habían querido matarlo. Seguramente sospecharon

que era un espía. Y la tentativa de ahorcamiento —y el paso de los recuerdos— había sido cosa de un instante, ese mismo instante de gozo y de memoria que conocen todos los ahorcados cuando su muerte aún no se consuma.

De fijo no habían alcanzado a escuchar su contestación, porque otra vez le hacían la misma pregunta:

—¿De dónde saliste?

—De donde cantó la paloma.

La risa yaqui, tan parca en manifestarse, estalló en franca y ruidosa carcajada.

Uno del grupo tomó la palabra:

—Aquí sólo cantan los zenzontles. Y cuando se han posado en el arbusto del chiltepín y por comerlo se han enchilado, su canto es más agudo y más bonito. Así, por la clase del gorjeo del zenzontle, nosotros podemos localizar la mata. . . ¿Y dónde cantó la paloma?

—En Cucurpe, de donde vengo.

Quiso explicar:

—Traducido a la castilla,² Cucurpe quiere decir eso: donde cantó la paloma.

—A ti te dicen el jorobado, ¿verdad?

—Sí.

—Y ¿por qué no te dicen el bizco?

—Eso depende de la predominancia en la distancia. Será porque desde lejos se me nota más la elevación de la espalda que la inclinación de los ojos.

Un yaqui pensó —lo pensó en voz alta— que el jorobado, como ya se había demostrado, se veía muy bien pendiente de una cuerda.

² Al castellano.

Otro tuvo una idea distinta, también oralmente expresada:

—Si este jorobado fuera camello, yo le abriría con mi cuchillo la joroba para aprovechar su depósito de agua. Y como es muy grande, tendríamos agua por todo el camino, sin necesidad de mascar la raíz del pochote.³

No se escapó a la víctima el lúgubre significado de aquella discusión. Pero al nuevo goce que le estaban anunciando se sobrepuso la conciencia de su misión. Por ella, sólo por ella, tendría que seguir viviendo, debería seguir viviendo.

El problema era éste: ¿cómo deshacerse de sus verdugos?

Una forma existía, nomás: revelarles el secreto de su misión hasta donde fuera necesario para que lo dejaran ir.

Vuelta al principio:

—¿A qué vas al Sur?

Ya decidido a hablar, pero siempre dentro de su original forma de expresarse, respondió:

—Venía del Norte cuando me topeté con ustedes. Iba para el Sur en busca de Cajeme.

Más curiosos y menos desconfiados, los seguidores del Caudillo pararon oreja.

Continuó:

—Mi tribu, la tribu pima, recibió un mensaje de Cajeme. Un emisario de él estuvo en Cucurpe a llevarlo. El jefe de ustedes quiere que también nosotros nos levantemos para hacer al Gobierno que reconozca la independencia y los derechos de todos los indios de Sonora. Los pimas

3 Un camote de la región, que contiene agua. Su fruto, que se parece al pepino, es duro, y lleva adentro una fina fibra, semejante a la seda.

dijeron al emisario que iban a considerar la proposición y que hiciera saber a Cajeme que pronto tendría la respuesta.

—Y yo soy el que la traigo —concluyó afirmando el jorobado con una energía que hasta entonces no se hubiera podido suponer de él.

Pareciéndole que los yaquis empezaban a convencerse, y en tono ya acorde con su papel, el jorobado añadió como cortando de un tajo la entrevista y la cuerda que lo preocupaba:

—Los pimas estamos dispuestos a ir a la lucha. Pero eso no será antes de que yo hable con Cajeme y de que él acepte nuestras condiciones.

A los de la partida aquello les sonó a desacato.

No comprendían cómo aquel harapo humano le pusiera condiciones al Generalísimo, cuyas armas acababan de cubrirse de gloria en el combate de Capetamaya.

Más difícil se les hacía entender que quien ya dominaba los Ríos Yaqui y Mayo descendiera hasta someterse a los deseos de una tribu lejana, tan pobre que para emisario mandaba a un jorobado y bizco por añadidura.

Precisamente por la distancia que los separaba de los pimas era muy poco lo que sabían de ellos.

Sin renunciar todavía por completo al fúnebre propósito que se formaron cuando el camino les regaló a este candidato a la horca, quisieron saber algo de los pimas. Y lo inquirieron.

El jorobado habló:

—Mi raza fue dueña del más grande Imperio que nunca hubo en el Norte.

Nosotros vivíamos dedicados al trabajo y a pelear contra nuestros enemigos jurados, los apaches, que son de origen tártaro.

Ni hacíamos otra cosa, ni teníamos otra esperanza. La única que alentábamos era vivir en paz y alejar de nosotros el peligro apache.

Pero un día llegó el "Gran Padre Blanco".⁴ Nos trató como nunca yori⁵ alguno nos había tratado. Nos quiso y lo quisimos. El nos organizó y nos enseñó a vivir mejor. Y nos hizo saber que después de la muerte hay otra vida, donde habremos de recibir lo que nos corresponda según hayamos vivido en la tierra.

Con el "Gran Padre Blanco" crecimos, fundando pueblos y ciudades, algunas de las cuales ya no pertenecen a México.

Ahora somos una tribu humilde que vive de un gran recuerdo. Y, como ustedes, sufrimos las vejaciones de los yoris.

Y porque queremos ser libres, por eso nos vamos a alzar.

El jorobado —que cuando hablaba parecía un caudillo, no un desecho humano— concluyó su discurso y éste hizo efecto.

Todavía los yaquis se interesaron por enterarse sobre los mejores tiradores indígenas de Sonora, los pápagos.

—Son de nuestra misma tribu —informó el jorobado. Forman una fracción de los pimas altos, pero alcanzaron menos beneficios de la obra civilizadora y evangelizadora.

⁴ Referencia al Padre Kino, sabio, santo y civilizador, con quien Sonora y México tienen una inmensa deuda.

⁵ Así llaman los indios al blanco.



244

Un último obstáculo asomó su faz cuando le preguntaron:

—¿Traes para el Generalísimo algún papel que demuestre lo que nos has dicho?

—Ninguno. A un pima se le cree por su palabra o no se le cree.

Conferenciaron los yaquis pesando las circunstancias de este modo: puede ser cierto o no lo que dice el jorobado; si es cierto que es emisario de los pimas, debemos dejarlo libre para que llegue hasta Cajeme; si es un espía o un mentiroso, ya se topará con otras partidas en el camino. Dejarlo ir cuando las fuerzas de Cajeme dominan toda la región no es un peligro.

Y lo dejaron ir. Ellos tomaron al Norte y él hacia el Sur, para donde iba.

Pero antes de separarse, el jorobado quiso saber el rumbo.

Uno le dijo:

—Tiras para allá y los vas a encontrar. Mejor dicho, te van a encontrar.

Otro agregó:

—Cajeme debe andar más pacasito de aquellos cerros. O más pallasito.

Y apuntaba hacia unas serranías azulosas apenas entrevistas en la distancia.

No dejó de llamar la atención de los indios la despedida del jorobado.

Fueron estas sus palabras:

—Este rato de alegría que ustedes me han dado no lo cambio por todo lo que he gozado en mi vida, que ha sido

muy poco, y me paga con creces todo lo que he sufrido. Muchas gracias.

Un rato después, a lo lejos, podía distinguirse la silueta deforme.

Los pies se iban hundiendo en la tierra suelta, mientras la cabeza del jorobado daba vuelta esta idea:

—No se los dije todo. No saben que si es verdad que vengo ante Cajeme en misión de los pimas —de todos los pimas, lo mismo sobas que sobaipuris, potlapiaguas que biatos—, también veré a los ópatas, y a los seris, y a los mayos, para saber si todas las tribus están dispuestas al levantamiento general. Y tampoco les dije cuáles son las condiciones de los pimas para ir a la rebelión: que los yaquis nos devuelvan Belén, uno de los ocho pueblos del Río Yaqui y el único que es de origen pima, y que ya no pretendan quitarnos Cumuripa, que es pueblo pima a pesar de que los yaquis dicen que nos lo tienen prestado.

FESTIN DE COYOTES

THE HISTORY OF THE

THE HISTORY OF THE

THE HISTORY OF THE

THE HISTORY OF THE

THE HISTORY OF THE

THE HISTORY OF THE

THE HISTORY OF THE

THE HISTORY OF THE

THE HISTORY OF THE

THE HISTORY OF THE

THE HISTORY OF THE

THE HISTORY OF THE

THE HISTORY OF THE

THE HISTORY OF THE

THE HISTORY OF THE

THE HISTORY OF THE

THE HISTORY OF THE

La tarde estaba despejada.

Ni una nube manchaba el cielo, que exhibía su más puro color azul.

El aire tenía una transparencia que parecía aumentar las facultades visuales.

Por la vereda iba el jorobado. Lo corto de sus piernas no le impedía caminar de prisa.

De repente se detuvo y se dijo a sí mismo:

—Esta noche va a cantar la grulla.¹

Luego siguió caminando.

Sus ojos, cruzados pero fuertes, eran capaces de saltar sobre la distancia, escrutadores.

Pero nada distinguían, sino algún huizache aquí o allá.

Por todo el contorno ni un ser humano —él casi no lo era—.

Así fue avanzando, avanzando rápidamente entre una soledad más pesada que su joroba.

También tenía buen olfato y lo venía ejercitando desde hacía rato.

Porque un olor raro y penetrante estaba empeñado en golpear a la puerta de sus fosas nasales.

Quería precisar su origen, pero no lo conseguía.

A veces sospechaba que fuera un cuerpo en putrefacción. Pero ninguno se veía por parte alguna.

1 Expresión que significa: esta noche va a hacer frío.

Empezó a notar, sin embargo, que aquella sensación se intensificaba a medida que su paso progresaba en el sentido hacia donde iban la vereda y él, como si se fueran acercando a la fuente misma de la emanación.

Tampoco en el aire había habitantes, por lo menos visibles.

Por eso le llamó más la atención que, inopinadamente, pasara con vuelo veloz una bandada de auras.

Casi al mismo tiempo surgió un coyote de un matorral y atravesó el llano, con increíble rapidez, siguiendo el vuelo de las auras y como jugando carreras con ellas.

Entonces comprendió: el animal de la tierra iba a disputarles la presa a los animales del aire.

Asoció lo visto con lo sentido. Estaba llegando, pues, a un campo de muertos.

Porque no podía ser un solo muerto. No serían tan grandes ni la peste ni la bandada.

Otros coyotes —pensó— estarían concentrándose, desde otros lugares, siguiendo el vuelo de otras auras.

—¿Estaré tan cerca de Capetamaya? —se preguntó. No se dio a sí mismo respuesta.

Era que una nueva interrogación estaba clavada en su pensamiento.

—¿Será posible que después de tantos días aún no entierren los cadáveres?

La única manera de salir de dudas era apresurar el paso.

Así lo hizo.

Primero se sucedieron las cortas zancadas, veloces, una tras otra. Luego la carrera abierta era una sola zancada.

—¡Qué raro es el hombre! —eso era lo que pensaba

ahora, acaso hasta lo iba diciendo—. Cómo se le mezclan los deseos a tal grado, que cuando está queriendo una cosa, a veces ya está queriendo la contraria. Porque la urgencia que me impulsa a correr para salir de la duda no es mayor que la que me traba por el miedo de llegar. Es un mismo acto y es una misma prisa; pero son opuestos sus fines. Y este miedo que me está ahogando. Y este sudor que me empapa, y que no es el de la carrera.

En una bajadita encontró la prueba: un cadáver en descomposición y parcialmente devorado.

No pudo detenerse a mirarlo con una calma que ni tenía, ni toleraba esta nueva visión general de un campo lleno de cuerpos inanimados y de otros, vivos, que con ellos hacían de las suyas.

Lentamente se fue acercando.

A pesar de que ya no corría, su respiración seguía siendo muy agitada. Y todo su ser se tornaba más deforme por el temblor, y continuaba sudando y ahora sufría más.

Un ojo humano —el más miope— hubiera visto retratado el espanto en el rostro del jorobado.

Por lo visto la matanza había sido de proporciones. El número de los muertos lo indicaba.

Hubiera podido contarlos, pero no quiso. Mejor dicho: sintió que no podría hacerlo.

Aquí, un cuerpo pálido, con los ojos abiertos, muy abiertos.

Allá, otro, medio conservado por una gruesa capa, fea y oscura —¿sería sangre?— que lo cubría casi en su totalidad.

Más allá, uno más. Tenía éste un brazo arrancado de

cuaajo, quizá por obra de la cruel habilidad de un hombre y por virtud del filo de un machete.

Y luego, más, muchos más.

Unos no tenían cara. Otros exhibían, al aire, sus intestinos destrozados y ya resecos.

Las bestias carniceras, pues, habían cumplido a satisfacción la tarea que sus instintos les reclamaban.

Ropas desgarradas, cuerpos a medio comer, cuajarones sanguinolentos, muchos de ellos sobre la tierra misma que el jorobado iba pisando.

Y aquellas posturas raras, inverosímiles, hasta risibles.

Seguramente éste, ya gravemente herido, todavía tuvo fuerzas para intentar incorporarse. Y se quedó, entre parado y sentado, sostenido curiosamente por el cuerpo de ese otro, su compañero o su enemigo.

Para muchos la muerte fue una sorpresa. No la esperaban aún. Calculaban terminar la campaña victoriosamente y volver a los suyos con un grado más alto, con dinero a montones y con mil hazañas que contar.

Su cara era la cara de la sorpresa. Ni siquiera tuvieron tiempo de mirar quién los mataba.

No todos reflejaban la ira ni la venganza.

Los había serenos, apacibles, sin un gesto, como si siempre hubieran estado listos —listos y preparados— para emprender el gran viaje.

Los había, también, desnudos. No sólo desnudos de ropas, sino también de la carne.

De lo que forma el cuerpo humano, uno tenía, nomás, lo de adentro, pero lo de más adentro: los huesos. Todos los tejidos que a éstos cubrieron, habían desaparecido. Y el esqueleto se mostraba con sus huesos blancos, limpios. Era

un caso de Museo que debiera acreditarse al diente eficaz de los coyotes y al pico preciso de las auras.

Jóvenes y viejos, blancos y morenos, altos y chaparros, gordos y flacos. . .

Quizá hubo quien muriera —así lo pensaba el jorobado— no por el ataque del enemigo sino por la agresión, errónea o traicionera, del compañero.

Y cada uno, en su perfecta individualidad, y todos tirados por toda la pelada llanura.

Lo que primero mira un bizco en otra persona son los ojos.²

Y hay que recordar que el jorobado era bizco.

Posó los suyos en otros, inmóviles. Y sintió que lo veían, que lo veían realmente.

La tarde, que no por siniestra carecía de ojos, pudo mirarlo cuando recorría aquel campo de desolación buscando otros ojos que realmente no podían verlo.

Muchas cuencas estaban vacías. Otras, llenas e inertes.

Ojos abiertos, muy abiertos.

Y ¡cómo veían!

Si parecía como que al morir, habían visto “algo”.

¿Qué sería?

Su última visión de este mundo ¿no sería ya la primera visión del otro?

Lo que sus ojos captaron en el postrer ejercicio visual ¿fue presencia terrena o la imagen de Dios?

² No tiene inconveniente el autor en confesar que eso se lo atribuye, con toda arbitrariedad, a su personaje.

Ya los coyotes y las auras comenzaban a impacientarse con aquel importuno visitante que venía a interrumpir su festín.

El bayo color de ese lobo de la región,³ en un principio sólo entrevisto a la distancia por el jorobado, era ahora cercanía casi tangible

Y luego lo fue sin el casi.

Porque al desviar un paso para no pisar un cadáver, el jorobado chocó con un coyote.

Era tiempo de abandonar aquel espectáculo de horror, dejando allí, entregados a su fúnebre tarea, a los eternos convidados de la muerte.

Todavía pensó —y lo dijo con voz que resonaba en aquella lúgubre soledad—:

—Si los muertos se levantaran... Si volviera a ellos la vida que hasta hace poco los alentó...

Y se fue caminando, a tomar otra vez la vereda por donde había llegado.

En la subidita —que fue bajadita a la venida— encontró el primer cadáver que había visto.

Presentaba una gran herida en la espalda. Acaso su dueño huía y estaba a punto de salvarse, cuando fue alcanzado.

El jorobado paseó la vista, como en una despedida trágica.

Unos coyotes, hartos, hacían la digestión. Algunos hombres tenían por fosa sus vientres.

Otros coyotes, en amigable consorcio con las auras, seguían devorando cadáveres.

³ El coyote.

Y hasta los cochis,⁴ al olor de los cuerpos putrefactos, habían abandonado los ranchos cercanos para comer carne humana en sociedad con las auras y los coyotes.

Para todos había.

Los hombres —matando o muriendo— se habían encargado de surtir a las bestias carniceras.

⁴ Cochinos, puercos, cerdos.

Faint, illegible text, possibly bleed-through from the reverse side of the page. The text is too light to transcribe accurately.

LA CIENCIA DE ÑA CAMENTA

LA CIENCIA DE NA CAMENTA

*San Pedro tiene los ¹ llaves,
San Pedro tiene los llaves,
San Pedro tiene los llaves,
San Pedro tiene los llaves. . .*

La canción mortuoria, común a yaquis y mayos, se iba repitiendo, triste, lúgubre, monótona, desesperadamente monótona.

Apenas de vez en cuando cambiaba la entonación, pero el cambio era casi imperceptible.

Después de cantar el verso diez, veinte, cincuenta veces, las respiraciones se interrumpían y los cuerpos se movían. Se hubiera creído que cantores y cantoras iban a entonar otro verso. Pero no. Volvían al mismo y con la misma tonada, pero con más fuerza.

Y así, hasta el cansancio, hasta el aburrimiento.

El cadáver estaba fuera de la ramada, a la intemperie, sobre un tapeste ² y frente a una cruz hecha de toscos palos.

El cuerpo, envuelto en ropas de colores chillantes, sin faltar los adornos de papelitos, mezclados caprichosa y variadamente según sus colores y el gusto de los indígenas.

Las paredes y techo del ramadón eran de carrizo ri-

¹ Como si llaves fuera masculino.

² Parrilla de varas ligadas por tiras de cuero.

piado ³ y se apoyaban en fuertes horcones de forma irregular.

En el interior de la ramada había público.

También lo había en el exterior, en torno del cadáver, pero principalmente alrededor de la lumbrarada, donde muchos hombres se encontraban sentados en cuclillas, porque aunque era el mes de octubre, por la noche ya refrescaba.

—¿De qué murió Petra?

Lo preguntaba un indio que iba llegando con los suyos.

De en medio del concurso, en el interior de la ramada, se había levantado a recibirlo el que parecía tener la representación de la familia de la muerta.

Volteó a ver a un niño, no mayor de diez años, el único de su edad que estaba sentado entre la gente grande, muy serio, como posesionado de la importancia de su papel.

Y le dijo.

—Lucas, cuéntale.

El nombrado se puso de pie, avanzó hasta el centro de la reunión y recitó su informe:

—En un petate estaba acostada la enferma. Tenía varios días de sentirse mal. Primero se le empezaron a enfriar los pies. Luego se le entumieron las piernas. Después tuvo cosquilleos y mareos, y se le nubló la vista.

Ella no quería curarse. Decía que no le importaba morir. Pero le dio una taranta ⁴ y ya no supo nada.

Volvió de la inconsciencia porque le vino un torzón que la hacía gritar.

³ Es decir, cubierto de lodo, ya seco.

⁴ Atarantamiento.

Tres días la tuvo chinquechada ⁵ el torzón.

Un "propio" fue a alcanzar a su hijo, que va para la Sierra entre los soldados de Cajeme, con el aviso de que su mamá estaba muy mala. Contestó:

—Si se muere, que la entierren.

Cuando el "propio" regresó con la razón, ya la enferma echaba espuma por la boca.

Entonces se llamó a la más famosa curandera de todos estos rumbos: a Ña Camenta.⁶

Llegó Ña Camenta y se sentó en ese taburete —apuntaba el informador hacia un rincón donde reposaba la gruesa humanidad de una yaqui gorda—.

Vio a la enferma y luego se dio cuenta de que estaba muy mala. Temblaba toda con unos calosfríos tremendos. Y la espuma le corría de la boca hasta la barba.

—Pa que se le quite lo aliviao, le dijo.

Y le dio a tomar un té de borraja,⁷ anunciando que era para que sudara. Enseguida la hizo que bebiera un cocimiento de sangrengrado ⁸ para que ya no echara más espuma.

Cada vez que le daba un remedio, decía lo mismo:

—Pa que se le quite lo aliviao.

—A último le dio algo de chuchupate ⁹ y le untó todo el cuerpo con cáscara molida de torote.

Ni por esas, ni por los remedios de Ña Camenta, pudo la enferma aliviarse.

No quedó por luchas. Ña Camenta le hizo todas.

⁵ Difícil postura en que el cuerpo está hacia abajo, pero encogido.

⁶ Doña Sacramento.

⁷ Planta cuya flor tiene propiedades sudoríficas.

⁸ Arbusto: su cocimiento se usa como desinfectante de la boca.

⁹ En la lengua indígena quiere decir "curalotodo".

La enferma se fue quedando, quedando, hasta que boqueó. Entonces Ña Camenta le cerró los ojos y se fue a curar a otro enfermo, de cuya casa la habían estado llamando.

Concluida la relación, Lucas se encaminó al tinajero, que no era sino un tronco de tres brazos recortados, sobre los cuales estaba asentada la tinaja de tierra. Con una jícara extrajo agua y calmó la sed y humedeció sus labios, a fin de estar listo para desempeñar, otra vez, su función.

Mientras él informaba, y aunque los presentes ya se sabían de memoria su informe, todo se había suspendido: las conversaciones, el canto, hasta las libaciones.

Lucas volvió a su sitio y la fiesta del velorio continuó. Ahora era una canción yaqui la que se entonaba.

Decía:

Huatabampo ne yeune sica,

*Etchojoapo ne yeune yepsa.*¹⁰

Era la ida. Luego seguía la vuelta:

Etchojoapo ne yeune sica,

*Huatabampo ne yeune yepsa.*¹¹

Amenizaba el acto una orquesta que se componía de arpa, violín, flauta de carrizo y un tambor yaqui.

El canto estaba a cargo del cuerpo de cantoras, encabezado por el temastían, bajo cuya dirección se realizan todas las ceremonias religiosas de los indígenas.

Seguro de la reconocida importancia de su misión, el temastían paseaba la vista sobre la concurrencia, y con

¹⁰ *Sali de Huatabampo,
y llegué a Etchojoa,*

¹¹ *Sali de Etchojoa,
y llegué a Huatabampo.*

la mano —y en ocasiones sólo con el gesto— manejaba el coro.

El cual seguía repitiendo, monótonamente, la misma canción.

Como ocurre en todos los velorios —no sólo en los de indios—, se habían formado grupos que estaban entregados a la plática.

Y como ocurre también en todos los velorios —no sólo en los de indios—, se hacían elogios de la finada, acaso reconociendo, ya que murió, todas las virtudes que no le fueron descubiertas en vida.

Uno decía:

—Fue una buena madre.

Otro:

—Fue una buena esposa.

Uno más, juntando los conceptos de los dos anteriores:

—Fue una buena madre y una buena esposa.

Del marido —al fin se había muerto hacía mucho tiempo— casi nadie hablaba. Y si alguno lo hacía, ya era legítimo señalar sus defectos, dado el tiempo transcurrido desde su desaparición.

—Era un borracho. Se vivía bebiendo sin acordarse de su familia —afirmó uno con aliento alcohólico y aspecto que denunciaba el progreso de la embriaguez.

El tema de un corrillo era la ciencia de Ña Camenta.

Entre chupada y chupada de su macuchi,¹² habló un viejo:

¹² Cigarro indio.

—Loreto, mi tzocoyote,¹³ nació como quien dice comiendo tierra. Siempre tenía llena la boca, y a pesar de todos los castigos, no dejaba el vicio. Se fue poniendo amarillo y la panza le fue creciendo. Un día a mi vieja se le ocurrió llamar a Ña Camenta. ¡Qué mano tiene esa mujer! Primero le dio unas nalgadas y luego lo obligó a tragarse una yerba —no sé cuál— que le hizo efecto desde luego. Vomitó tierra que fue un contento. Ya tiene dos años y hace lo menos uno que no come tierra.

Tocó su turno a otro:

—Yo no lo vi, pero como si lo hubiera visto.

De por el Norte llegó un mayo que iba para el río. Estaba más güilo¹⁴ que un carrizo. En una ranchería se quedó tirado, porque ya no podía dar paso. Hubo gente que se acomodiera a llamar a Ña Camenta. Le dio a tomar un líquido verde que siempre trae en una botella, y en seguida se sentó sobre el estómago del enfermo. Pero no se sentó así nomás, sino muchas veces, y con fuerza. Al rato el güilo comenzó a deponer y arrojó unos como animales. Y ¡santo remedio! Estaba curado.

Se pasaron los indios, unos a otros, la botella de matoca,¹⁵ mezcal a base de alcohol corriente, agua, alumbre molido y chiltepín¹⁶ en polvo. Antes de empinársela, cada quien limpiaba, con la palma de la mano, la boca del

¹³ El hijo menor.

¹⁴ Flaco.

¹⁵ Análisis químicos recientes revelan que entre los indios es frecuente ingerir un licor que tiene esos ingredientes.

¹⁶ Chile silvestre. Es pequeño, rojo y muy picante.

recipiente. Luego de tomar, con la manga de la camisa se limpiaban la propia boca.

Uno del grupo, ya completamente ebrio, se enderezó y agarró para el monte. Más tarde había de regresar, revolcado, y arrastrando su cobija de una esquina.¹⁷

Incansables para estarse las horas sentados en cuclillas, también los indios resultaban incansables para ponderar las virtudes curativas de Ña Camenta.

El viejo que inició la conversación —el padre de Loreto— volvió a prender en el tizón de la lumbrarada el mismo macuchi, que ya se le había apagado, y volvió a hablar.

—A la mujer de mi compadre Sebastián le cayeron en una pierna, de un jalón, tétano y pasmo. Varias noches estuvo Ña Camenta sobándola, al mismo tiempo que decía unas palabras que nadie entendía, y que han de ser mágicas. Sanó de tal modo, que quedó mejor que antes. Ahora puede echarse una jornada más larga que la del zaino que monta mi compadre.

—Lo único que yo siento —agregó con voz visiblemente emocionada— es que Ña Camenta hubiera andado para la Sierra cuando se murió mi vieja. ¡Amalhaya que hubiera estado aquí! No se me habría muerto.

El recuerdo conmovió a los oyentes. Se deslizaron frases en encomio de las bondades de la finada.

Pero la plática tornó al tema central.

—Ustedes no están para saberlo ni yo para contarlo —como todos los de su raza, el narrador mostraba su es-

¹⁷ Es lo único que nunca pierden los indios, por ebrios que estén. Hasta es un dicho esta expresión: arrastrando la cobija de una esquina.

pléndida dentadura—. Pero yo conozco la curación más notable que ha hecho Ña Camenta.

Fue una hija de Juan Cupis. Había regresado éste de la marisma trayendo unos pescados. Al estar comiendo uno de ellos, a la hija de Cupis se le atoró un hueso de pescado en el pescuezo. ¡Santo Dios!... los gritos que daba la muchacha. Y ¡cómo roncaba!, si parecía que se estaba muriendo.

—Pero ninguno de ustedes se imagina lo que hizo Ña Camenta.

El silencio general le demostró que no se equivocaba. Continuó:

—No le dio a tomar ningún cocimiento de yerba del manso, ni de ninguna otra cosa. No le untó en el cuerpo ni polvos ni pomadas. No recitó palabras mágicas. Dejó todos esos remedios para otros casos y... le puso un sinapismo de mostaza, muy caliente, en la correspondencia.

Estalló la carcajada, sólo interrumpida para escuchar el epílogo.

—Todavía no se puede sentar a gusto por la quemada. Pero se salvó.

Redondeó el relato con el comentario definitivo:

—¡Qué ciencia de mujer! ¡Si es lo que nunca se ha visto!

Uno solo, sólo uno de los del grupo, se atrevió a aventurar una opinión disidente, pero envuelta en un manto de una queja:

—¡Lástima que a Chico Buitimea no pudo quitarle lo deschavetado!

La protesta fue unánime. Todos querían hablar. Mejor dicho, todos hablaban al mismo tiempo y a gritos.

Por fin, el colectivo disgusto se condensó en una voz:

—Lo deschavetado no se cura. Nadie lo cura. Los hombres nada pueden hacer contra la locura, porque la causa de la locura es que el diablo se mete en el cuerpo de los hombres.

La mención del diablo —de noche y en un velorio— los hizo enchinarse. Y cambiar de conversación.

Y fueron surgiendo los relatos de aparecidos.

—A Fulano le habló un muerto. Pero del susto no entendió lo que le decía.

—Mengano galopó en su caballo, un largo trecho, llevando un fantasma en ancas.

—A Perengano le salió un espíritu —a medianoche, precisamente a medianoche— ofreciéndole que le diría dónde estaba enterrado un tesoro, si lo acompañaba al cementerio y rezaba con él un rosario para que su ánima saliera del Purgatorio.

La interrogación brotó, violenta y a coro:

—¿Y qué hizo?

—Se fue del rumbo y nadie lo ha vuelto a ver.

De tal guisa continuaron los cuentos, los mismos, los de siempre, los que se cuentan en todas las noches y en todos los velorios.

Ya tenían los danzantes muchas horas bailando. Habían bailado, alternando, el pascola, el coyote, los matachines y el venado.

Más tiempo aún tenían tocando los músicos. Porque habían tocado sonos de pura música, y también habían acompañado a los danzantes, y a los cantores y cantoras.

No por eso se advertía extenuación en danzantes, mú-

sicos, cantores y cantoras. Podían continuar sus respectivas actividades. Sabían que la conclusión de su faena coincidiría con el entierro del cadáver.

También Lucas había proseguido, con éxito, desempeñando su papel.

A la enésima pregunta del enésimo visitante, ahora mismo le estaba dando respuesta, de pie en medio del concurso, recitado su informe, siempre igual y siempre escuchado por todos:

—En un petate estaba acostada la enferma. Tenía varios días de sentirse mal. Primero se le empezaron a enfriar los pies. . .

Terminó.

La mujer del último en llegar tomó a su cargo no el control de la conversación, sino la conversación misma. A nadie dejaba hablar. Ella era la única persona de la reunión que parecía tener algo que decir. No hablaba hasta por los codos, sino por los codos, por los hombros, por las manos, sobre todo por los pies; por todo su cuerpo.

—Esa mujer es una tarabilla. Con decirles que habla más que mi mujer.

Quien así comentaba el rumbo exclusivo y exclusivista por donde caminaba la plática era un yaqui cuyo estómago ya era un puro depósito de mezcal.

Iba a continuar, acaso con algún comentario más enérgico, cuando el temastían impuso silencio.

—Vamos a rezar —dijo.

Todos —hombres y mujeres— se pusieron devotamente de rodillas, y él en el centro de los asistentes.

Sacó de la bolsa un grueso libro que alguna vez —hacía ya mucho tiempo— debió ser blanco y que ahora esta-

ba gris, casi desencuadernado y con grandes manchas de mugre.

Luego se oyó su voz, ríspida, vigorosa, dominante:

—Por el alma de la dijunta Petra.

—In secula seculorum.

A cada imprecación del temastían —siempre la misma— toda la concurrencia contestaba, en coro, de idéntica manera:

—In secula seculorum.

A ratos el temastían suspendía la lectura en voz alta y pasaba su mirada, silenciosamente, por las páginas de su libro viejo y misterioso.

El público, sin perder la compostura —a pesar del alcohol— se mantenía respetuoso.

En seguida tornaba a escucharse la imprecación del temastían:

—Por el alma de la dijunta Petra.

Y la respuesta:

—In secula seculorum.¹⁸

Cuando el rezo terminó, uno de los pocos niños que aún permanecían despiertos formuló a su padre esta interrogación:

—¿Para dónde se fue Petra, papá?

Rápidamente contestó el interpelado:

—Para el Cielo.

Y vino la segunda interrogación:

—¿Y qué es el Cielo, papá?

¹⁸ De los jesuitas, a quienes se debe el mayor esfuerzo civilizador realizado en el Yaqui, aprendieron los indios algunas palabras en latín, que se transmiten de generación en generación.

Hubo un instante de expectación. Todos querían conocer lo que el padre del niño respondería.

La intervención del temastían —al fin y al cabo autoridad religiosa de la tribu— salvó a la víctima de dos curiosidades, la infantil y la general:

—El Cielo es algo mejor que sentarse a la sombra de un árbol copudo cuando nos está quemando el sol de mediodía.

Y agregó, severamente:

—Muchacho preguntón... Ya deberías estar durmiendo.

Todos quedaron satisfechos y el niño abandonó el lugar.

En esos momentos se escucharon pasos que venían desde afuera de la ramada.

Varios individuos —hombres y mujeres— penetraron.

Eran los parientes de la finada, los que, según la costumbre indígena, habían estado cavando la sepultura.

Quienes no les habían dado el pésame se levantaron y fueron hacia ellos.

Las breves palabras de condolencia se acompañaban de un intento de abrazo —de un intento nada más—, consistente en tocar con el brazo derecho el hombro de los familiares de la difunta.

Repegado a uno de los desiguales horcones que sostenían el techo de ramas y lodo estaba un niño.

Allí se había pasado el tiempo, casi sin moverse, llorando a ratos y en otros distrayéndose con las evoluciones de la danza y con las notas de la música o el canto.

Nadie se había ocupado de él y nadie le había dado el pésame.

Uno inquirió sobre su identidad.

—Es Lino, el pepenado ¹⁹ —le contestó otro.

—Es el que más ha sentido a Petra —se oyó que alguien añadía.

Después, la explicación completa:

—El arrimado quiso más a su madrina porque para ella, a los tres días, todavía no apestaba.

Hasta el velorio llegaban los lóbregos aullidos de los coyotes que, allí cerca, en la nocturna desolación de Capetamaya, estaban disputándose un botín, devorando cadáveres.

A veces en densas nubes entraba a la ramada el humo de la boñiga que se quemaba para alejar a las bandadas de insectos que cada tanto rato ²⁰ se desprendían de entre los muertos de allá para venir a molestar a los vivos de aquí.

Afuera había un gran tendero de carne a secar. Allí sí se posaban, tranquilas, las moscas.

Era una inmensa tasajera de carne de venado, ²¹ principal caza de los yaquis, que la cobran merced a su excelente puntería.

Se agasajó a los concurrentes con un buen pedazo de carne sancochada.

¹⁹ Recogido.

²⁰ Expresión regional.

²¹ La sangre de venado la ponen los indios a cocer, toda la noche, en las brasas, y se la toman en ayunas.

Apretaban el trozo, con las manos, fuertemente, y le daban concienzudas mordidas.

Luego vino el napanoji.²²

Uno, sin reparar en la descortesía, comentó en alta voz:

—Este napanoji está muy saruqui.²³ Buen napanoji el que sabía hacer Petra, que en paz descanse.

Volvieron a escucharse los fúnebres aullidos de los coyotes.

Su agudo sonido tuvo eco en el corazón de un indio.

Así se manifestó su compasión:

—¡Pobres muertos! Se los están comiendo los coyotes y no hay quien los entierre.

Todos siguieron comiendo su carne sancochada. También el compasivo.

Un anciano, con ánimo sedante, explicó:

—El coyote es amigo, quizá hasta pariente del indio. Allá se está comiendo a los yoris, porque nuestros muertos ya fueron enterrados. Pero si nuestros muertos estuvieran allí, como el coyote es amigo, tampoco se los comería.

Afuera, la noche era el vientre de las sombras, salvo el brillo verde de algún copechi²⁴ que perforaba la densa tiniebla.

Se llenó el aire con los acordes de la música.

A veces caminaban de acuerdo el arpa, la flauta de carrizo y el violín, pero no duraba mucho la compañía.

²² Pan de trigo medio molido, con agua y sal, cocido en la ceniza caliente.

²³ Mal molido, con bolas.

²⁴ Pequeño animal volador cuyos verdes ojos tienen un fulgor en la oscuridad.

El tambor sonaba por su cuenta, ajeno por completo a la participación, en el conjunto, de los demás instrumentos.

En los intervalos se escuchaba una música de boca, cansada, insistente.

Y en los matorrales cercanos un indio, a quien el mezal recordaba su frustrada vocación de soldado, entonaba la canción de guerra:

—Sagualibata be mánaibe... ²⁵

Entre tanto las moscas seguían viniendo del moridero para prenderse en la tasajera de carne de venado, pues el humo de la boñiga —no renovado el fuego que lo producía— no tenía fuerza para espantarlas.

De improviso un muchacho cruzó corriendo por entre la gente, casi saltando sobre el cadáver.

Se le vio perseguir con denuedo al primer perro que regresaba de hartarse en Capetamaya.

Luego que le dio alcance pasó sus manos, con violencia, sobre la piel peluda del animal.

A poco regresó, diciendo:

—Se me había prendido un alhuate ²⁶ cuando juntaba pitahayas, esta mañana. Pero ya me lo quité, frotándome con el perro.

—Muchacho tan mazorral ²⁷ —le censuró una anciana—. Por poco pisas a Petra.

Cuatro indios corpulentos tomaron el tapeste de sus esquinas y lo levantaron, con todo y cuerpo.

²⁵ Metido en el arca del brazo derecho...

²⁶ Diminuta espina que hay en ciertos cactus.

²⁷ Tonto, bruto.

Los demás se aprestaron a intervenir en el impresionante acto, bajo la batuta del temastián.

Con el cadáver a cuestas, iniciaron una carrera desahogada. Daban vueltas y revueltas. Y de las gargantas partían gritos hirientes.

Estaban espantando al diablo, para que el alma de la difunta pudiera partir, ya sin trabas, al Cielo.

Colocado nuevamente el tapeste —con el cadáver— en su lugar, la madrugada se puso a oír una canción mayo:

—*Bachomo huiquichim baistapo llorando,
baistapo llorando,
tres días po llorando...*²⁸

También los hombres —no sólo los pájaritos— estaban llorando o a punto de llorar.

Y tres días —como los pájaritos— hubieran podido pasarse entre sí lloraban o no, pero entonando aquella canción, monótona y persistente, como todas las de los indios.

La rondana del pozo rechinó estridentemente.

Alguien sacaba agua para hacer café, mucho café.

La luna se amontonaba sobre el horizonte.

Todo lo plateaba: los hombres, los animales, las cosas.

En torno de la lumbre un grupo de indios estaba en silencio.

Durante un rato, ni una voz, ni un ruido. Permanecían herméticos, siempre hundidos en su mundo interior.

Vinieron las mujeres con las tazas de café.

²⁸ *En el batamotal estaban los pájaritos llorando,
los pájaritos llorando;
tres días estuvieron llorando...*

La bebida, bien caliente, tuvo la virtud de hacer que se pegara el hilo de la conversación.

—Los indios nunca lloran —aclaró uno, recordando el tema de la última canción.

—Porque el indio sabe sufrir, pero no llorar —recalcó—. Sin embargo, hubo un indio que lloró una vez. Sus lágrimas cayeron en la tierra y regaron una mata, que así se convirtió en un árbol muy grande, tan grande que su copa tentaba al Cielo.

—Ese árbol está cerca del río —completó quien conocía el relato—. Le llaman *El llorón* y también *Llanto de Indio*.

—Nunca se supo por qué lloró aquel indio —continuó el primero que había hablado—. Porque no estaba borracho, que es cuando lloramos sin darnos cuenta. Lo que sí se sabe —pues desde entonces se supo— es que el mejor riego que esta tierra puede tener son las lágrimas de nosotros mismos. Si todos lloráramos y las hiciéramos caer, la tierra reseca del Yaqui no necesitaría otra agua, y todo lo daría. Y todas las siembras se lograrían.

—Cuando se acaban los “nuncas”, vienen los “siempre” —declaró un indio cuya edad, como ocurre con todos los de su raza, no se manifestaba ni en su pelo, que seguía siendo muy negro, ni en su dentadura, que brillaba blanca y fuerte. Sólo los achaques —no muchos— y el respeto con que todos le escuchaban, denunciaba su ancianidad.

—A mí antes nunca me sucedía que me dieran ganas de llorar. Pero ahora siempre sucede. Será porque he perdidos dos hijos en la guerra, y de los otros dos no sé si

viven o mueren. Las ganas de llorar no se me quitan, pero me las aguanto.

En atención al dolor del anciano, los indios callaron.

Habló otro:

—A mí las ocupaciones no me dejan tiempo para que me vengan las ganas de llorar. Tengo mucho trabajo con la milpa y los cochis. Y también con el mezcal.

La ocurrencia fue muy festejada. Era sabido que, para quien hizo el chiste, la ocupación principal era beber.

El chiste que implicaba hablar de trabajo quien no realizaba ninguno, desvió la plática hacia las virtudes del indio como trabajador, pero en los aspectos negativos y concretos que los conversadores fueron presentando.

—Yo conocí al indio más flojo que hubo en el mundo.

La afirmación fue seguida de la prueba:

—Nunca hizo nada, absolutamente nada. Se pasó la vida tirado en el suelo, rascándose la panza, y mirando cómo la sombra del árbol que lo cubría se iba de un lado a otro, según se movía el sol.

Epílogo:

—Tanto tiempo se estuvo tirado al pie del árbol, que las raíces de éste crecieron y atravesaron el cuerpo del hombre, matándolo.

La narración no pareció inverosímil a los oyentes.

Sólo una objeción se le hizo:

—Antes se hubiera muerto de hambre.

—No —contestó el narrador—. Porque las mismas raíces, al llevar la savia de la tierra al tronco, también alimentaban al hombre.

En el duelo de cosas increíbles surgió la mayor:

—Yo conocí a un indio más flojo todavía. Fue en las vegas del río.

Se murió de no trabajar.

Nunca quiso hacer nada. Los parientes ²⁹ le daban de comer, hoy uno y mañana otro.

Pero un día, cansados de mantenerlo, se pusieron de acuerdo para no darle ya de comer, y obligarlo así a trabajar.

Pero fracasaron. Porque el contrato era que antes de llevar a cabo el acuerdo, se lo habían de comunicar. Y cuando se lo comunicaron, no se preocupó ni tantito.

—Si no me quieren dar de comer —les dijo— pues no me den. Pero yo no voy a trabajar, porque no nací para eso.

Pasó el primer día. Nadie le dio nada, pero tampoco él pidió.

Así pasaron el segundo, el tercero y el cuarto día. Todos iban a verlo, y él... como si nada.

Pero el quinto día mandó recado de que se reunieran los parientes.

—Va a decir que quiere trabajar —pensaron todos.

Y no. Cuando el pueblo estaba junto, habló:

—Ustedes están en su derecho de no darme de comer. Yo lo reconozco. Pero ustedes han de reconocer que yo también estoy en mi derecho de no querer trabajar. Si me quedo aquí, un día de éstos —ya no faltan muchos— me voy a morir de hambre. Y van a tener ustedes muchas molestias, porque para el velorio y para enterrarme se perjudicarán abandonando sus siembras. Como no quiero que

²⁹ Así se llaman los indios entre sí.

tengan más dificultades por mi culpa, les propongo una cosa: que esta noche me den por muerto y que mañana me entierren.

—¿Vivo? —preguntó una mujer.

—Sí —contestó tranquilamente—. Así hay la ventaja de que asisto a mi propio velorio. Pero eso sí: el velorio ha de ser bonito, con música, danzas, mezcal y comida. Que ustedes se la comerán.

Aquel caso de cinismo indignó al pueblo. Hubo deliberación y se acordó, como una lección para el flojo, aceptar su proposición.

—A ver qué hace cuando ya lo llevemos a enterrar —decían las gentes.

Se organizó la fiesta. Se trajeron a los mejores músicos y danzantes del rumbo. Sólo el temastían no quería.

Decía:

—Cómo voy a rezar por el ánima de un dijunto que no es dijunto. Eso sería un pecado.

Cuando vio al flojo se convenció de que si aún no se había muerto, ya le faltaba muy poco.

El velorio fue muy bonito, como él lo deseaba. Todos comían y bebían. . . y él nomás viendo.

Una mujer compasiva se acercó al tapeste, y le habló:

—No seas bárbaro, hombre. Estos son capaces de enterrarte vivo. Levántate y vete. Todavía es tiempo.

Y él contestó:

—Yo tengo mi principio: nunca hagas hoy lo que puedas hacer mañana.

Pero él nada hacía, ni hoy, ni mañana, ni nunca. Acaso se reservaba para hacer algo después de muerto.

El relato apasionaba a todos. Se advertía en que nadie osaba interrumpir a quien sabía un cuento tan raro.

Los danzantes y los músicos —suspendidas sus respectivas actividades— rodeaban al que contaba.

Toda la concurrencia lo escuchaba, mientras el cadáver de Petra estaba solo y abandonado.

Prosiguió:

—A medianoche cuatro parientes forzudos levantaron el tapete, con el flojo arriba, y espantaron al diablo. No dijo ni una palabra.

Como no tenía familiares, porque no era de por allá, se designaron a quienes habían de cavar la fosa. Y la cavaron. Y el flojo, tan tranquilo, como si la sepultura no fuera para él.

Otras varias veces espantaron al diablo —aumentando los gritos y las carreras—, porque ahora calculaban que era el diablo lo que tenía adentro aquel hombre.

En la mañana, cuando ya se habían acabado el mezcal, la carne y el napanoji, se formó el cortejo y empezó a caminar con rumbo a la sepultura.

—Va a brincar del tapeste —creían algunos. Y nada.

Cuando ya faltaban sólo unos pasos para llegar a la fosa apareció, a caballo, un indio que iba hacia un pueblo cercano. Preguntó lo que pasaba y cuando se enteró de lo que se iba a hacer, no estuvo de acuerdo.

—Es una barbaridad —dijo en son de crítica a los que le informaron—. Si ustedes no quieren darle de comer, yo le daré. Al cabo levanté mucho maíz.

Tranquilizados porque aquel indio se prestaba a salvar al flojo sin que el pueblo tuviera que seguirlo manteniendo, aunque no muy seguros de que la lección le hu-

biera servido de algo, los yaquis oyeron cuando le habló:

—Bájate del tapeste y vente conmigo. Yo te voy a dar maíz.

Entonces el flojo le preguntó:

—¿Maíz desgranado?

—No —le respondió el que iba a ser su salvador— No tengo maíz desgranado. Te lo voy a dar en mazorca.

Bajó el flojo la cabeza y ordenó a los conductores del tapeste y a toda la comitiva:

—Que siga el cortejo.

La risa inundó la llanura. Era más clara que aquella claridad del amanecer que ya lo cubría todo.

Se doblaban los indios —y se cernían— por las carcajadas.

Bastaba que uno fijara la vista en otro para que ambos estallaran.

Habían pasado tanto tiempo con la atención en suspenso, pendientes del desenlace —que nadie pudo nunca imaginar —que ahora, al conocerlo, vibraban todas las cuerdas, siempre tensas, de su espíritu, retraído para la diversión.

Hombres y mujeres, músicos y danzantes, cantores y cantoras, el temastían, todos, absolutamente todos, formaban un solo cuerpo que se agitaba en una gran convulsión. Hasta la llanura entera parecía moverse, moviendo el tapeste con la finada arriba.

Tardó en restablecerse la calma.

Un curioso —debe haber sido el más curioso de todos— tuvo la audacia de inquirir:

—¿Y cómo acaba el cuento?

—No sé. El que me lo contó hasta allí nomás se lo sabía.

Otra vez los gritos, las risotadas, la convulsión.

Estaba aclarando.

La lumbrarada se había resuelto en un montón de cenizas.

Los bultos comenzaban a adquirir sus verdaderos contornos. Ya era posible saber si, a cierta distancia, aquello que se miraba mover era un perro o un ser humano.

Si era lo último, hasta se podía precisar, por la indumentaria, si era mujer u hombre.

Las tazas de café circulaban, y se bebían a sorbos, ruidosamente.

Se comentaba el acontecer nocturno: la agilidad de los danzantes, lo bonito de la música, las virtudes de Petra, la ciencia de Ña Camenta, los cuentos de aparecidos, pero sobre todo el último cuento, el del flojo.

La plática era como un resumen.

Luego se impuso el canto de las mañanitas, con que las madres estaban despertando a sus hijos:

*Mántense , mochachos,*³⁰

ya vienen los maneses,

*ya cantan las callinas,*³¹

*ya los yoremes,*³²

*por los caminos sapeteteagua.*³³

³⁰ Mochachos, con *o* en lugar de *u*.

³¹ Callinas, con *c* en lugar de *g*.

³² Yoremes se dicen los indios entre sí.

³³ *Levántense, muchachos;*

ya está amaneciendo,

Un rato se estuvo asoleando el cadáver.

Ya con el sol alto se le dio la última sacudida al tapeste, es decir, se le dio la última ahuyentada al diablo.

Enseguida se procedió a formar el cortejo.

Adelante, el temastían, llevando una cruz. Detrás, el cuerpo de cantores y cantoras, entonando himnos. Luego los danzantes, bailando con brío.

En medio, el cadáver, sobre el tapeste, con cuatro sostenes humanos. Y, llorando, las mujeres oficialmente encargadas de hacerlo.

Detrás, el resto de la comitiva.

Al llegar a la fosa se procedió a preparar a la muerta para el gran viaje.

Consistió la preparación en dotarla de pinole y de un guaje con agua, a efecto de que, durante el largo camino, no sufriera ni por el hambre ni por la sed.

Después de hacerse descender el cuerpo, con todo y tapeste pero sin cajón, según la costumbre indígena, y mientras se le iba echando la tierra encima, el temastían rezaba en su viejo y misterioso libro y el pueblo contestaba a coro:

—Por el alma de la dijunta Petra.

—In secula seculorum. . .

*ya cantan las gallinas,
ya los indios
por los caminos van huaracheando.*

RECOGIENDO VOCES Y SILENCIOS

Faint, illegible text at the top of the page, possibly a header or introductory paragraph.

RECOMIENDO / OPOS
Y EFECTOS

Main body of faint, illegible text, likely the main content of the document.

Por el Sr. D. ...
...

Faint text at the bottom of the page, possibly a signature or footer.

En pueblos y en rancherías, en caminos y en veredas, el jorobado se detenía y provocaba las conversaciones: siempre recabando informes sobre Cajeme, siempre siguiendo sus pasos con la esperanza de un día encontrarse con él, y hablarle.

Así fue sabiendo muchas cosas del Caudillo.

Que había nacido en Hermosillo, en 1837, siendo sus padres Francisco Leyva y Juana Pérez, ambos yaquis de raza pura, el primero originario del pueblo de Húrivis y la segunda de Pótam.

En el bautizo se le puso por nombre José María.

Pasó su niñez en Ráun.

La monotonía de su existencia —hasta entonces sin incidentes— vino a turbarse en 1849, cuando a los doce años de edad abandonó las tierras del Yaqui para acompañar a su padre en una de aquellas memorables expediciones que iban a los desiertos de California en pos de los fabulosos placeres de oro.

Entonces tuvo su primer contacto con la violencia, demostrando el temple de su carácter.

Ocurrió —era muy frecuente que ocurriera entre aquellos aventureros sin Dios ni ley— que un grupo de norteamericanos pretendió arrebatár su oro a un grupo de mexicanos, en el cual figuraban Cajeme y su padre.

Los nuestros empuñaron sus fusiles —el niño Cajeme con ellos— para defender su derecho.

Tal actitud contuvo a los codiciosos, llegándose a una transacción entre mexicanos y norteamericanos, por virtud de la cual ambos grupos depusieron las armas.

Cuando el jorobado recibía estas noticias sobre la vida anterior del Caudillo, aún vivía la madre de Cajeme.

Del padre nada se sabía, suponiéndose que hubiera muerto años atrás.

La madre no era salvaje. A una inteligencia natural y clara, pero no cultivada, agregaba energía increíble en una anciana de casi setenta años.

Establecida la familia en el puerto de Guaymas, sus progenitores —que adivinaban en Cajeme grandes dotes— lo enviaron a la Escuela, poniéndolo bajo el cuidado del Prefecto don Cayetano Navarro.

De los dieciséis a los dieciocho años Cajeme cursó en las aulas, aprendiendo a leer y a escribir, y las primeras nociones de aritmética.

Tuvo entonces su formal bautismo en la guerra.

El filibustero francés, Conde Gastón de Raousset-Boulbon, reunió en San Francisco, California, varios centenares de aventureros con el pretexto de ir a Sonora a colonizarlo y combatir a los apaches, pero con el propósito real de segregar el Estado del resto de la República y constituirse él como suprema autoridad.

Llegaron al puerto los filibusteros. Pero todo el pueblo guaymense —hombres, mujeres y niños— acudió a la lucha patriótica.

El joven Cajeme dejó los bancos escolares y tomó el rifle, incorporándose como soldado al Batallón *Urbanos*.

Así participó en la memorable y victoriosa jornada del

13 de julio de 1854, a las órdenes del general don José María Yáñez.

El glorioso episodio despertó en Cajeme las nacientes facultades del futuro Caudillo y las aficiones del andariego.

Dejó el colegio y salió a recorrer el mundo.

Un día apareció en Tepic. Para ganarse la vida y adquirir nuevos conocimientos, entró de aprendiz al taller de un herrero.

Alguna de nuestras continuas convulsiones lo sacó de allí, cuando fue tomado de leva, a fines de 1857, y filiado en el Batallón *Fijo de San Blas*.

Tres meses anduvo de recluta. Luego fue a parar al Mineral de Motaje, al pie de la Sierra de Acaponeta.

Allí conoció a don Ramón Corona —famoso general después—, que entonces era administrador de una negociación minera.

En seguida, a Mazatlán, a pelear, otra vez como soldado, contra una guarnición que estaba sitiada en el puerto.

Se le pasó a una corporación sonoreense, compuesta de yaquis, ópatas y pimas, y con ellos concurrió al combate de Los Mimbres.

Ahora a Cosalá.

Y luego, nuevamente, al sitio de Mazatlán, al mando del general Pesqueira. Cayó el puerto al empuje de los atacantes, distinguiéndose el Batallón de Cajeme por el arrojo con que sus miembros se lanzaban a la carga, con la bayoneta calada, sobre los fortines del enemigo.

En barco regresó a su tierra, llegando a Guaymas, donde abandonó las filas, reintegrándose a la vida civil.

Nada pudieron decirle sus informadores al jorobado —porque nada sabían— sobre un período de varios años.¹

Y así, de la palabra de un indio y del silencio de otro, el jorobado iba recogiendo y confirmando los datos relativos al héroe.

Pero quería verlo, verlo personalmente. Y hablarle.

¹ El Dr. Fortunato Hernández, en su obra citada, dice: "Hay en Sonora la creencia de que Cajeme asistió al sitio de Querétaro, combatiendo a favor de la causa republicana; pero me había sido imposible convencerme de la veracidad de tal aserto, hasta que el señor general Bernardo Reyes, actual Ministro de la Guerra, me ha dicho que Cajeme concurrió al asalto de aquella plaza y que él mismo lo vio combatir en las filas del ejército liberal".

CAPITAN GENERAL DE LOS
RIOS YAQUI Y MAYO

ESTADO LIBRE ASOCIADO DE PUERTO RICO

En el día de hoy, el suscrito Gobernador, en virtud de las facultades que le confiere el artículo 101 de la Constitución de este Estado Libre Asociado, ha acordado y decreta lo siguiente:

CAPITAN GENERAL DE LOS
REPOS YAQUET Y MAYO

En el día de hoy, el suscrito Gobernador, en virtud de las facultades que le confiere el artículo 101 de la Constitución de este Estado Libre Asociado, ha acordado y decreta lo siguiente:

—Te digo, mujer, que sacó al caballo.

—No, hombre. Sacó a la yegua.

Ya culminaba la discusión en una franca reyerta conyugal.

Se trataba del hijo. Respecto de él, padre y madre sólo estaban de acuerdo en una cosa: que era muy vivo.

El padre, diciendo que sacó al caballo, reclamaba para sí el mérito de la viveza del muchacho. En tanto que la madre, aludiendo a la yegua, quería significar que la herencia era suya.

Un tercero apareció en escena:

—Ninguno de los dos tiene razón. Lo que ocurre es que el muchacho pileó.¹

—¡Ah que mi compadre tan bromista! —respondió el padre—. Si el niño saca a usted, ya tendríamos que preocuparnos desde ahora por los vicios que iba a tener de grande.

La ofensiva se generalizó, es decir, se hizo conyugal. Marido y mujer la emprendieron contra el compadre.

Finalmente se restableció la paz, a una pregunta del recién llegado:

—¿Ya saben la noticia?

—¿Cuál?

¹ Mención de la creencia indígena de que los ahijados heredan las virtudes y los defectos de sus padrinos.

—Que Cajeme es ahora Capitán General de los Ríos Yaqui y Mayo.

Reinó la alegría, manifestada en saltos y gritos.

—Muy bien pensado y mejor hecho —el marido hablaba, poseído de vibrante entusiasmo.

—Buenos días.

—Son tardes.

—Buenas tardes, pues.

Quien saludaba permanecía aún montado en su caballo.

Se apeó con calma, amarró la bestia a un horcón y fue a sentarse, dando muestras de gran cansancio, en el taburete que se le ofrecía.

—Les traigo la nueva más importante de la época —dijo.

La mujer, desesperada por hablar, tomó la palabra:

—Ya la sabemos, por mi compadre: Cajeme es Capitán General de los Ríos.

—Las noticias, buenas o malas, corren más rápidas que los más veloces caballos —comentó el que acababa de llegar.

Añadió:

—Yo fui de los primeros en saberlo. Me enviaron, como “propio”, del campamento del Generalísimo, para llevar la nueva a Cócorit² y Bácum.³

Todos los parientes recibieron con gusto el título dado a Cajeme, y cuando me vine de regreso para dar cuenta:

² Uno de los ocho pueblos del Yaqui. Cócorit quiere decir chile. En las notas siguientes se dan las significaciones de los otros pueblos.

³ Agua encantada.

de que cumplí con mi comisión, los dejé de fiesta, celebrando el acontecimiento.

Otros "propios" partieron al mismo tiempo que yo con comunicaciones iguales para los yoremes de los otros pueblos: Torin,⁴ Vícam,⁵ Pótam,⁶ Ráun,⁷ Huírivis,⁸ y Belén.⁹ También salieron correos a llevar la nueva al Mayo y a los indios del interior del Estado.¹⁰

—Ahora mismo —concluyó— ya deben saber todos que Cajeme es el único hombre que ha unido a yaquis y mayos para la guerra contra los yoris.

Respondiendo a la curiosidad de sus oyentes, el "propio" de Cajeme explicó:

—Con el mando del Generalísimo sobre los dos ríos está asegurada la victoria de los yoremes. Sobre todo después del combate de La Pitahaya.

—Yo estuve allí —agregó con cierto orgullo—. El Gobernador Pesqueira se nos había adelantado, apoderán-

⁴ Rata.

⁵ Punta de flecha o jicote, que es el nombre de una avispa.

⁶ Tuza.

⁷ Lugar del arrastrado.

⁸ Huitlacoche.

⁹ Cuesta abajo.

¹⁰ El sistema de correos de Cajeme estaba muy bien organizado. Se componía de indios jóvenes, cuidadosamente seleccionados, que utilizaban desconocidos caminos y veredas. Iban a caballo o a pie. Para el segundo caso estaban instruidos en el sentido de llevar arremangados los pantalones y con más correas los huaraches, para evitar que patalearan. De pueblo en pueblo y de ranchería en ranchería transmitían las órdenes al Yaqui, Mayo, Río de Sonora, Río de San Miguel, Valle de Guaymas, etc. A un tío del autor, don Aureliano Y. Campoy, contaba lo anterior Antonio Flores, que fue Jefe de las Caballerías de Cajeme, y que vivía hace pocos años, ya muy anciano, en Bataconcica.

dose de las lagunas, con mucha gente. Cajeme colocó su ejército cerca, hacia el Bacatete.

Pesqueira le hizo proposiciones a Cajeme, para evitar la pelea. Pero el Generalísimo contestó a su parlamentario: “diga usted al Gobernador Pesqueira que no me someto y que lo espero para el combate”.

¡Cómo hubo muertos y heridos! ¡Y cómo hubo valor! Los yoremes se arrojaban a pecho descubierto sobre los cañones, sin importarles que sus descargas los barrieran.

Concluyó:

—Las tropas de los yoris tuvieron que abandonar el río y ahora Cajeme es el amo del Yaqui y del Mayo, y se prepara para la próxima campaña.

El éxito de la resistencia india, en forma de arrogancia, estaba retratado en el rostro bronceado del “correo”.

Y ya había contagiado a sus oyentes.

Luego vino lo de Capetamaya.

LA ESPADA DEL MANDO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
THE EAST ASIAN LIBRARY
540 EAST SOUTH EAST ASIAN LIBRARY
CHICAGO, ILLINOIS 60607
U.S.A.

Cajeme organizó un verdadero Estado, con autoridades propias, jerarquía y delimitación de funciones.

El poder civil de los pueblos se encomendó a los cobanahuas¹ y a los alcaldes.² El símbolo del mando de los primeros fue —y sigue siendo— un bastón de madera fina con puño de plata.

Las autoridades civiles —con duración de un año en el encargo— deberían deliberar en presencia del pueblo, instituyéndose, para las cuestiones de importancia relativas a los intereses comunes, el sistema de asambleas populares, en que también las mujeres tenían el derecho de voz y de voto, pero no el de ser electas.

El supremo poder civil se depositó en la junta de cobanahuas, máxima autoridad de la tribu en tiempos de paz.

Las funciones religiosas quedaron en manos de los temastianes, descansando en ellos el cuidado de las iglesias y de los santos, y la administración del culto.

También se ocupó Cajeme de la organización de la hacienda.

Al efecto estableció un régimen de impuestos sobre las lanchas que hacían el comercio entre el puerto de Guaymas y El Médano, en la desembocadura del río.

¹ Gobernadores.

² Ahora se les llama Pueblos Mayores.

Además se cobraban derechos de peaje a los que traficaban por tierra, y se vendía la sal extraída de los magníficos criaderos del litoral.

Cada pueblo, lo mismo del Yaqui que del Mayo, tenía la obligación de destinar a un número determinado de sus habitantes para que cultivaran maíz y frijol, a fin de poder disponer, en cualquier momento, de los abastecimientos necesarios.

Puso Cajeme la administración de la justicia —con un formulismo legal rígido— en manos de los cobanahuas y alcaldes, investidos así con el carácter de verdaderos jueces de la tribu.

En un pueblo de guerreros, en que el ejercicio militar es obligatorio, es natural que se diera preferencia al aspecto bélico.

Cada aspirante a la carrera de las armas era sometido a un rudo entrenamiento, en calidad de meritorio.

Cuando ya se le juzgaba digno de ser admitido en el ejército de la tribu, se le armaba caballero en una ceremonia.

Se le colocaba en el centro de un círculo formado por los más viejos guerreros.

Un capitán distinguido iba enumerando los méritos del aspirante.

Luego venía una exhortación emocionante:

—Para ti no habrá ya sol. Para ti no habrá ya noche. Para ti no habrá ya muerte. Para ti no habrá ya dolor. Para ti no habrá ya calor, ni sed, ni hambre, ni lluvia, ni aire, ni enfermedades, ni familia. Nada podrá atemori-

zarte. Todo ha concluido para ti, excepto una cosa: el cumplimiento del deber.

En el puesto que se te designe, allí quedarás para la defensa de tu nación, de tu pueblo, de tu raza, de tus costumbres, de tu religión.

En seguida, la toma solemne del juramento.

—¿Juras cumplir con el mandato divino?

Con la cabeza baja, como doblegada por el peso de la gran responsabilidad, el nuevo caballero respondía:

—Ehui.³

Entonces otro capitán, actuando como padrino, imponía sus manos sobre los hombros del ahijado; sacaba, de su carcaj, uñas de águila y con ellas le rasgaba la piel en el pecho, la espalda y los muslos.

Luego le entregaban las insignias militares: un penacho de plumas con su piel de coyote.

La más alta autoridad en tiempos de guerra residía en el Generalísimo, que ya entonces ostentaba el título de Capitán General de los Ríos.

Para el mejor ejercicio de su mando delegó ciertas facultades en dos Lugartenientes: el del Yaquí y el del Mayo.

Un día Yorigelipe, indio de influencia y padre de varios guerreros prominentes, concibió el proyecto de perder a Cajeme en el ánimo de la tribu.

Quiso aprovechar una cuestión relativa a las salinas, pensando que le ofrecía coyuntura propicia para disfra-

³ Sí.

zar sus pretensiones con el carácter de una defensa de los intereses generales de los indios.

El plan —fracasado a la postre— sólo sirvió para poner de relieve la astucia del Caudillo.

Hizo éste reunir una asamblea.

Ante ella pronunció un discurso. Su oratoria era sencilla, pero llena de persuasión.

Rindió amplias cuentas de su conducta y, en el momento culminante, vino el gesto dramático y decisivo: se despojó de su espada —símbolo del mando—, la puso en tierra, y declaró que renunciaba al cargo de Capitán General y que proponía que tal puesto se le confiara a su propio enemigo, a Yorigelipe.

La asamblea popular reaccionó violentamente cuando sus miembros prorrumplieron en ruidosas aclamaciones en favor del Caudillo, a quien confirmaron en el mando.

El pueblo acordó, además, la confiscación de todos los bienes del acusador y su salida inmediata del río.

JUSACAMEA

... de la ...

... de la ...

... de la ...

... de la ...

... de la ...

... de la ...

... de la ...

... de la ...

... de la ...

... de la ...

... de la ...

... de la ...

... de la ...

... de la ...

... de la ...

... de la ...

... de la ...

... de la ...

La riña era feroz.

Los contendientes se golpeaban sin piedad. Valientemente resistían los puñetazos, sin preocuparse de los que recibían, sino solamente de los que asestaban.

Cada golpe bien dado era coreado por los numerosos indios que presenciaban, encantados, el encuentro.

Acertó a pasar por allí, a caballo, un yaqui de otra ranchería. Detuvo la bestia, también con el deseo de divertirse.

Cuando reconoció a uno de los rijosos le gritó, inquiriendo:

—¿Qué pasa, cucho?

—Tras de que por eso es el pleito y vienes tú a decirme lo mismo —respondió el interpelado.

Una carcajada de todos, inclusive del rival, celebró la contestación.

Por eso era el pleito: porque aquél le había llamado cucho.

Ya con la risa no pudo seguir la lucha.

Intervinieron los amigos y se hizo la paz, previa reconciliación.

Un viejo conocido nuestro —el del bulto en la espalda y los ojos cruzados— estaba allí.

Siempre tratando de cumplir una misión que cada día

se le presentaba más difícil, andaba de aquí para allá, en busca de informes y en busca de Cajeme.

Había trabado cierta amistad con uno de los que asistieron a la riña.

Concluida ésta, lo acompañó a su cercana casa.

En el portal —bajo el techo con horcones de mezquite por pilares— una mujer se peinaba con una escobeta hecha de fibras de yuca.

Sobre la puerta de la casa, sostenida por gruesos clavos, una herradura, para atraer la buena suerte.

Y la conversación surgió.

—No estamos impuestos a que nos dominen los yoris. Durante mucho tiempo nos han dominado, pero nunca con nuestro consentimiento.

Era el yaqui quien hablaba.

Continuó:

—Por eso hemos peleado siempre, y por eso seguimos y seguiremos peleando. Hace ya muchos años —dicen que fue a principios del siglo— hubo un yaqui que estuvo a punto de darnos la libertad. Se llamó Juan Banderas, por apodo Jusacamea. Tres revoluciones encabezó, llevando como enseña a la Virgen de Guadalupe, que era quien lo inspiraba.

Su idea era ésta: la reconciliación de todas las tribus, la unión de todas bajo un gobierno propio y único, y el exterminio de los yoris.

—Ya fundada la Confederación India, él se iba a coronar como Rey —agregó.

La historia interesó profundamente al jorobado. Era como el antecedente de lo que ahora estaba ocurriendo.

Interrogó:

—¿Y en qué paró eso?

El relato del yaqui prosiguió:

—En la primera guerra algunos mayos ayudaron a Jusacamea, pero no consiguió lo que quería.

Hubo una corta paz y luego vino el segundo levantamiento, más fuerte que el anterior.

Como siempre, los yoris hicieron promesas a los yoremes, y consiguieron que la guerra terminara.

—Pero no cumplieron sus promesas, como nunca las han cumplido. —Aquí el tono era de amargura.

Y luego:

—La tercera campaña de Jusacamea fue la última y la más violenta. ¡Qué tanto sería, que el Gobierno se vió obligado a ir a refugiarse al Presidio de El Fuerte, haciendo que los civiles yoris se fueran a Cosalá!

Para ayudar a Jusacamea, también los ópatas se levantaron, capitaneados por los hermanos Dolores y Virgen Gutiérrez.

Mientras la guerra asolaba inmensas tierras y todas las gentes de razón huían de las ciudades, los yoris discutían si Sonora y Sinaloa debían ser dos Estados distintos a si seguían siendo, como hasta entonces, uno sólo: el Estado de Occidente.

Para dirigir mejor la guerra, necesitaba Jusacamea ponerse en contacto directo con los ópatas alzados. Por eso abandonó el Yaqui y se fue rumbo a Onabas y Soyopa.

Pero los yoris habían juntado mucha gente en Hermosillo, y luego reunieron más en Mátape, Mazatán, Tecoripa y otros lugares. Así formaron una numerosa co-

lumna, con la cual marcharon sobre San Antonio de las Huertas.

El combate se libró a orillas del Río Buenavista, y fue muy sangriento.

Los yoris cogieron prisioneros a Jusacamea y a Dolores Gutiérrez, los llevaron a Arizpe y allí los fusilaron.

No dijo el yaqui que la batalla se hubiera perdido. Sólo se refirió a su más visible consecuencia: la prisión y muerte de Jusacamea. Y eso con un dejo indudable de tristeza, en el que se notaba claramente la pena por el resultado final.

Después todavía le brillaron los ojos. Era el brillo de la esperanza, de una esperanza fallida, cuando añadió:

—Yo no sé si Jusacamea, además de intentar la independencia de los indios, también quería dominar a los yoris. Pero si esa hubiera sido su intención, y si la hubiera realizado, apenas estaríamos a mano,¹ porque a nosotros ya nos han dominado muchos años los yoris.

El jorobado se atrevió a decir:

—Ustedes, los yaquis, son astutos para las cosas pequeñas, pero ilusos para las grandes.

Lo dijo casi sin pensarlo y desde luego sin el propósito de censurar a los eventuales aliados de su tribu.

Se le salió porque lo sentía.

Pero luego se puso a pensar que, en la práctica, aquello pudiera ser algo semejante a la anticipación de una sentencia.

¿Se cumpliría?

¹ Iguales.

EL PLAN

—¿Te acuerdas el plan de Calisto? —
—De cuando yo estaba en el colegio, ¿verdad?

—Sí, pero era distinto al que yo quiero, a que no te acuerdas, era un plan de guerra, a que yo quería decirle que saliera y que también fuera hacia un general, que yo le quería que le hiciera salir.

—Fue por fin, ¿verdad? —
—Regresaba ya del colegio. Los amigos de los chicos de la escuela me tenían en un momento. Pero como yo estaba ya de vuelta y los chicos me tenían, me quedé allí esperando a alguien. Ya que iba a verme el jefe. Los chicos ya me veían en el momento que yo estaba allí.

—¿Será acompañando a alguien un poco del jefe? —
—Sí, pero me lo acordando y diciendo a todos. Era un momento.

—¿La plaza de jefe un momento? —
—Sí, pero me lo acordando y diciendo a todos. Era un momento.

—¿Y así que el General me acordó a los chicos? —
—Sí, pero me lo acordando y diciendo a todos. Era un momento.

—¿Y así que el General me acordó a los chicos? —
—Sí, pero me lo acordando y diciendo a todos. Era un momento.

... and he had no intention of being any more of the same.

... and he had no intention of being any more of the same.

... and he had no intention of being any more of the same.

... and he had no intention of being any more of the same.

... and he had no intention of being any more of the same.

... and he had no intention of being any more of the same.

... and he had no intention of being any more of the same.

... and he had no intention of being any more of the same.

... and he had no intention of being any more of the same.

... and he had no intention of being any more of the same.

... and he had no intention of being any more of the same.

... and he had no intention of being any more of the same.

—Yo conozco el plan de Cajeme, yo lo conozco.

Se destacaba sobre el grupo de yaquis, amontonados en torno suyo.

Desde lejos era visible su gran sombrero de palma, al que no faltaba, por supuesto, la toquilla.

Accionaba con entusiasmo, con el mismo entusiasmo con que quería decir lo que sabía, y que también animaba a sus oyentes, envueltos en la algazara que le impedía contar.

Pudo, por fin, hacerlo. Y con todos los detalles:

—Regresaba yo del arroyo. Los árboles de los lados de la vereda me tapaban casi por completo. Pero desde un claro pude ver a varios hombres reunidos. Me pareció que esperaban a alguien. Ya me iba, cuando él llegó. Era Cajeme, Cajeme en persona, con su escolta.

Sus acompañantes se retiraron un poco del lugar. Entonces me pude ir acercando y distinguí a todos. Eran los cobanahuas.

La plática fue bajo un nacapuli.¹

El informante daba todos los datos, para que le creyeran:

—Luego que el Generalísimo saludó a los cobanahuas, Cajeme habló. Y yo lo escuché. Escuché todo lo que dijo. Habló así:

¹ Variedad de la higuera. Es un árbol gigantesco que crece en las quebradas y en los aguajes.

—Ustedes saben cómo empezó la dominación de los yoris sobre los yoremes.

Todos asintieron. Y él continuó:

—Fuimos los yaquis la única tribu que después de vencer a los conquistadores, pedimos la paz a los vencidos.²

La afirmación, categórica y definitiva, conmovió a los cobanahuas.

Prosiguió:

—Juan Lautaro y Babilomo, con unas familias, vinieron a refugiarse en el Yaqui, perseguidos por los soldados que mandaba el Capitán Hurdaide. El español pidió que se los entregáramos, pero nosotros preferimos ir a la guerra para salvar a nuestros huéspedes.

En cuanto combate se libró, las huestes indias del jefe yaqui Anabayuleti derrotaron a las tropas de Hurdaide y a los mayos torocoyoris³ que venían con él.

En una de las batallas pudieron los europeos admirar la bravura de los yaquis, cuando éstos, al ver que caían los suyos, gritaban al blanco: “mata, español, que bastantes quedan para acabar contigo”.

Al yori lo derrotamos, pues, siempre, sin perder nosotros nunca. Y en una retirada, que fue una verdadera fuga, el Capitán Hurdaide resultó herido y estuvo a punto de ser muerto.

Después Anabayuleti pidió la paz, y los yaquis quedamos sólo nominalmente avasallados, pues conservamos nuestro gobierno autónomo.

² Hecho sin precedente y rigurosamente auténtico, en el cual están acordados todos los historiadores.

³ Traidores.

El narrador añadió una observación de su cosecha: los cobanahuas se miraban entre sí, maravillados de tanta historia que sabe Cajeme, quien continuó:

—Pasaron los años. Nuestras quejas contra los yoris se fueron amontonando. Un día fueron tantas, y como el Gobernador no nos hacía caso, que resolvimos enviar a dos representantes de la tribu para exponer nuestra situación al Virrey. A todas las puertas tocamos en demanda de justicia, y ninguna se abrió. Y nuestros enviados ni siquiera pudieron conseguir que el Virrey los recibiera. No queríamos recurrir a la violencia, pero ya no nos quedaba otro camino. Fue entonces cuando Calixto se levantó. Vildósola era Gobernador. La Comisión de yaquis que fue a la capital había regresado y el Gobernador le pidió que le permitiera gestionar la paz.

Cajeme interrogó:

—¿Cómo nos pagó Vildósola?

—Con la traición —contó el indio que habían contestado inmediatamente todos los cobanahuas.

Y agregó:

—Estaban enojados. El Generalísimo removía en sus almas todos los odios que el yaqui guarda para el yori.

Cajeme dijo:

—Vildósola hizo promesas de generosidad, pero tuvieron el mismo valor que todas las promesas de los yoris, es decir, ninguno. Porque en el pueblo de Buenavista fusiló a Calixto y a sus segundos.

Vinieron después las tres guerras de Jusacamea que, como todos los esfuerzos yaquis, estaban encaminados a lograr nuestra libertad. Todos sabemos cómo acabaron.

Estaba sudoroso el narrador. También sus oyentes. Hubieran dicho —si alguien se los hubiera preguntado— que ello se debía al calor. Es más probable que la emoción fuera la causa.

Volvió a tomar la palabra, que nadie osaba arrebatarse:

—Cajeme se refirió entonces a las tierras de los yaquis.

Explicó:

—Desde tiempo inmemorial poseíamos todos los terrenos de las márgenes del río, entre la confluencia del Arroyo de Tecoripa y el mar. Pero fuimos bajando al Valle, a medida que se iban estableciendo arriba las negociaciones mineras. También poseíamos toda la vega del río,⁴ para abajo del cerro de Otancahui. Y hacia el Sur, hasta el Arroyo de Guadalupe, que divide la zona del Yaqui de la del Mayo. Yo me he impuesto la tarea de rescatar todas las tierras que fueron nuestras, y otras más.

El relator miró a los ojos a quienes lo escuchaban.

Y expresó:

—La misma curiosidad que en ustedes noto fue la que vi retratada en los semblantes de los cobanahuas. Se debe a la frase final.

Hizo una pausa, para luego añadir: Cajeme lo explicó así:

—Antes de la venida de los españoles, los hoy Estados de Sonora y Sinaloa formaban una sola provincia indígena, que llamaban Pusolana. ¿Por qué no hemos nos-

⁴ Formada por aluviones.

otros de rehacerla? Para ello necesitamos la conformidad de todas las tribus y ya estamos trabajando en eso.

Se interrumpió el indio para hacer un comentario:

—¡Qué elocuencia la del Generalísimo! Si es la misma lengua de la raza. Si es la misma raza la que habla por su boca. Bajo el nacapuli tuvo a los cobanahuas, completamente lelos, durantes horas y horas, mientras él hablaba.

Ellos oyendo, y él, nomás, hablando, siguió:

—Las naciones indias, unidas, serán fuertes y poderosas, y nunca más podrán temer nada del yori.

Luego que hayamos conseguido todo eso, hemos de lanzarnos a una empresa todavía más grande: a la conquista de las Siete Ciudades de Cíbola y del Reino de la Gran Quivira, que parece están en el Distrito de Sahuaripa, en los límites de Sonora con Chihuahua, muy cerca de la Gran Sierra.⁵

El relator dio su impresión:

—Fue el colmo. No se imaginaban los cobanahuas que los planes del Generalísimo fueran de ese tamaño. Ya estaba cayendo la tarde y pronto la noche se vendría encima. Cajeme les informaba ahora de los éxitos alcanzados en las operaciones militares. Y terminó así:

—Esta guerra no es nueva. Es la misma, la eterna, la de siempre, la que desde hace siglos venimos librando. Y estoy seguro que ustedes, con toda su influencia, me apoyarán para continuarla.

El narrador, por su parte, concluyó de este modo:

⁵ La Sierra Madre.

—Estaban los cobanahuas diciéndole que sí, cuando Cajeme ya se levantaba y partía, seguido por su escolta. A mí, las palabras del Generalísimo me habían inflamado. Agarré, otra vez, la vereda, y me fui pensando que un día hemos de ver la bandera azul con una cruz al centro —la bandera del Yaqui— flotando orgullosa sobre todo un mundo.

LLAMAMIENTO A LOS ANIMALES DE UÑA Y ALA

EL MUNDO DE LOS ANIMALES
Y SU IMPORTANCIA EN LA ECONOMIA
DE LOS PAISES TROPICALES
Y SUBTROPICALES
DE AMERICA LATINA Y EL CARIBE
Y EL PANGLOSS DEL MUNDO
DE LOS ANIMALES
DE LOS ANIMALES
DE LOS ANIMALES

EL MUNDO DE LOS ANIMALES
DE LOS ANIMALES

Hubo un árbol que hablaba.¹

Esto ocurrió hace muchos siglos, en tiempos muy remotos.

El árbol era sabio, profeta y cenizo.

Un pueblo de yaquis enanos vivía en las inmediaciones. A estos indios les enseñó los nombres de todos los astros del Cielo.

Pero también les hizo un vaticinio trágico: había de llegar, del Norte, un monstruo feroz.

En previsión de lo predicho, los yaquis establecieron fuerzas militares permanentes en diversos puntos estratégicos, con el objeto de vigilar los caminos, en espera del fabuloso animal.

Un destacamento se situó en Tetabampo. Otro en Vejulbampo.

En este último lugar hizo su aparición el monstruo, que era una gran serpiente.

Y se trabó la primera batalla campal.

Pero las flechas de los guerreros se estrellaban sobre el caparazón escamoso de la bestia, sin conseguir hacerle mella.

¹ Esta leyenda y la siguiente fueron recogidas por Alfonso Fabila en su bien nutrido libro rotulado *Las Tribus Yaquis de Sonora.—Su Cultura y Anhelada Autodeterminación*, de cuya obra ha tomado el autor algunos aspectos costumbristas y folklóricos que aquí aprovecha.

Observado esto por los yoremes, decidieron empeñar una segunda lucha en el aguaje de Zauguomúgiri.²

Las consecuencias, también esta vez, fueron funestas para la tribu.

Sin embargo, el jefe Napohuizaimgizácame³ no se amilanó.

Mientras un grupo de guerreros hostilizaba al enemigo, impidiéndole continuar su camino, comisionó a Gocobábasela⁴ para pedir el auxilio del Mago Chapulín Guóchimea.

En rauda vuelo partió la golondrina sobre las extensas llanuras y los altos montes.

Al llegar ante el Mago le dijo:

—Mi Señor te saluda reverente y en nombre de los ocho pueblos te pide, por la Santísima Trinidad, que acudas en su auxilio para exterminar a la serpiente que anunció el árbol que hablaba, pues ya apareció y está acabando con los indios.

Luego que esto oyó, el Mago Chapulín, profundamente pensativo, inclinó el rostro venerable, y se puso a rezar.

Alzó por fin la cabeza, y recomendando a la golondrina que transmitiera con prontitud su mensaje, le manifestó:

—Di a tu Señor que, en nombre de Dios Padre, de Dios Hijo y de Dios Espíritu Santo, pronto tendré el ho-

² Sahuaros balaceados. El sahuaro es un gigante de la familia de los cactus. En la punta de sus poderosos brazos florece una rosa blanca.

³ El que tiene como penacho la Vía Láctea.

⁴ La golondrina.

nor de poner mis humildes servicios a las órdenes tuyas y de los ocho pueblos.

La mensajera fue cruzando los aires con toda la velocidad que le permitían sus alas.

Entre tanto, el Mago afilaba los serruchos de sus patas. En seguida subió el cerro Júparoi,⁵ y habiendo pronunciado ciertas palabras misteriosas, dio tan fuerte golpe con los espolones sobre la cumbre que se produjo un salto prodigioso: una persona, andando día y noche, hubiera necesitado once días y medio para recorrer la distancia que el Mago salvó de un brinco.

Eran las tres de la tarde. En el sitio denominado Gochimea⁶ los guerreros ya desesperaban, siempre con la vista en lo alto, a ver si regresaba la golondrina con la respuesta.

De repente, como caído del Cielo, el Mago Chapulín apareció en el centro mismo del campamento yaqui.

Allí estaban los principales jefes, entre ellos Napoguzaimgizácame y Zapajizai.⁷ Ellos y todos los indios se llenaron de júbilo, y renació en sus espíritus la esperanza.

Poseídos de asombro dieron la bienvenida a su salvador con reverentes genuflexiones.

El Mago Chapulín habló:

—Jullabaculiam ziazizahuam nahuemtoja.⁸

Con rapidez procedieron a cumplir la orden. Junta-ron ramas y hojas verdes y las machacaron, extrayéndoles el jugo.

⁵ Mezquites cojos.

⁶ Muerto por el chapulín.

⁷ Penacho de nieve.

⁸ Júntenme ramas y hojas verdes.

Nueva orden del Mago:

—Nechem ae uva simetacachi.⁹

Y, finalmente:

—Guaet cutat jicat yechané.¹⁰

En el árbol señalado se le sentó. Y todos se retiraron.

Por allí tendría que pasar la serpiente. Y no podría ver al Mago Chapulín porque el cuerpo de éste, bañado por aquel líquido, tenía el mismo color verde esmeralda del follaje, y se confundía con él.

El monstruo se iba acercando.

Cuando el Mago tuvo la cabeza de la bestia a su alcance, se le echó encima, propinándole dos brutales espionazos que separaron el cuerpo del monstruo, de su cabeza; y ésta se fue rodando hasta cuatro leguas de allí, hasta el punto llamado Tenjahueme.¹¹

Un rato agonizó la bestia.

Pero la cabeza, por sí sola, podía hablar.

Dirigiéndose con fuerte voz al General en Jefe de la Tribu, Yazicue,¹² le dijo:

—Yo no pude exterminar al yaqui porque fui vencido por el Mago Chapulín. Mi propósito era reinar sobre ustedes. Pero como me derrotó, ahora te invito a que se cuiden mucho, porque te advierto que, pasando los años, vendrán del Oriente y del Sur unos hombres blancos con armas poderosas que vomitan fuego. Si quieren salir avantes en la lucha, quítenles sus armas y combátanlos sin mie-

⁹ Báñeme el cuerpo con ese líquido.

¹⁰ Ahora siéntenme arriba de ese árbol.

¹¹ Boca abierta.

¹² Nombre de un cerro. Los nombres de los cinco jefes indios que siguen, corresponden a otros tantos cerros.

do y sin descanso. De lo contrario todos serán esclavizados y los despojarán de sus tierras.

Yazicue mandó emisarios a comunicar el fatal vaticinio a los jefes yaquis.

Así lo fueron sabiendo Guatachomócame,¹³ Omteme,¹⁴ Cúbuae,¹⁵ Corasepe,¹⁶ Repácame¹⁷ y Akimore.¹⁸

La noticia corrió entre los yoremes, causándoles gran preocupación el peligro que sobre ellos se cernía, pues desde entonces dieron por seguro que se cumpliría el vaticinio hecho por la cabeza de la serpiente.

Pero al aviso, Yazicue agregó el mandato de que todos estuvieran listos y que la vigilancia fuera redoblada.

Y del cuerpo de la serpiente, convertido en piedra, salió un cerro.

Esto sucedió cuando los yoremes sostenían comunicación directa con los animales de uña y ala.

El indio Terohoqui¹⁹ tenía por esposa a una linda yoremita de largas trenzas y ojos muy grandes.

Una vez que salió a cazar venados —su especialidad— le robaron a la mujer.

Nadie supo decirle el rumbo hacia donde partieron ella y su raptor.

El venadero apeló a los jefes de los ocho pueblos, quie-

¹³ El del penacho de chiquihuite.

¹⁴ Viejo enojado.

¹⁵ Come mezcal.

¹⁶ El de doble labio.

¹⁷ El de la arracada.

¹⁸ Bosque de pitahayas mateadas.

¹⁹ Tobillo.

nes, ante la carencia de informes, acordaron hacer un llamamiento general a los animales de uña y ala.

El león, cabeza indiscutible de los cuadrúpedos, por medio del tigre, su segundo, convocó a todo su ejército. Pero nadie pudo dar razón de los fugitivos.

El aura, gobernador de las aves, dio las órdenes del caso al zopilote, en funciones de capitán primero. Este las transmitió al quelele, quien se elevó muy alto y allá tocó el tambor.

Fueron descendiendo a la tierra los animales de ala, entre un rumor de tormenta.

Pero ninguno proporcionaba datos que hicieran posible la localización de la yoremita.

Volvió el quelele a elevarse y a sonar su tambor.

Al rato se percibió un zumbido. Era el gavilán que llegaba.

Había encontrado a los fugitivos cuando huían hacia el país de los euleves.²⁰

Se nombraron comisiones competentes. Delante de ellas iba un emisario con instrucciones de pedir al jefe de la tribu que la yoremita y su raptor fueran aprehendidos, y que se les enviara, amarrados, al Yaqui.

Los euleves dieron satisfacción a la solicitud.

Después de mucho buscar, hallaron a los fugitivos en la cumbre de la sierra de Mabavi.

Los detuvieron y los pasaron a los ópatas, y éstos a los pimas, quienes hicieron la entrega formal a los yaquis.

Debajo de un mezquite, reunidos, los jefes yaquis —y en torno suyo toda la tribu— esperaban a los presos.

²⁰ Otra tribu.

C A J E M E

Ante una cruz se les desnudó, y luego —castigo yaqui al adulterio— los verdugos fueron aplicando en las espaldas tres azotes por cada uno de los ocho pueblos.

La yoremita y su raptor allí quedaron muertos.

The first of these is the fact that the
the second is the fact that the
the third is the fact that the

the fourth is the fact that the
the fifth is the fact that the
the sixth is the fact that the

the seventh is the fact that the
the eighth is the fact that the

the ninth is the fact that the
the tenth is the fact that the

the eleventh is the fact that the
the twelfth is the fact that the

the thirteenth is the fact that the
the fourteenth is the fact that the

the fifteenth is the fact that the
the sixteenth is the fact that the

the seventeenth is the fact that the
the eighteenth is the fact that the

the nineteenth is the fact that the
the twentieth is the fact that the

the twenty-first is the fact that the
the twenty-second is the fact that the

the twenty-third is the fact that the
the twenty-fourth is the fact that the

the twenty-fifth is the fact that the
the twenty-sixth is the fact that the

TEORIA DEL BOSQUE Y LA LLANURA

ANNALE DE LA SOCIÉTÉ DE LA LITTÉRATURE

—Yo iba para la Sierra, sin agua ni comida. Hasta entonces supe lo que es el verdadero calor. Y hasta entonces conocí el tormento de la sed.

Comenzó hablando con calma, con una calma que iría perdiendo a medida que fuera recordando todos los incidentes.

Todos le escuchaban.

Definió:

—El Valle del Yaqui es llano continuo y Sierra discontinua.

No podría decir por cuál camino iba, porque el Yaqui es un puro camino, una inmensidad de tierra que se volvió un inmenso camino.

Al principio no lo advertí porque otros pensamientos me distraían, haciéndome menos pesada la jornada. Después pude darme cuenta: estaba ante el panorama de una tierra prematuramente envejecida por el dolor de la sed y cruzada por hondas arrugas que en el horno fue adquiriendo.

La flora, rala y mezquina. Se hubiera creído que existía una extraña solidaridad entre la flora, la fauna y los hombres en aquel desierto de suelo árido, terriblemente seco.

Quietud mineral en aquella geografía calcinada por el flagelo de un sol violento, adormecedor, paralizante, que anula todas las voluntades.

Insistió, ya con apasionamiento:

—La tierra sentía —y yo con ella— el mismo calor de sol que debe haber sentido, por primera vez, cuando la mano de Dios la expuso a los rayos solares, al arrojarla en la armonía del Cosmos.

Ya no era el sol que conocemos. Era un sol con rabia. Allí mismo, bajo mis pies, la tierra se estaba cociendo. Y hasta mis oídos llegaba el zumbido causado por el sol al chamuscar la yerba.

Me dije: ¿Cómo no ha de ser difícil ser huellero, si este fuego es capaz de quemar las huellas de los pasos de los hombres y de las bestias?

Y mientras la tierra realizaba su función de sol —dejándose quemar— yo camina y camina.

Ni un cambio en el paisaje.

A veces, sin embargo, se alegraban los ojos con el sangriento reventar de las pitahayas.

Luego, algún jito o mezquitillo por todo horizonte, por toda vegetación.

Y yo añorando las márgenes del río, con sus bosques de mezquites, casi intransitables por lo tupidos.

El narrador tomó aliento para decir:

—Apresuré el paso. Quería cruzar, cuanto antes, aquella tierra desprovista hasta de la menor huella botánica.

Pero entonces, para acabarla de completar, vinieron los vientos calientes.

Estaba sintiendo que me abrasaban la piel como si me acercase a una hoguera, cuando ocurrió la desbandada de los animales del monte.

Casi rozándome pasaban en grupos las liebres, los ve-

nados y los coyotes, que huían a refugiarse en los ranchos; en los ranchos donde seguramente verían, después, que por la acción del sol las hojas de los árboles, antes verdes, se habían puesto oscuras.

Yo me iba preguntando: ¿de dónde saldrán esos vientos calientes? ¿Bajarán de la Sierra o subirán del propio Infierno?

Y no pude contestarme.

Se le veía que tragaba saliva, mucha saliva, toda la saliva que tenía disponible.

¿Estaba preparándose para hacer memoria de las horas en que ella estuvo ausente de su boca y de su garganta?

El ademán, antes enérgico, se tornó flojo, laxo, como de gente anticipadamente agotada por el recuerdo que iba a recordar.

Prosiguió:

—No estaba llena la copa de mis tormentos. A Dios le parecía, por lo visto, que le cabían más.

Entonces llegó la hora de la sed.

Primero la normal, la que todos los hombres conocen.

Luego la lengua se me hizo de trapo. ¡Cómo batallaba para moverla y para hacer que empujara, hacia adentro, la poca saliva que tenía en la boca!

Pero eso no fue lo peor. Lo peor fue cuando ya no tenía saliva.

Apreté fuertemente los labios calculando que así conservaría por mayor tiempo la humedad que tenía en la boca, imaginando que si la abría, el aire reseco me resecaría también la boca.

Entre tanto mis ojos tenían filo y cortaban la distancia buscando agua.

Y a un espejismo —en seguida de aclarar que no era más que eso— le sucedía otro espejismo. Y mis piernas ya se cansaban de correr tras el agua que no era agua.

Al principio, cuando aún sudaba, me decía a mí mismo: no tengo agua para llevar a la boca, pero todavía me queda algo de agua en el cuerpo.

Después, ni eso. La camisola ya no tenía con qué pegarse al cuerpo.

Empezó a darme vueltas la cabeza y temí extraviar el rumbo y encontrar la muerte en medio del mayor tormento conocido: el de la sed.

A fuerza de voluntad para vivir, me repuse. Pero me invadía un enervamiento físico y mental.

Me decidí a tomar la resolución mejor. No sé cuánto tiempo empleó mi cabeza en ponerse en orden para pensar.

Logré al fin la calma necesaria para analizar mi situación. Ella era tan grave, que no debía hacerme ilusiones.

Y se produjo el debate, con toda la conciencia despierta y de pie.

El cansancio y el agobio me exigían sentarme a descansar a la pobre sombra de algún arbusto, hasta tener las suficientes energías para seguir el camino, ya no hacia la Sierra, sino hacia la vida.

La sed me reclamaba lanzarme, en carrera desbocada, hasta llegar a donde hubiera agua.

Pudo el buen juicio imponerse, desechando las dos soluciones: la primera por el peligro de que el descanso

no fuera tal y que después ya no pudiera levantarme; la segunda por el riesgo de gastarme e ir a quedar, un poco más adelante, a las puertas de la muerte.

Adopté la solución intermedia: seguir al paso, sin prisas físicas ni mentales, ahorrando fuerzas, pero caminando siempre, siempre caminando. Y acortar la ruta, tomando la línea más recta, así fuera necesario dejar pedazos de ropa y hasta de carne en los huizaches.

No sé cómo tuve tanta lucidez para escoger lo más cuerdo. Y estoy seguro de que esa fue mi salvación.

Pero como no tenía la certeza de que este mundo iba a seguir siendo mi morada, me puse a pensar en el otro.

De allí saqué la energía espiritual que substituyó a la energía física que me faltaba.

Con tales ideas —y con el tormento que me iba cerrando la garganta— caminaba con la vista en alto, paseándola del Cielo al horizonte y del horizonte al Cielo.

Y cada vez que la bajaba, me parecía que la tierra, también por la sed, se encogía.

Pero yo seguía andando.

¡Qué alegría, qué alegría tan honda y definitiva, cuando en la lejura distinguí un hondable!¹

Pero como mi espíritu, a pesar de todo, estaba tranquilo, no di saltos ni gritos. Temía la traición de otro espejismo.

De modo que al mismo paso seguí caminando.

Por fin llegué. Agua a montones para saciar no sólo mi sed, sino toda la sed del Yaqui, toda la sed del mundo.

¹ Charca profunda con agua estancada.

Bebí. Bebí y descansé. Y luego volví a beber, no sé cuántas veces, hasta que estuve harto, harto y satisfecho.

El líquido me llenaba la boca y me corría por el cuerpo. Y yo lo dejaba correr.

No me olvidé de Dios. ¿Cómo había de olvidarme de El, si en sus manos estuvo perderme y me salvó?

Cuando me alejé del hondable descubrí que por el rumbo había llovido. Lo revelaba la tierra, endurecida por el agua al secarse, tierra que luego se quebró, rompiendo las matas. . .

Pidió el narrador una jícara de agua.

Uno de los oyentes fue a la tinaja y se la trajo.

La tomó con fruición, no como quien da satisfacción a una mera necesidad, sino como quien saborea un placer.

Como debe haberla tomado el día de la tortura, en el hondable.

Su relato no terminaba:

—Todo había sucedido —mi tormento, mi peligro y mi salvación— en lo que va del mediodía a las primeras horas de la tarde. Aunque a mí me pareció que el tiempo no existía, porque se alargaba como la eternidad.

Por la sombra de un arbusto, que ahora sí disfruté sin miedo, conocí el tiempo.

La Sierra todavía estaba lejos.

Caminé más y fui viendo el llano. Viendo y comparando.

Me acordaba de los bosques del río, tan distintos de la llanura pelona.

En el llano somos juguetes del sol, mientras que en el río los árboles nos protegen con su sombra.

Y me cayó encima un pensamiento. El mismo que ahora les cuento:

La diferencia entre el bosque y la llanura no radica única, ni siquiera principalmente, en la ausencia o presencia de árboles, aunque para el hombre éstos sean muy importantes, sino en que la comprensión de ambos se opera en virtud de una atracción: el bosque llama al hombre a su centro, y sólo allí siente al bosque; y la llanura invita al hombre a posarse en su lindero, y nomás allí, con todo el horizonte en perspectiva, el hombre adquiere el sentido de la llanura.

—Anduve otro poco, y al oscurecer se recortaba —pero ya cercano— el perfil pardo de la Sierra.

ALUCINACIONES

ALUCINAGIÖBB

—¡Qué gran carambada me hizo la noche! Desde entonces le tengo mala voluntad a la noche, a todas las noches.

Quien hablaba era el asoleado, el sediento, el que hubiera muerto en el Valle si no encuentra el hondable salvador.

Siguió:

—Aquella noche sentí como que el alma se me había ido con la luz del sol.

Sería porque el mismo sol, con su calor, me había quemado el pensamiento, dejándome solamente la imaginación.

O porque en la paz nocturna cualquier rumor adquiere extraño significado que determina la fantasía.

Después de ocurrido lo que ocurrió, sobran las explicaciones. Pero lo que a mí me faltaba era el aliento.

Hizo un esfuerzo para cerciorarse de que había recordado aquello de que una vez careció —el aliento— y continuó:

—Mi compadre Güicho y yo hicimos un recorrido por la Sierra.

Estuvimos en el cerro de Bachata y luego bajamos a un aguaje permanente, donde saciamos la sed.

En seguida llegamos hasta el cañón de los Pilares.¹

¹ Existe la versión de que en ese sitio, en una fase aguda de la campaña, Cajeme buscó refugio con su familia.

¡Qué imponente y pintoresco es el paraje! Hay un verdadero lujo de moles de granito.

Y en medio de la cañada se levanta una enorme columna, que es un prodigio de equilibrio.

Fuimos también a Bacectaboca, eminencia coronada por una espiral de fortificaciones naturales, hechas de rocas. Güicho comentó: —¡Qué buen lugar para hacer una resistencia que nunca acabaría!

—Aquella noche nadie durmió en el Yaqui. ¿Quién iba a dormir, cuando sabíamos —o creíamos saber— lo que se venía encima?

Mi compadre y yo hablamos de Cajeme y del nuevo alzamiento general, tan próximo que ya estábamos en sus vísperas.

Güicho tomó la palabra: —Me aseguran que Cajeme lloró en el vientre materno. ¿Sabes tú lo que eso quiere decir?

No me dejó responder. Iba a contarme todo lo que sabía: —Quiere decir que es un predestinado, que vino al mundo a realizar una misión. Por eso en él se encarna nuestra esperanza.

Se quedó pensativo.

Aproveché la interrupción para recoger su pensamiento, que era el mío. Y le dije: —Cajeme llegó al Yaqui montado en una gran esperanza. De él, y de su acción, depende que seamos libres y que el yori no domine más al yoreme.

La plática fue larga, como el tema, que nos agitaba las conciencias violentamente.

Fue contando mi compadre otras señales que los pa-

rientes habían visto o que a los parientes les habían contado.

El y yo sentíamos la presencia de fuerzas misteriosas, impalpables pero reales, que estaban a punto de desatarse.

Luego agregó: —A esta hora van los temastianos de ranchería en ranchería y de pueblo en pueblo —lo mismo en los altos de la Sierra que en los bajos del río— predicando la guerra y el odio contra el yori.

Con mi compadre había compartido diálogo y horizonte.

Pero él se fue después.

Todavía lo miré, por un reliz de la montaña, cuando se alejaba.

Y yo me quedé en el más alto picacho de la Sierra, solo y casi sin alma.

Hombre y paisaje nos quedamos a oscuras.

—Entonces vinieron las alucinaciones.

He dicho que aquella noche nadie durmió en el Yaqui, ni los hombres, ni los animales, ni las cosas.

No podía bajar el sueño sobre un mundo que estaba sometido al peso de la emoción bélica.

La soledad me produjo miedo. Para darme valor tuve la idea de irme diciendo a mí mismo lo que veía. Así iría oyendo mi propia voz, y habría diálogo entre yo y yo.

Presté más atención a mis palabras.

Estaban diciendo: Aquellas lucesitas deben ser en un campamento. Quizá Cajeme en persona está calentándose con el fuego de la lumbrarada. Y aquellas otras pueden ser de un pueblo. ¿Cuál será?

En un derrepente me pareció como que la oscura tie-

rra se arrugaba, y que el blancor de la cinta del río se encogía, y que los cerros se agachaban. Era el caos.

Luego el sentimiento geológico fue más intenso.

La tierra se encorvó, en seguida se inclinó y después empezó a enrollarse.

El bulto se fue haciendo grande, muy grande, tan grande que pude comprender que aquello era un cataclismo.

Yo seguía hablando, repitiéndome a mí mismo lo que miraba.

Probablemente hablaba nomás entre dientes, pero mis oídos creían escuchar mi voz, porque era la propia.

El pavor ya no me dejó hablar. Del susto me había tragado la voz.

Cuando el agua del río también comenzó a enrollarse, el ruido fue más fuerte. Casi me reventaba los oídos.

El narrador sudaba a chorros. Su cuerpo era un puro temblor. Acaso en su carne se clavaban ahora las sensaciones de aquella noche.

Más sereno, prosiguió:

—Cerré los ojos. Pero me asaltó el temor de que, a ciegas, los gigantescos rollos de la tierra y del agua me arrastraran.

Los abrí de nuevo. Todo igual. La oscura tierra en su sitio. Y el blandor de la cinta del río, en el suyo.

Descansé.

Me fueron llegando los cantos de los gallos lejanos.

Primero a uno le contestaba otro. Después parecía un coro.

¿No serán de mal agüero?

La interrogación me dijo el ansia de volar. Hubiera querido huir a mataballo, o mejor, con alas.

—Y volvió, otra vez, el gran movimiento telúrico.

Ahora la montaña se recogía sobre sí misma, para saltar, Dios sabe a dónde, porque abajo, nuevamente enrollada la tierra, diatiro se acababa el Valle y todo era vacío, de la propia esencia de la nada.

El que contaba no quiso ocultar su último gesto de valor.

Lo expresó así:

—Y yo seguía en el picacho, aguanta que aguanta. ¿Saben ustedes por qué aguantaba?

No esperó la respuesta.

Salió de sus labios:

—Porque no podía hacer otra cosa.

Luego vino lo peor.

Por los rayos de la Luna se estaban descolgando los diablos.

En la oscurana yo los veía bajar hasta el Valle y correr por la tierra.

Ya mero amanecía.

Cuando apareció el lucero, que es el ojo de Dios en la madrugada —como el sol es en el día y la luna en la noche— yo me dije: Está conmigo el ojo de Dios.

En otro derrepente, todo fue nada. Y sólo quedó, vagando por encima del vacío, un espectro blanco.

Comprendí: Era el espíritu del Yaqui, de los Yaquis —Valle, Río y Raza— que tomaba posesión de lo suyo, por adelantado.

—Ajena por completo a mi congoja, la luna, blanca y triste, continuó impasible su camino sembrado de estrellas.

—Estaba la fatalidad —yo creía entonces que la gloria— echándose a andar. Y era nuestra mano quien la ponía en movimiento.

—La clarencia del día me volvió a la razón.

1844

Largo tiempo había estado el tambulero restirando su parche al calor de la lumbre.

Así se preparaba, con todo método, al mejor desempeño de su misión.

Siempre había considerado que la suya tenía una gran importancia.

Cuando en el pueblo hacía sonar su tambor, todos estaban pendientes de él y de su actividad.

Si de su caja iban saliendo los toques reglamentarios del día, mientras él daba la vuelta a la cruz, situada frente al cuartel, y enviaba sus notas a los cuatro puntos cardinales, los jefes de la tribu —civiles, militares y religiosos— se alineaban en marcial ceremonia, y, dando la vista al oriente, esperaban el fin del son para santiguarse y luego participar en el rezo colectivo.

Y él —el tambulero— era el centro de la ceremonia.

Su parche era una maravilla.

A su sonido estaban encomendados los avisos trascendentales de la tribu.

No sólo los habituales —llamadas a misa, a reunión de cobanahuas, a las asambleas populares, y los toques de alba, de rancho y del Ave María— sino también los otros: los mensajes como de telégrafo y los avisos de guerra.

Para todos los casos tenía modalidades rítmicas su prodigioso instrumento.

Y todos sabían que cuando él lo estaba tocando, era cosa de escuchar y entender. De entender y obedecer.

Porque, mensajero rápido y eficaz de las buenas y de las malas noticias, que lo mismo alegra los instantes de fiesta con su voz sonora que entristece en la hora de la muerte, ahora estaba invitando, con su ronco son, a la lucha, a la guerra, a la gran insurrección.

Primero fue un puro sonido.

Su eco iba retumbando por el Valle y la Sierra.

Los perros, despertados por el ruido, ladraban a la distancia.

Seguramente veían espantos que los hombres no alcanzaban a percibir.

Y los hombres, con el oído en tierra, seguían la ruta del eco y esperaban la respuesta.

Que luego llegaba, desde lejos, desde muy lejos.

Eran otros tambores que contestaban, por virtud de otras manos expertas.

El tambulero interrumpió su tarea.

Nuevamente, durante largo rato, la oscuridad se deshizo —y los ojos, siempre pendientes— en torno del fuego donde la caja se calentaba.

Ya bien restirada, el fúnebre toque de guerra volvió a llenar los aires.

Y, otra vez, las respuestas.

Luego fueron tantas, que ya no se sabía cuál era el tambor, ni cuál el eco, ni cuáles las respuestas.

Un concierto de sonos, todos lúgubres y tristes, forma-

ban como otro cielo que cubría el Valle, y el Río, y la Sierra.

El compás, perfecto.

El del tambor de aquí y el de los tambores de allá, de todos los que integraban el bélico y nocturno concierto.

Diríase que una mano —una sola, oculta, misteriosa— dirigía a todos.

Y dirigía también los ecos que, como espadas sonoras, cruzaban la atmósfera llamando a los hombres a empuñar otras espadas, las de la guerra.

Los indios escuchaban y comprendían.

Y el tambulero, silencioso, serio, como una estatua.

Una estatua que sólo movía las manos.

Una estatua en que se concentraban las palpitaciones de todos los corazones, porque era el centro transmisor de los mensajes que iban, mientras los oídos humanos —y por qué no también los oídos del tambor—, aguzados y listos, estaban recibiendo las respuestas que regresaban.

Que regresaban y decían que otros hombres, también en la tiniebla, ya se ponían de pie para lanzarse, apenas amaneciera, a la gran empresa.

La empresa de vivos y muertos. La empresa del Yaqui. La que daría cuerpo a todas las ilusiones y a todos los sueños.

Delirio pasivo, lento, el del tambor.

Después la vibración sonora ya era la violencia desatada, la exaltación del ánimo hasta el paroxismo, hasta el frenesí.

De mañanita podía verse ya que los horizontes del Valle, siempre inmóviles, se renovaban al quebrarse con las siluetas de los indios que avanzaban.

Era una renovación de horizonte y de historia.

LA FUGA DE LOS DIAS

Prós, antes había sido la de Leóncio Melón.

Desde que se le declaró como Teniente General del Ejército de los Andes, con sus grupos de adictos, a la par de la Proveduría, cerca del pueblo de Guernica.

Pero no pudo, porque el destino no le dio.

Hacia plaza de coronel.

Y un día quedó prisionero por ocho.

Rincón a los muros y en una brecha se abrieron en Guernica.

También en la batalla de Los Chiriqués.

Con la muerte del 28 de marzo de 1835 se produjo que al final — a la hora armada — frente a la casa que el General Melón tenía en Los Guarnichidos.

De repente, era, se abrió a Cajón a segunda vista, a la hora de la batalla.

Una familia en cada una de las casas por el tiempo.

En fin, también, desde la colonia, durante la casa del General Melón, a la familia de los, y en línea a unirse a la familia Melón, a la hora de la batalla, y a la hora de la batalla.

Una familia de tiempo, de la casa a Melón, produ-

LA FIGA DE LOS DIAS

LA FIGA DE LOS DIAS
LA FIGA DE LOS DIAS
LA FIGA DE LOS DIAS
LA FIGA DE LOS DIAS

LA FIGA DE LOS DIAS

Y así, surgiendo de las hondonadas de la llanura y bajando de los picachos de la Sierra, los indios iban cayendo como alud: ágiles, fuertes, broncos, inmisericordes.

Poco antes había sido lo de Loreto Molina.

Desde que se le destituyó como Teniente General del Yaqui se fue a vivir, con un grupo de adictos, a la hacienda la Providencia, cerca del puerto de Guaymas.

Pero no vivía, porque el rencor no lo dejaba.

Hacía planes de venganza.

Y un día quiso ponerlos por obra.

Reunió a los suyos, y en una lancha se embarcó en Guaymas.

Tomó tierra en la Ensenada de Los Chiltepines.

Y en la noche del 28 de enero de 1885 se presentó con su gente —toda bien armada— frente a la casa que el Generalísimo tenía en Los Guamúchiles.

Su propósito era asesinar a Cajeme o cogerlo vivo, si la suerte lo ayudaba.

Pero Cajeme no estaba allí. Andaba por el Mayo.

Molina, entonces, lleno de cólera, incendió la casa del Caudillo, atropelló a la familia de éste y se llevó a cuatro indios, entre ellos al general Juan Síquili, emprendiendo la marcha de regreso.

Una partida de yaquis dio alcance a Molina, produ-

ciéndose un tiroteo que los prisioneros aprovecharon para escapar.

Aún no llegaba Cajeme al Mayo, cuando recibió la noticia.

Inmediatamente regresó al Yaqui y dispuso la incautación de todas las embarcaciones que se encontraban en El Médano.

Y con José García mandó preguntar al Prefecto de Guaymas, Andrés Rivero, si el asalto había sido ordenado por el Gobierno, o si era obra exclusiva de sus autores.

Para el primer caso, hacía presente su extrañeza, pues él era un buen mexicano, dispuesto siempre a defender a su Patria en cualquier guerra extranjera.

Para el segundo, exigía que se persiguiera y castigara a los ejecutores del atentado.

Al aviso, acompañó Cajeme la amenaza: de no tener satisfacción cumplida se vería obligado a tomar el desquite por su cuenta.

Se condujo a José García ante la presencia del Gobernador Luis E. Torres, quien pidió al emisario hacer del conocimiento de Cajeme que el Gobierno reprobaba la conducta de Loreto Molina, pero que, para que se le hiciera justicia, el Generalísimo debía quejarse, en forma, a las autoridades respectivas.

Todavía insistió el Caudillo, demandando la extradición de los responsables, a fin de que les fuera aplicado el castigo a que se habían hecho acreedores.

Como el Gobierno se negó a la solicitud, Cajeme —que había dado un plazo de diez días para que, previo el pago del rescate correspondiente, fueran liberadas las

embarcaciones detenidas en El Médano— ordenó incendiarlas. En número de veintidós fueron pasto de las llamas.

Mientras se preparaba para tareas mayores, destacó partidas a cuyo cargo quedaron hostilidades parciales en las zonas inmediatas a los dos ríos.

Así se produjeron los asaltos al rancho de La Noria, cerca de Baroyeca, y a la hacienda Las Termópilas, en pleno Valle de Guaymas.

Vino entonces la insurrección general, aquella que vibró, como convocatoria, en el fúnebre toque del tambor.

También el Gobierno —el Federal y el del Estado— se alistaba para la campaña definitiva.

Al mando de los soldados estaba el general Carbó.

Fueron avanzando las columnas.

La del general Carbó por La Misa, Ilitaco, Mápole y La Pitahaya.

La del general Topete por Buenavista, Jecatari y Cócorit.

En fecha determinada —ese era el plan— deberían reunirse en Torin, centro preciso del territorio sublevado.

Pero los yaquis, a pesar del ardor, no daban pelea.

Parecía que su retirada obedecía a una orden estricta, de cuyo cumplimiento dependía que las tropas del Gobierno se movieran hacia el lugar que Cajeme había escogido.

Intrigado, Carbó quiso ver personalmente lo que sucedía.

En la exploración se hizo acompañar de su Estado Mayor y de una fracción de su columna.

En el sitio llamado La Isla, camino de Vícam, los exploradores tropezaron inopinadamente con los indios y con una sorpresa: estaban fortificados.

Para eludir sus certeros fuegos, Carbó y sus acompañantes necesitaron replegarse con rapidez.

El movimiento dejó cortados a los señores Ramón Corral, entonces Secretario General de Gobierno, después Gobernador y aún Vice-Presidente de la República; Rafael Izábal, también posteriormente Gobernador; y al Marqués de Potestad, logrando salvarse los dos primeros, no así el noble español, que allí quedó con el cráneo atravesado por una bala.¹

También a Topete tenía Cajeme reservada su sorpresa: la fortificación del Añil.

Dejando atrás Tórin, Topete marchaba por la margen izquierda del río, rumbo al Cuartel General de Carbó, que éste había establecido en El Médano, para tener expeditas sus comunicaciones marítimas con Guaymas.

A unirse con Topete, Carbó había despachado una columna mandada por el general Lorenzo García. Logrado el encuentro, García retrocedió para Pótam, y Topete dejó al coronel Lorenzo Torres en Torin.

Fue entonces, al ir hacia El Médano, cuando Topete se dio de manos a boca con el Fuerte del Añil.

Había sido construido en medio de un espeso bosque, a la margen izquierda del río.

¹ En un escrito en que brillan a la par su buena prosa y sus conocimientos históricos, el licenciado Horacio Sobarzo ha relatado esta aventura.

El recinto, bastante extenso, cortaba el camino de Torin.

Por fuera lo rodeaba un ancho foso.

Inmediatamente después, adentro, una empalizada de toscos y gruesos maderos, clavados en tierra, capaces de resistir a las balas de los cañones de la época.

La organización se completaba con un sistema de emergencia: un camino cubierto, y por lo tanto invisible para los atacantes, iba hasta el río, situado a una distancia como de ochocientos metros, para la eventualidad de que los defensores carecieran de agua.

En el interior del reducto Cajeme había concentrado a sus fuerzas.

Divididas éstas en varios grupos, con un jefe a la cabeza de cada una de ellas, se les habían destinado los puntos de la fortificación que defenderían.

Ganados, víveres, etc., garantizaban la manutención de los sitiados, por un tiempo más o menos prolongado.

Y en el exterior, columnas volantes de yaquis tenían la misión de expedicionar a lo largo del río, juntar a los dispersos, y merodear.

Además de otra doble y muy importante: hostilizar permanentemente a las tropas del Gobierno, y, en caso necesario, acudir en auxilio oportuno de los sitiados.

Con tan cuidadosa y metódica preparación —que por supuesto ignoraba— fue a encontrarse Topete.

Atacó.

Los indios, alentados por la presencia de su Caudillo, repelieron la agresión con brío y con éxito.

Protegidos por la muralla de sus parapetos, materialmente cazaban a los soldados.

Las balas de cañón se estrellaban contra la empalizada, sin lograr abrir frecha. Más aún: sin siquiera hacer mella en sus formidables troncos.

Topete tuvo que retirarse, dejando el campo sembrado de cadáveres.

Pudo llevarse a los heridos y ya andaba perdiendo un cañón, el cual se salvó por el arrojito del jefe de sus caballerías, coronel Juan A. Hernández.

Allí quedó el Fuerte del Añil, tan fuerte como su nombre.

Firme, entero, inexpugnable, como el Caudillo.

La retirada de las fuerzas del Gobierno menoscabó su moralidad.

Y el espíritu belicoso de los yaquis se vio grandemente estimulado por el éxito conseguido mediante el nuevo sistema.

Ante un tribunal militar, acusado de ineptitud o descuido, tuvo que comparecer el general Carbó, como Comandante en Jefe, resultando finalmente absuelto y reintegrado a su mando.

No podían comprender los militares de entonces que un indio —un yaqui nomás— fuera capaz de aleccionar a sus tropas para no presentar acción a pecho descubierto, brindándoles, en cambio, otra forma de oportunidad al despliegue de su valentía: la eficiencia de una guerra defensiva, a la moderna.

Cajeme supo dar la lección, pero también aprenderla.

Mandó fortificar otros lugares que presentaban ventajas estratégicas y ordenó a sus subalternos que no se batieran sino detrás de trincheras.

En la lista de los esfuerzos defensivos —y en la lista de los combates— siguió el del Omteme.

Pero la situación de miseria de los indios tocaba ya a los límites de la desesperación.

Tan mala consejera los había dividido en dos partidos: el de la guerra, que sostenía que a toda costa debía continuarse; y el de la paz, formado por quienes creían poder encontrar una existencia más conveniente en el muelle disfrute de la tranquilidad.

Dirigiendo la pelea, el Caudillo se había pasado bastante tiempo en el Yaqui.

En el Mayo hacía falta su presencia. Lo testimoniaban las noticias que llegaban, en el sentido de que allá cundía el desaliento y que el partido de la paz —alentado precisamente por quienes tenían la función de manejar las cosas de la guerra— progresaba, y reclutaba prosélitos y simpatizadores.

Se desprendió de un río y apareció en el otro.

Su ojo perspicaz midió el peligro.

Y entonces, para comunicar a los demás la energía que a él lo desbordaba, y su decisión, cien veces probada como inquebrantable, se resolvió —cierto de que no había otro camino— a utilizar severas medidas.

Por principio de cuentas mandó fusilar a su propio lugarteniente del Mayo, Andrés Capusari, que era de los que estaban inclinados a hacer la paz.

Más que todo, fue su presencia —el halo de la victoria

circuía su frente y arrastraba a los indios— la que infundió confianza a los mayos.

Los dejó, otra vez, como la primera, cuando fue a llamarlos a la lucha común contra el yori: determinados a continuar, a correr todos los riesgos en pos de la estela rutilante que iban dejando sus triunfos, repetidos, incesantes, clamorosos.

Y de un río volvió al otro.

Y siguió la guerra, terca y enconada, como es el indio, como es su afán de irse acercando —no importa lo cuantioso del tributo que en sangre se le reclame— hacia el destino de libertad que se rebela a gritos en su corazón.

Hoy, aquí, una escaramuza. Mañana, allá, un combate.

Y luego otro, y otro, y otro más.

Abajo, los hombres en la pelea.

Pero se daban maña para alzar los ojos y mirar a lo alto, tratando de adivinar el tiempo por el brillo de las estrellas, elementos de un dibujo trazado en el Cielo por la mano de Dios.

Porque los días corrían, adelante del tiempo.

Y era tanta su prisa, que ningún hombre podía darles alcance.

CAPITAN DEL CIELO

... y en el año de mil setecientos y noventa y tres, a diez y siete de Mayo, en la villa de Madrid, yo el Sr. D. Juan de ...

... y en el año de mil setecientos y noventa y tres, a diez y siete de Mayo, en la villa de Madrid, yo el Sr. D. Juan de ...

CANTO DEL CIELO

... y en el año de mil setecientos y noventa y tres, a diez y siete de Mayo, en la villa de Madrid, yo el Sr. D. Juan de ...

... y en el año de mil setecientos y noventa y tres, a diez y siete de Mayo, en la villa de Madrid, yo el Sr. D. Juan de ...

... y en el año de mil setecientos y noventa y tres, a diez y siete de Mayo, en la villa de Madrid, yo el Sr. D. Juan de ...

... y en el año de mil setecientos y noventa y tres, a diez y siete de Mayo, en la villa de Madrid, yo el Sr. D. Juan de ...

—Cuéntanos de los apaches.

—Lueguito que les cuente de mi joroba.

Irrumpió la carcajada.

La necesitaba para ganar tiempo.

Como necesitaba también hablar de sí mismo, mientras podía recordar lo que sabía de los apaches, porque los únicos contactos que su raza —la pima— había tenido con ellos, habían sido de carácter bélico.

Quién sabe qué tenía aquel jorobado, que apenas iniciaba la plática, y ya la estaba acaparando.

Con él no era posible el diálogo. Todo era un puro monólogo.

Cuando él hablaba, las gentes se dividían en dos grupos: uno, el de los que lo escuchaban; y el otro que era él mismo, solo, aislado de los demás y al mismo tiempo estrechamente unido a ellos por el vínculo de la conversación.

Era entonces cuando, al estar pendientes todos de sus labios, establecía el único dominio que los hombres toleraban de él: el dominio de la palabra.

Pero qué fugaz su dominio.

Duraba tanto como el sonido de su voz, que en seguida se llevaba el viento.

Y había que volver a comenzar.

Se fue integrando el auditorio.

De las casas cercanas acudían a escucharlo.

Todos querían oír a aquel jorobado —figura ya familiar entre los indios— que nadie conocía de dónde salió, ni para dónde iba, ni cómo se llamaba, pero que sabía muchas cosas, muchas cosas bonitas.

Hasta las mujeres abandonaban sus quehaceres domésticos.

Y, en el suelo, junto a los sombreros de petate de los hombres, las canastas de carrizo de las mujeres.

Aquí, un guari¹ de tortillas.

Allá un metate lucía, deshonesto, su piel cacariza y manchada de chile colorado.

Más allá, un liacho² de ropa sucia que su conductora llevaba a lavar al arroyo que, siempre cristalino, murmuraba su vida en desliz, sin que de su claro seno se alzara nunca una protesta contra los hombres —sobre todo las mujeres— que estaban empeñadas en convertirlo en depósito de inmundicias.

Uno comía su burro³ de téparis⁴ con su correspondiente tortilla de harina, bocado de día de fiesta que justificaban las últimas nuevas que habían llegado, todas referentes a la victorias que los yoremes, con Cajeme a la cabeza, se iban anotando.

—En mi joroba llevo mi alma. Y mis ojos no son mis ojos, sino los ojos de mi joroba, es decir, de mi alma. Por eso los tengo bizcos. Porque yo no nací con ellos así. Se

¹ Cesto de palma tejida.

² Bulto.

³ Taco.

⁴ Especie de frijol.

me volvieron, con el tiempo, de tanto cruzarlos para verme la joroba, pues quería verme el alma. . .

No entendieron el chiste.

Era demasiado complicado, como son todas las especulaciones de quienes piensan mucho en sus defectos. Aunque menos, desde luego, que las especulaciones de los que se dedican a pensar en las virtudes que tienen o que creen tener.

Tampoco habían de entender el desenlace, no obstante la risa.

Pero el jorobado estaba acostumbrado a concluir cada tarea que empezaba. Y si no la terminaba, nunca era por él, ya que la entrega de sus fuerzas era completa, total.

Y no quiso quedarse sin el epílogo:

—El día que me maten —si llega ese día— tendrán que matarme dos veces: en mi cuerpo y en mi joroba. Porque si no, a mi cuerpo inerte irá el alma de mi joroba, y seguiré viviendo.

Eso ya era más sencillo.

Si no lo comprendieron, pareció como que lo comprendían.

A juicio del que hablaba, el tema ameritaba explicarse.

Continuó:

—Yo mismo hago bromas sobre mis defectos físicos. Así evito que los demás me las hagan. Y cuando de todos modos me las hacen, ya estoy acostumbrado a provocar la risa.

No se equivocó.

Ahora mismo la estaba produciendo.

Ellos lo consideraban un tipo ridículo.

El lo sabía, y todo lo que estaba en su mano lo aportaba al fomento de tal creencia.

Así nadie lo molestaba, y él seguía tratando de cumplir una misión que las circunstancias iban frustrando.

—Endenantes les dije que yo mismo hago bromas de mí. Ahorita les digo, pero en serio, que acaso por lo deforme y porque mis cortas piernas me mantienen más cerca de la tierra, yo tengo más arraigo en ella que ustedes.

Y lo de ser bizco es un problema para los demás, un problema visual, pero no para mí, que todo lo veo bien, menos lo que no me conviene. . .

Con burla, pero también con la grosería habitual en el trato hacia el inferior —sólo físicamente— de quien se siente superior, uno lo regañó:

—Ya hablaste mucho de ti y de tu joroba, más de lo que tú mereces. Lo que nosotros queremos es que nos cuentes de los apaches.

El latigazo verbal cayó en la parte más sensible y delicada, es decir, en la joroba.

Y fue diciendo lo que sabía.

—En diez tribus se dividen los apaches: coyoteros, chiricagüis, gileños, faraones, lipanes, llaneros, mezcaleros, mimbrenos, navajos y llamparicas.

Pero hay otras ramas: supis,⁵ muares,⁶ ancavistis⁷ y euchanticas.⁸

⁵ Gente de palo.

⁶ Grandes guerreros.

⁷ Gente colosal.

⁸ Comedores de cíbolo, nombre que dan al bisonte.

Traen la cara pintada —más las mujeres que los hombres— con almagre.⁹

Los jefes militares portan un gorro de piel de venado, con plumas de ave.

Sus zapatos son teguas¹⁰ de gamuza blanca. . .

Paseó el jorobado una mirada de inteligente previsión sobre la concurrencia.

Cuando estuvo cierto —y lo estuvo luego— del efecto que iba a causar lo que estaba por decir, acompañó a la expresión una sonrisa intencionada.

Y dijo:

—Para casarse, compran a la mujer.

Se vieron los hombres entre sí. Y vieron a sus mujeres.

Prosiguió:

—Según lo bonitas que sean, se las cambian, a sus padres, por una piel fina, una buena arma o un caballo viejo. . .

Los rostros de los hombres denotaban picardía. Los de las mujeres, inconformidad.

Más picardía y más inconformidad, como en racimos brotados del árbol del semblante, aparecieron en la culminación —en ese aspecto —del relato.

Que fue cuando agregó:

—Cada apache puede tener las mujeres que quiera. Y a todas las junta en jacales inmediatos al suyo. Hay apaches que tienen verdaderos campamentos.

Hubo una rúbrica de frases y ademanes obscenos.

La cruda pintura no acababa:

⁹ Tierra enrojecida.

¹⁰ Una especie de zapato que podría situarse entre el calzado ordinario y el huarache.

—Las mujeres se dedican a tener hijos. Y a recoger la caza que el apache le lleva: venados, osos y jabalíes.

Aunque lo que a ellos les gusta más es la carne de caballo.

Las mujeres hacen el alimento y saben arreglar las pieles para vestirse con ellas. . .

Varias de las yaquis que oían, estaban pensando que, a diferencia de lo de las pieles —porque a ellas sus maridos les compraban ropa con los barilleros—, su existencia no era distinta de la de las apaches. Como ellas, las yaquis se dedicaban a tener hijos y a hacer la comida.

El jorobado continuó:

—Con el fuego los apaches hacen maravillas. Se mandan señales con el humo y también usan el fuego para quemar a sus muertos. Viven de lo que roban a los demás. Por eso la guerra es su ocupación favorita. De tal modo se entregan a ella, que a los niños, desde muy pequeños, les enseñan el manejo del arco y de la flecha. Y como siempre andan de merodeo, son los mejores huellers del mundo.

El disgusto fue general.

Un yaqui ponderó las extraordinarias aptitudes como huellero, de otro yaqui, su compadre por supuesto.

—Cuando en el suelo no hay rastro —dijo— porque el hombre o el animal cruzaron tan encimita que no lo dejaron o porque el tiempo y el aire lo borraron, mi compadre lo descubre en la posición de las ramas o de las hojas de los árboles que los viajeros —hombres o animales— dejaron con su roce al pasar.

Ya iba otro, en aquel desafío de excelsitudes, a pre-

sentar las de otro indio —que también, naturalmente, era su compadre—, cuando el jorobado les hizo abrir la boca, y quedarse así, al contarles:

—Un huellero apache sabe cuántos días han transcurrido desde que el sujeto marcó su paso. Y si era bestia, sabe si llevaba jinete o no. Y si no lo llevaba, sabe si era animal de silla o mostrenco. Y si era hembra, sabe si estaba encinta o no.

Quizá quería añadir que la sabiduría del huellero apache llegaba hasta calcular cuándo iba a dar la hembra a luz.

La colectiva protesta no se lo permitió.

Perdía terreno en el dominio de su auditorio.

Lo reconquistó con el relato de las hazañas de los guerreros apaches, que esperaba —y con razón— que despertarían en sus oyentes, a más de interés, pasión.

—Desde la época de los españoles, el Gobierno tenía a ración a los apaches. Les daba cantidades de alimentos con tal de que permanecieran quietos. Pero un día las autoridades mexicanas les suprimieron la ración, provocándose así un levantamiento general de la apachería. Totigué, jefe supremo de los apaches, izó una bandera que ustedes conocen: la del exterminio de los blancos. . .

Entre la concurrencia hubo muestras de simpatía hacia los apaches.

Lo advirtió el jorobado que, como pima, era jurado enemigo de ellos, y de su boca fueron saliendo tintes negros y sombríos:

—Totigué quiso la alianza de los ópatas, pero éstos no aceptaron.

Entonces se dio a la faena de asolar los pueblos, sin importarle si eran de indios o de yoris. Cometió montones de asesinatos y crímenes, y sembró el luto y la desolación.

Cayó prisionero y lo fusilaron en Arizpe.

Pasaron los años, y volvieron a alzarse los apaches, ahora encabezados por el famoso Mangas Coloradas...

Los yaquis no lo habían oído mencionar. Pero el nombre pintoresco se les grabó. Nunca lo olvidarían.

Como tampoco olvidarían su más destacado hecho de armas, que ya les estaba contando el jorobado:

—¡Qué cueriza les dio a los yoris en Pozo Hediondo, por el rumbo de Moctezuma!

Allí se peleó con todo. Al principio los blancos cambiaban balas por las flechas de los apaches, que también tenían algunas armas de fuego.

Luego a los dos enemigos se les agotó el parque y vinieron las lanzas.

Y sólo la noche pudo poner término a la batalla, cuando ya los contendientes luchaban a pedrada limpia.

Otros años vinieron y se fueron.

Y ahora mismo, por el Norte, anda alzado el jefe apache Jerónimo.

Algunos indios consideraron halagüeña la noticia.

No les importaban los salvajes antecedentes de las rebeliones apaches, sobre los cuales tanto énfasis había puesto el jorobado.

Lo que debía tomarse en cuenta —ya lo estaban ellos

tomando en cuenta— era que una raza indígena permanecía en armas.

Y su lucha era contra los yoris, exactamente como la suya.

Podían entenderse, pactando el recíproco respeto a sus derechos y territorios respectivos.

¿Sabría Cajeme lo de los apaches?

Y si lo sabía, ¿estarían ya sus emisarios en tratos con Jerónimo?

Esta idea les daba vueltas en la cabeza.

En una vuelta —acaso por lo más rápida o por ser la controlada —a un yaqui la idea se le salió en forma de interrogación:

—¿Por qué no nos habremos unidos los yaquis con los apaches para pelear contra los yoris? ¿Por qué Cajeme no ha firmado alianza con ellos?

El jorobado pesó sus palabras en la balanza de su razón, deseando medir sus efectos.

Respondió:

—Tú me lo preguntas porque no lo sabes. Y no lo sabes porque todavía no se los he dicho a ustedes. Pero seguramente Cajeme está enterado: con los apaches no se puede contar. Son muy bárbaros. Son los más bárbaros de todos los indígenas del mundo.

En la cara de sus oyentes constató el resultado de sus palabras, apoyadas en el conocimiento que de los apaches atribuyó a Cajeme y en el criterio que aunque sólo le suponía, lo había dado por seguro.

Ya podía darse el lujo de ser benévolo con los bárbaros, emitiendo, además, un juicio veraz.

Así, añadió:

—Un solo dato tienen los apaches en su favor.

Hubo un movimiento de sorpresa.

Concluyó:

—Que los apaches, a pesar de que les falta un gobierno y una religión, reconocen a Dios: le llaman Capitán del Cielo.

LA VUELTA DE MOCTEZUMA

Algunos de los más hábiles gobernantes de los siglos.

En un momento en que no se encontraba entre las y las
de la campaña del Norte, y una gran parte de los
que se le había pasado que no podía en el de
de la guerra principal en la - y cuando se le
de la guerra de los siglos - la aplastó transitoriamente y
de la guerra de los siglos a satisfacer aquí según la
de la guerra de los siglos, que se le mandó que
de la guerra de los siglos, que se le mandó que
de la guerra de los siglos, que se le mandó que

Para hacer - para sus intereses sobre los siglos: la
de la guerra de los siglos, que se le mandó que
de la guerra de los siglos, que se le mandó que
de la guerra de los siglos, que se le mandó que

El resto de los siglos, que se le mandó que
de la guerra de los siglos, que se le mandó que
de la guerra de los siglos, que se le mandó que

Como que el resto de los siglos, que se le mandó que

Para los siglos, que se le mandó que
de la guerra de los siglos, que se le mandó que

El resto de los siglos, que se le mandó que

Ahora les estaba hablando de los ópatas.

Buen cuidado tuvo de no decirles que entre fase y fase de la campaña del Yaqui, y mientras ésta se volvió tan aguda que se le hizo patente que no podría, en algún tiempo, cumplir su principal misión —comunicar a Cajeme el mensaje de los pimas—, la aplazó transitoriamente y se fue a la tierra de los ópatas a satisfacer aquel secundario pero también importante aspecto de su cometido, que consistía en establecer contacto con las demás tribus indígenas, inquiriendo su disposición para una guerra conjunta y general.

Traía frescos, pues, sus informes sobre los ópatas: los que podía revelar en la charla con los yaquis y los que celosamente había de guardar para cuando regresara a los suyos, si Dios y la guerra se lo permitían.

Después de los apaches, sanguinarios y feroces, le tocaba trazar los rasgos de otros indios, los ópatas, entre cuyas características se destacaba un acendrado espíritu humano.

Con qué placer comenzó a decir:

—Para los ópatas lo más valioso de los hombres es el sentimiento de la amistad.

Su mismo baile es el símbolo de la amistad, pero tiene

consecuencias prácticas para quienes lo ejecutan, sin quedarse en un mero símbolo.

—Lo bailan todas las tribus que forman la raza ópata: jovas, eudeves, tegüis, tegüimas y cogüinachis.

Se llama dagüinameca,¹ y a la propia fiesta de la cual es el número central la nombran de la misma manera.

Sólo una vez al año se celebra, y con ellas conmemoran la fecha en que los ópatas fraternizaron con los españoles.

Por virtud de la danza, las dos personas que participan pactan un tratado de alianza y de amistad hasta la muerte.

Y el tratado se perfecciona —y es obligatorio para las partes— cuando al año siguiente el agasajado retribuye la bailada...

Nueva alusión a los españoles, a quienes los ópatas no consideran como enemigos:

—Los conquistadores recogieron la danza de entre las costumbres ópatas, y la elevaron de condición al instituir la como prenda de buena fe...

Y, otra vez, el sentido humano de los ópatas reconocido gustosamente por un pima y desbordándose de sus labios frente a los yaquis.

Para su ejemplo y como motivo para su meditación.

Porque el jorobado, en su sencillez y deformidad, sentía que ocupaba una cátedra indígena al decir:

—Al que baila el dagüinameca se le denomina noragua.²

Y un noragua, es decir, un amigo, debe dejarlo todo

¹ Dame y te daré.

² Amigo.

—mujer, hijos, bienes— para acudir en auxilio de su no-
ragua.

Se arrellanó el jorobado en su invisible cátedra.

Y explicó:

—Tienen los ópatas, también, un baile histórico.

Es el jojo, en memoria del tránsito de los aztecas y
de la venida de Moctezuma, a quien esperan.³

Porque ellos saben que ha de volver.

Y en la prolongada espera —que ya lleva varios si-
glos— no se les han agotado ni la fe, ni la paciencia.

Nuevo elogio a las virtudes pacíficas de una raza, ar-
diendo la guerra en todo el Yaqui y en todo el Mayo,
hasta para hablar de la guerra:

—Pero los ópatas —¡quién lo creyera!— tienen tam-
bién su danza de guerra.

Por supuesto es contra los apaches, que tanto los han
hecho sufrir.

³ La aparición del Gran Moctezuma debe ocurrir —es la leyenda—
en el Cerro de Trincheras. Allí había, siempre, guardias vigilando el cum-
plimiento de la promesa: que volvería al seno de los suyos para dirigirlos
y gobernarlos. El Cerro de Trincheras —del cual cuentan las tradiciones
recogidas en el Gila que era el lugar donde oficiaban los sacerdotes que
rendían culto al sol y a la luna— es el más importante monumento arqueo-
lógico de Sonora. Está situado en la antigua hacienda del Alamito. Es
un cerro aislado y pedregoso. Como obedeciendo a un plan militar están
distribuidas las trincheras —de donde toma su nombre—, construidas con
gruesos bloques de granito, pero con entradas alternas, sin que ninguna que-
de enfrente de otra. En la cima de la eminencia hay un fortín, con estraté-
gico acceso circular, en caracol, y treinta y tres trincheras, dominando el Va-
lle y las demás fortificaciones. Se ha calculado que la extensión total de los
atrincheramientos es de unos ocho kilómetros. Una tinaja de agua sagrada
existe en la cumbre de la atalaya, y, al lado, veinte jeroglíficos grabados
en la roca viva guardan el secreto indescifrable de los indígenas de ayer.

Es el taguaro, en cuyos movimientos fingen los bailarines que libran ruda pelea con los apaches.

De sus juegos, los principales son dos: el guachicori, carrera con dos huesos mancornados; y el gomi, otra carrera con dos bolas de madera.

Por amante de la paz que lo sea, no hay pueblo que no haya tenido guerras.

Y el ópata no es la excepción.

El jorobado había anunciado a sus oyentes lo que seguía, y éstos procedían a acomodarse mejor, pues ya el cansancio los iba invadiendo.

Fue dejando caer lentamente sus palabras, seguro de la reacción:

—Por lo ágiles y por lo fuertes, su mediana estatura no es obstáculo para impedir a los ópatas recorrer increíbles jornadas.

Hizo una pausa que luego se resolvió en el más pausado hablar:

—En un día son capaces de caminar a pie, hasta veinticinco leguas.

Las incipientes manifestaciones de incredulidad se cortaron, convirtiéndose después en un tumulto franco, al oír:

—Por eso los ópatas ocupan el primer lugar entre las tropas de infantería del mundo.

El tumulto oral estaba a punto de degenerar en motín real.

Ya corría peligro el jorobado, pues surgían voces que primero lo tildaban de embustero a secas, pero que en se-

guida aludían a él como a un agresor, así fuera puramente verbal.

El pima se fue por el camino de la broma, el único que le garantizaba el control de ese auditorio y de todos los auditorios indígenas.

—Ustedes no lo creen, ni yo tampoco. Pero yo les estoy contando únicamente lo que a mí me contaron. Y de cuentos a cuentos, hay otros más increíbles.

Volvió, por sus fueros, la tranquilidad.

A un yaqui no le había gustado todo aquello de los ópatas.

¿Qué clase de indios eran aquellos que nunca se habían levantado?

O si alguna vez se habían alzado ¿por qué el jorobado no lo decía?

Hizo presente su duda, que ya no abarcaba a los ópatas nomás, sino que también empezaba a envolver a su panegirista.

Este la fue disolviendo, a golpes de historia.

De una historia que, tan cierto como estaba de que apenas conocía a medias, lo estaba de que sus oyentes la ignoraban por completo.

Por eso les podía hablar con autoridad:

—Antes de referirles las guerras de los ópatas, quise decirles cómo son los ópatas. Porque han tenido guerras. Seguro que las han tenido.

Y agregó, riéndose y haciendo reír:

—No muchas, pero muy buenas. A principios de este siglo —como ustedes ahora— los ópatas ya no aguantaban las injusticias de los yoris.

Las infamias cometidas en Bavispe colmaron la medida.

Y vino la insurrección de los ópatas de Bavispe, Arivechi, Pómida, Sahuaripa y Tónichi, al frente de la cual se pusieron Dórame y Espíritu.

El Gobierno movilizó grandes cantidades de soldados de Sonora y desde Chihuahua.

Y en Tónichi fue el gran agarrón.

Triunfaron los ópatas sobre el triple de los yoris.

Pero después los sitiaron los yoris con fuerzas abrumadoras, y no pudieron resistir porque las municiones se les acabaron.

Obligados a rendirse, Dórame, Espíritu y otros jefes ópatas fueron fusilados.

La hazaña de los ópatas —no obstante el desastre final— despertó la simpatía de los yaquis.

El heroísmo era un estimulante que sus rostros denunciaban como poderoso.

Seguía otra gesta:

—Cómo dieron guerra, hasta hace muy poco, los hermanos ópatas Refugio y Luis Tánori.

Varios ejércitos reclutaron entre los de su raza, e incorporados con ellos a los imperialistas, ¡las entradas que les dieron a los republicanos!

A todos los generales republicanos les fueron pegando.

Que yo me acuerde, eso hicieron, entre muchos otros combates, en los que se registraron en el Ranchito de López, en Nácori Grande y en el Chico Gordo.

Y al general Angel Martínez ⁴ lo hicieron ver su suerte frente a Hermosillo.

Al Río Yaqui se vino Refugio Tánori, con otros jefes imperialistas, cuando su buena estrella se eclipsó.

Y huyendo para la Baja California, en una frágil lancha, lo alcanzaron y le dieron muerte.

El jorobado no dijo cómo murió Tánori.

Es obvio que no hubiera podido decirlo, por lo menos con las palabras que el autor, completando el relato del pima, pone aquí.

Son de Zamacois:

“Don Refugio Tánori murió con la serenidad y valor que había demostrado en los campos de batalla. Era indio de raza pura, de extraordinario valor y ardientemente adicto a la causa imperialista. Jefe de los indios ópatas, se había hecho, a la cabeza de ellos, contra los republicanos, y su fidelidad hacia el Gobierno Imperial fue no menos inquebrantable que la del general don Tomás Mejía. No obstante ser un hombre sumamente serio y escaso de palabras, al llegar al sitio de la ejecución dirigió al público la palabra, diciendo con voz fuerte y animada: “Voy a morir por defender la causa del Imperio, que engendra la regeneración social de mi Patria, su independencia, su honor. . . Muero, pues, satisfecho, por haber cumplido mis deberes de mexicano. ¡Viva el Emperador!” La descarga ahogó la voz de Tánori y su cuerpo cayó en tierra sin vida.⁵

⁴ Posteriormente estuvo al frente de la Zona Militar de Sonora, significándose como el más enérgico, tenaz y encarnizado rival de Cajeme.

⁵ La bella cita sobre la muerte del Tomás Mejía sonorenses aparece reproducida en la Historia de Sonora, del profesor Eduardo W. Villa.

PALABRA DE YAQUI

LIBRARY OF THE

Dos generales de Cajeme, Anastasio Cuca,¹ y Juan María, tuvieron pláticas con el jefe militar de Torin.

Se buscaba una base sobre la cual pudiese hacerse la paz.

Pero no se encontró.

La condición que los indios ponían para dar por terminada la lucha, era que las tropas del Gobierno evacuaran el Yaqui.

Y los jefes militares reclamaban el sometimiento de los indios y la entrega, por éstos, de sus armas, concediendo, en cambio, garantías de que sus vidas e intereses se respetarían, pero sujetos a lo que el Gobierno tuviera a bien determinar.

Hubo otro intento de paz que, aunque alcanzó mayor formalidad, se quedó en eso: en un intento.

Lo dirigió el sacerdote católico don Tomás G. de Galdeano.

Escribió, al afecto, una carta a Cajeme, que firmó también, con el promotor, el señor Nicanor Ortiz.

Un indio se prestó a llevarla a su destino.

Seguramente Cajeme, por el respeto que siempre tuvo hacia los hombres y las cosas de Dios —y porque sabía que al sacerdote no podían moverlo sino elevados propósi-

¹ Más tarde había de ser ahorcado, junto con su mujer, después de extraditarlos de EE. UU. La versión oficial dice que fue fusilado.

tos—, acogió con respeto la gestión y dio pronta respuesta, invitando a los firmantes a trasladarse al río para hablar personalmente con él sobre su generosa iniciativa.

Allá fueron los señores Galdeano y Ortiz, a quienes se agregó don Nieves E. Acosta.

Se presentaron en Pótam.

Estaba reunida una gran asamblea de los ocho pueblos —y dos representantes del Mayo— con asistencia de los cobanahuas y numerosos generales de la tribu.

Por medio de intérpretes se hizo saber al concurso el objeto de la reunión y se ponderaron los beneficios de la paz.

Los indios aceptaron abandonar la guerra y por acta se hizo constar.

Cajeme, para alejar toda sospecha de que él influía en la asamblea, se mantuvo retirado en un bosque.

Pero al enterarse de que ya se iba a firmar el acta, mandó pedirla con sus ayudantes, la leyó, y, momentos después, con su Estado Mayor, llegó a Pótam, ocupando la plaza del pueblo.

Dirigiéndose a los negociadores les manifestó que él se sometía a la voluntad de la tribu y que daba su aprobación a lo hecho.

Entonces se le pidió que él también suscribiera el acta.

Respondió:

—“Mi palabra tiene tanto valor como mi firma.”

Añadiendo:

—“Siempre han hecho la paz los Pueblos sin firmar ni el papel más insignificante.”

Abandonaron el río el padre Galdeano y sus acompañantes, y de su tentativa sólo quedó el recuerdo.

Porque era un hecho visible que la guerra no terminaba.

Por el contrario, los contendientes hacían preparativos para seguirla en una nueva campaña.

Había muerto el general Carbó. Del mando provisional de las fuerzas se encargaba el general Marcos Carrillo.

Y el Gobierno hacía llevar más tropas al Yaqui para reanudar las hostilidades.

Pero a Cajeme no lo iban a tomar por sorpresa.

La tribu estaba arruinada. Sin embargo, algunos bienes se habían podido salvar en el fondo de los bosques y de las marismas.

Y para ir recuperando lo perdido y proporcionarse medios de vida, Cajeme había dispuesto —y el acatamiento a la orden era general— que todos los indios se pusieran a sembrar, y que se restableciera el tráfico comercial con el puerto de Guaymas, donde vendían sus productos y se proveían de diversos artículos.

Activó todo lo necesario para la lucha que veía venir.

Para ello reforzó sus fortificaciones, construyó otras más, mandó fabricar pólvora —y también arcos y flechas para los guerreros desprovistos de armas de fuego— y escondió en las quebradas de la Sierra el ganado y las semillas que pudo juntar.

Luego estableció su Cuartel General en Ráun, destacando una avanzada sobre La Pitahaya, para estar listo ante la emergencia de un ataque.

Ya estaba otra vez su voz resonando por la sierra y por el valle.

Y su empeño era el mismo: infundir entre los indios el entusiasmo de la guerra.

LOS MACHETOS

Un grupo de hombres huye a la desbandada.
Su fuga alcanza la velocidad que determina el pavor.
Los que van a caballo aguijonean de continuo a las bestias, exigiéndoles más prisa, siempre más prisa.

Los que corren a pie quisieran que sus piernas fueran alas, y las mueven con ritmo acelerado, en una carrera salvaje.

Y todos —hombres y bestias— van dejando pedazos de piel y trozos de carne en las espigas de los arbustos que luego se quedan, por un rato, sometidas a un balanceo trágico.

Y todos vuelven los ojos hacia atrás, una y otra vez, con la angustiada insistencia de la desesperación.

De pronto, cuando ya casi rebasaban la linde de un llano, divisan a otro grupo, éste todo de jinetes, que de una quebrada emerge como exhalación.

El apresuramiento de los perseguidos se nutre con el último esfuerzo.

Se creería que lograrían escapar.

Pero los buenos caballos de los perseguidores desvanecen en seguida la postrer esperanza.

Ya están sobre ellos.

Blanden los filosos machetes al aire, y lo van cortando como en un ejercicio para el próximo corte de los cuerpos.

Por fin los perseguidores se precipitan sobre los perseguidos.

A la cabeza de aquéllos —el instinto desatado y la mirada brillante por la rabia— el general Martínez.

Provisionalmente perdona la vida al primero que alcanza para que pueda responderle a una pregunta que es una sentencia de muerte:

—¿Quién es José María Tranquilino Almada?

La voz se le ahoga entre los espasmos mezclados de la carrera y de la pasión.

Precisamente el interrogado es José María Tranquilino Almada.

Pero en el horror de la hora se protege contestando:
—Allá va .

Y apunta hacia uno que huye.

Era su propio hermano Antonio Anselmo Almada, apodado *el Chato*.

Martínez aplica las agudas espuelas en los ijares de su briosa cabalgadura y cae sobre el Abel en fuga.

Por un momento, en el aire, al recoger los reflejos del sol, su machete se convierte en ascua de oro.

De un tajo limpio, exacto, perfecto, parte a su víctima en dos, por la pura mitad.¹

A costa de la sangre de su hermano pudo librarse, en esta ocasión, el perseguido coronel imperialista.

Mientras él desaparecía entre cuevas y hondonadas, fue la orgía de los machetes.²

Cómo trabajaron aquel día sus filos sin mella, impul-

¹ De los labios de viejos pobladores de la región recogió el autor, como lo da, el caso de los hermanos Almada.

² Todavía se recuerda en Sonora, con espanto, la "guerra de los macheteros", y todavía se conservan algunos de aquellos artefactos, largos, curvos, eficaces para la matanza y dotados de amplia y cómoda empuñadura.

sados por brazos diestros que eran como la prolongación de las más negras conciencias carniceras.

¡Y cuántos lamentos y quejas fueron arrancando, al paso del metal asesino, de los cuerpos masajeados, destrozados, destazados!

Concluida así la batalla de Alamos, donde fueron derrotadas las fuerzas de Almada, formadas principalmente por yaquis y mayos, el victorioso jefe republicano se regresó al Distrito de El Fuerte, en Sinaloa, a pacificar a otros indígenas, tarea que después había de ser su especialidad, y que en el Yaqui y en el Mayo tendría campo vasto y propicio.

Tornó a Sonora a luchar contra el Imperio y en seguimiento de Almada, el defraudador de su machete.

El coronel imperialista Almada estaba en Hermosillo, con las fuerzas que había levantado merced a su excepcional espíritu organizador.

Hacia allá fue el general Martínez, sable en mano.

Reconocía el terreno para emprender el ataque de la plaza, cuando tuvo aviso de que una columna enemiga se acercaba por el camino de Ures.

Siguiendo a Almada, se topó con Tánori.

Porque era Tánori, el ópata de quien —como de su gemelo don Tomás Mejía— podía decirse con justicia que fue bravo entre los bravos.

En las goteras de Hermosillo se libró el combate.

Ahora tocaba a Martínez la empresa de la fuga, en derrota, rumbo a San Marcial, esforzándose por reunir los restos dispersos de su Brigada y por reorganizar a su desmoralizada tropa.

Pero no desmayó Martínez en la persecución de su presa.

Por tierra y por mar.

Por mar había de capturarla.

Un día, llegando al puerto de Guaymas, se enteró de que Almada, con otros jefes imperialistas, se había embarcado en un pequeño lanchón.

Rápidamente organizó una expedición marítima y la envió en pos de los fugitivos.

Hasta el medio del Golfo de California les fueron a dar alcance, sin que ninguno pusiera resistencia al ser aprehendidos.

Todos —menos Almada— murieron ante un pelotón, luego de cubrirse el expediente de un Consejo de Guerra.

Sobre el fin del coronel imperialista hay dos versiones.

La oficial dice que, al caer prisioneros los fugitivos, el capitán Lorenzo Avilés, por su cuenta y riesgo, desenfundó la pistola y mató a balazos a Almada.

Según la otra —que en aquella época circuló profusamente en Sonora y que aún perdura— sus captores tomaron a Almada y lo echaron al mar con un pesado trozo de fierro al cuello.

La bien ganada fama de feroz y de sanguinario³ que

³ Se asegura que fue el Gobernador Luis E. Torres quien bautizó a José María Leyva con la palabra Cajeme, que en el dialecto indígena quiere decir "sin hígados", para indicar que era muy sanguinario. Cabe preguntar: entre Martínez y Cajeme ¿a quién corresponde mejor el sobrenombre?

a Martínez adornaba, hizo posible que se le atribuyeran actos increíbles de puro espeluznantes.

Como aquel de que, en la campaña del Yaqui, a los niños indígenas de corta edad los cogía de las piernas y les estrellaba la cabeza contra las piedras.

Y tal cosa no una vez, sino por costumbre.

Prestigio tan especial es claro que los indios extendieran a todos los blancos.

Porque no hay que olvidar que esa lucha —desde el punto de vista indígena— fue entre yaquis y yoris.

Así se explica que, acaso sin mala intención y desde luego sin correcto discernimiento, se generalizara entre las madres yaquis esta frase como forma de arrullar a sus críos, asustándolos:

—Te come el yori.

Este era el hombre que, a la muerte de Carbó y transcurrido el interinato de Carrillo, venía al Yaqui a reanudar la campaña, encabezando a los macheteros, y él mismo con el machete en la mano.

En 1886 entró por Alamos.

También, como veinte años antes, era el mes de enero.

En su bagaje traía más experiencia; y en su conciencia, menos escrúpulos. Si es que los tuvo alguna vez.

El matancero con disfraz de pacificador venía, veinte años después, a reeditar su obra de entonces.

Ya conoce el lector los títulos morales y humanos —¿morales?, ¿humanos?— del futuro rival de Cajeme.

a Martínez adornaba, hizo posible que se le atribuyeran actos increíbles de puro espeluznantes.

Como aquel de que, en la campaña del Yaqui, a los niños indígenas de corta edad los cogía de las piernas y les estrellaba la cabeza contra las piedras.

Y tal cosa no una vez, sino por costumbre.

Prestigio tan especial es claro que los indios extendieran a todos los blancos.

Porque no hay que olvidar que esa lucha —desde el punto de vista indígena— fue entre yaquis y yoris.

Así se explica que, acaso sin mala intención y desde luego sin correcto discernimiento, se generalizara entre las madres yaquis esta frase como forma de arrullar a sus críos, asustándolos:

—Te come el yori.

Este era el hombre que, a la muerte de Carbó y transcurrido el interinato de Carrillo, venía al Yaqui a reanudar la campaña, encabezando a los macheteros, y él mismo con el machete en la mano.

En 1886 entró por Alamos.

También, como veinte años antes, era el mes de enero.

En su bagaje traía más experiencia; y en su conciencia, menos escrúpulos. Si es que los tuvo alguna vez.

El matancero con disfraz de pacificador venía, veinte años después, a reeditar su obra de entonces.

Ya conoce el lector los títulos morales y humanos —¿morales?, ¿humanos?— del futuro rival de Cajeme.

Le falta saber que el Gobierno, al encomendarle la nueva tarea, lo investió con uno oficial cuya larga extensión da idea del poder que se le confería.

Completo, era éste:

“Jefe de la Primera Zona Militar que comprende los Estados de Sonora y Sinaloa y el Territorio de la Baja California”.

El machetero —oriundo de Colima— hizo traer varias corporaciones de línea y organizó otras con fuerzas locales que reclutó.

Mientras él batía a los mayos con rapidez y éxito, Carrillo marchaba de Guaymas sobre el Yaqui y, después de varios encuentros, tomaba el fuerte de El Añil.

Concluida su faena en el Mayo, Martínez trasladó su columna al Yaqui.

La situación de Cajeme había cambiado mucho.

Los indios se le desbandaban, desparramándose en grupos pequeños por los bosques.

Sólo por su prestigio personal y por sus insistentes llamados a continuar unidos la defensa común, mantenía núcleos de cierta consideración sobre las armas.

Comprendió Cajeme, sin embargo, que no podría sostenerse por mucho tiempo en las márgenes del río.

Decidió entonces irse al Fuerte del Buatachive, donde a las defensas naturales se agregaban otras que había mandado construir.

La fortificación estaba a cuatro leguas de Torin, en los desfiladeros de la Sierra del Bacatete.



La cordillera, que corre de Norte a Sur, constituía el punto de apoyo de la espalda de los indígenas.

Y al frente, y a derecha e izquierda, un arco cóncavo—con sus extremos también apoyados en la cordillera—formado por cerros que Cajeme hizo enlazar por muros de piedra convertidos en trincheras.

En el centro estaba el recinto fortificado propiamente dicho: un valle, a lo sumo de legua y media de circunferencia, con un pequeño manantial.

Allí transportó el Generalísimo todas las existencias disponibles de granos y ganados, y para mejor arrastrar hacia tal sitio a los remisos, hizo llevar las imágenes de las Iglesias, el más alto motivo de veneración de la tribu.

No olvidó el exterior: una guarnición se quedó frente al Añil y varias partidas volantes en diversos lugares.

Martínez ordenó la circunvalación del Buatachive y así comenzó el asedio.

Los indios fueron consumiendo sus abastecimientos, hasta agotarlos.

Siguieron con los rebaños de carneros.

Luego tocó su turno a los caballos y a los burros.

De vegetales, nada. Porque los pedregales del Buatachive, secularmente calcinados por el sol, no conocen la vida botánica.

Fue la hora del hambre.

Se despojaban de sus propios huaraches, y ponían su cuero a tostar, para comérselo.

Semejante tipo de alimentación, y la aglomeración de gentes que carecían de techo para guarecerse de las inclemencias del clima, produjeron sus resultados: se de-

claró una epidemia de viruela que causó tremendos estragos.

En pleno desastre —acaso más que en los tiempos del triunfo— resplandeció el sereno heroísmo de los yaquis.

Y el de Cajeme, resuelto a sostenerse hasta el último trance.

El cual vino en seguida.

Porque fue el momento en que Martínez lanzó al asalto cinco poderosas columnas.

La lucha, en cuanto al valor y al desprecio por la propia existencia, alcanzó los perfiles de la epopeya.

Porque aquellos hombres, siempre que fue necesario o porque así se les mandara, no escatimaron el sacrificio, y fueron cayendo en su puesto.

Todavía los yaquis se precipitaron en cargas sangrientas y esforzadas, pero la suerte les fue adversa.

De seguir así, la culminación hubiera coincidido con el aniquilamiento total de las fuerzas armadas de los indios. La gesta, de belleza sin par, quedaría inscrita con los signos de lo imperecedero para las almas que gustan de la grandeza. Pero el objetivo fundamental de la lucha —por relevante que fuera, éste no pasaba de ser un episodio— no se conseguiría. Es decir, el yugo yori continuaría, y acaso se acrecentara en virtud del estéril esfuerzo.

Cajeme, a su modo y con muchas limitaciones, era un idealista. Pero era también un hombre práctico, un conductor amante de las realizaciones concretas, aunque éstas implicaran un fraude para la historia y para el arte.

Por eso Cajeme decidió romper el sitio.

Escogió una salida entre los cerros del norte y del centro.

Y por allí, con toda su gente, se le fue a Martínez, en sus propias narices.

Con toda su gente, porque en el Buatachive no dejó ni un guerrero, ni un herido, ni un prisionero, ni una arma útil.

Ahora iba hacia el mismo corazón del Bacatete.

Y con la misma idea, clavada en su conciencia como una obsesión: reorganizarse y seguir.

Muchos indios juzgaron que materialmente ya no podían sostenerse.

Hambrientos y desnudos, sin un cartucho y diezmados por la viruela, perdieron la fe y los invadió el desaliento.

Fueron bajando, rendidos.

Primero aisladamente. Luego en grupos.

Martínez aprovechó el momento. Expidió una proclama llamándolos a la paz y ofreciéndoles garantías que se harían constar en certificados.

A la invitación añadió la amenaza: los que persistieran en la rebelión serían perseguidos sin descanso y castigados con energía.

Y ya conocían ellos la calidad del perseguidor.

El Gobernador Torres —¿nota humana o sentido político?— abarrotó los pueblos del río de ropa y víveres para quienes se sometieran.

Hasta los cobanahuas de los Ocho Pueblos bajaron.

En Torin fue la ceremonia.

Siete cobanahuas estaban presentes —el de Belén llegó después—: Lorenzo Tomisicomea, de Huírivis; Antonio Cupis, de Pótam; Juan José Yevismea, de Bácum; Hilario Taa, de Cócorit; José Molina, de Torin; José M. López, de Ráun; y Francisco Siquimea, de Vícam.

El Gobernador Torres hizo viaje especial para recibir la sumisión de la tribu.

En el séquito de los cobanahuas había temastianes, alcaldes, etc.

Tocó pronunciar el discurso oficial —traducido por un intérprete— al general Crispín de S. Palomares.

Y la respuesta, a Siquimea, quien haciendo la señal de la cruz protestó un sometimiento de buena fe.

Hablaron también Martínez y el Gobernador Torres.

Dos avisos solemnes se dieron a conocer:

el primero, declarando que la guerra del Yaqui había concluido;

el segundo, la designación del coronel Lorenzo Torres, a quien se encargaba organizar a los pueblos de la tribu.

Para la veracidad del primer anuncio sólo faltaba contar con un hombre: con Cajeme, el irreductible.

EL GRAN AMOR DE COYOTE-IGUANA

Por fuera, la casa enseñaba su rostro risueño, recién encalado para cubrir las averías del tiempo.

Por dentro, una faz más risueña aún.

La salita con sus sillas de mimbre, sin faltar la ancha mecedora donde el padre descansaba.

El comedor y la cocina —sobre todo la cocina— con los muebles y los trastes en su lugar, como denunciando la presencia de una mano femenina.

Las recámaras con las camas dispuestas del mejor modo y los lechos limpios, aseados, sin una arruga las cobijas y las sábanas sin un dobléz.

En la despensa, un arreglo eficaz hacía posible que, en tan reducido espacio, cupieran una lata de manteca a medio consumir, un saco de frijol, otro de harina, varias mercancías más, y, por supuesto, la indispensable leña de mezquite y palofierro con que se alimentaba el fuego de la estufa.

Después del corredor, el patio.

Y en seguida el trascorral, donde las gallinas cacareaban y los gallos cantaban, siempre a horas precisas, como si sus gargantas fueran exactos relojes.

Las piezas, amplias, con esa amplitud provinciana que no conoce el ahorro de espacio.

Y en todas, una nota alegre. Aquí, el adorno de ocasión. Allá, el bordado que tantas noches de vigilia se llevó.

Y presidiendo a la familia —como en vida— el retra-

to amplificado de la madre que un día, muchos años antes, se fue de este mundo dejándole, a un viudo, una huérfana pequeña.

Las manos hacendosas, intensamente domésticas, trajinaban ahora entre la cocina y el comedor.

Una voz soñolienta las detuvo cuando llevaban un plato:

—¿Hasta qué horas te vas a acostar, Lola?

No era por falta de cariño que se abstenía de aplicarle el diminutivo, sino porque gozaba llamando a la hija en la misma forma que nombró a la madre. Así tenía siempre presente a la madre en el trato con la hija, en la cual había concentrado todo el amor que antes se repartían equitativamente las dos.

Presta acudió la muchacha a la recámara del señor Casanova.

Y le explicó: aún no terminaba de preparar el bastimento para el viaje. La carne frita y los frijoles ya estaban listos. Pero apenas comenzaba a batir la masa para hacer las tortillas de harina, con mucha manteca y mucho dulce.

Y prefería acostarse hasta que acabara todo y no levantarse en la madrugada con el pendiente. No fuera a ser que se durmiera.

El padre escuchó —o pareció escuchar— en ese estado intermedio que liga y también divide el despertar completo del sueño total.

Luego se volteó hacia la pared —huellas de resanado no seco aún, como en los muros que dan a la calle— y se entregó al nocturno y habitual concierto del ronquido.

La muchacha, diligente, subió las colchas, tapándolo.
Y se volvió a los quehaceres.

Hubo que prender las lámparas de petróleo, porque las tinieblas de la noche todavía no cedían su puesto a la luz del día.

Padre e hija habían despertado —sobresalto inicial— a los golpes que sonaban en la puerta.

Se hizo saber a los próximos acompañantes de la viajera que en un momento más estaría con ellos.

Recogió bultos y velices, y avanzó rumbo a la puerta.

Al pasar por la comunicación del corredor con la sala no pudo impedir que sus ojos se posaran en el retrato de la muerta.

Su mirada —la de la madre— la sentía sobre sí.

Reanudó la marcha y los ojos la seguían.

—Ha de querer que me despida de ella —pensó.

Llegó ante la madre, musitó quién sabe qué cosas y, todavía, con el pañuelo limpió de polvo el marco.

Luego abrazó al padre y lo llenó de besos.

Subió a un carro, y ése y los otros se perdieron pronto entre las calles oscuras.

Guaymas vio partir el convoy, camino de Hermosillo.

Empezaba a clarear.

Lola Casanova iba en su asiento con un viejecito menudo, casi perdido en la vaqueta color café que revestía el carro por dentro, dejando el mayor espacio posible a una señora gorda que ocupaba, ella sola, el asiento de enfrente.

Ambos dormían a pierna suelta.

Dieciocho años tenía a lo sumo la muchacha y los lucía bien, hasta con cierto garbo, a pesar de su innata modestia.

La piel, blanca, de mestiza.

Los ojos, negros, enormes, profundos. Diríanse dos pozos inexplicablemente abiertos tan cerca uno del otro. Los hombres hubieran querido acudir a ellos no sólo para beber agua.

El cabello, de azabache, cubriendo la parte alta de la cabeza para caer luego, hasta la cintura, en dos gruesas trenzas.

El decoro del vestido —largo y con mil pliegues— impedía precisar los contornos del cuerpo, pero lo visible era suficiente para adivinarlo recio, bien formado, juvenil.

Por el vidrio de la portezuela Lola Casanova miraba el amanecer.

Y pensaba.

A veces recargaba el brazo, pero en seguida lo retiraba ante los frecuentes tumbos que por el mal camino iba dando el carro, vigorosamente arrastrado por un tronco de poderosos caballos.

No interrumpían sus pensamientos ni los tumbos, ni las ladeadas, ni los gritos constantes de los carreros, ni el relincho de las bestias que iban jalando a los otros carros.

Abstraída, recordaba primero lo más reciente: los incidentes previos al viaje.

Su padre no quería dejarla ir.

Amontonaba razones en contra: que Hermosillo está

muy lejos de Guaymas; que el camino es muy malo; que una señorita no viaja sola, etc.

Pero ella también amontonó razones en pro: que Hermosillo está muy cerca de Guaymas, que en la diversión entran las molestias del camino, etc.

La resistencia se fortificó en lo indebido de que una señorita viajara sola.

Entonces se dio a inquirir sobre los nombres de las personas que irían en el convoy que se anunciaba.

Y fue corriendo, con la noticia, a su padre: iban una señora respetable que fue amiga de su madre y un señor que era amigo de él.

La resistencia paterna se prolongó en otros fortines. Pero el ataque fue más tenaz que aquélla y vino por fin la capitulación.

No podía decir por qué su padre, a la postre, aceptó.

¿Fue porque le recordó que ya se postergaba demasiado un viaje prometido, años atrás, cuando acabó la Escuela, como premio a sus buenas calificaciones? ¿O porque le hizo presente que no es de hombres dejar de cumplir lo que ofrecen? ¿O fue la campaña de mimos, halagos, platillos favoritos?

Todavía la víspera, en la noche, cuando se alistaba, le reprochó su entusiasmo por la partida con esta pregunta:

—¿Y si te pasara algo, Lola?

Rio la muchacha con ganas.

Y respondió, zalamera pero firme en su decisión:

—¡Ah que mi papá! ¿A poco crees que nos van a asaltar?

A la luz parpadeante que de la mecha salía, como

llama, en la lámpara de petróleo, ya en la madrugada —parecía que lo estaba viendo—, el semblante serio del señor Casanova era una protesta muda.

Tan preocupado estaba que en la despedida perdió hasta el ceceo de la voz, porque también ésta la había perdido.

Ni una palabra dijo.

Se dejó abrazar y besar, muchas veces.

Y él le dio sólo un abrazo largo, fuerte, apretado, como si no quisiera dejarla partir.

El recordado silencio expresivo del padre hizo derivar su memoria hacia otro lado.

Se interrogó:

—¿Qué será el ceceo, que unos lo pierden pronto y a otros les dura toda la vida?

Porque su padre, con tantos años de estar en México —¿cuántos?— aún hablaba como español.

Ahora vagaba su espíritu por otro territorio del pasado, más distante.

¡Qué agradable la vida del Colegio!

Y las maestras ¡qué buenas!

Y las compañeras ¡qué amables!

Menos, desde luego, aquella Lucía, que era el tormento de todas. Las travesuras, pasen. Pero no le perdona sus groserías. Sobre todo aquel gesto altanero con que pasaba al pizarrón, en Cuarto Año. ¿Por qué la maestra de Cuarto la aguantaría? ¿Sería porque ella era pobre y rico el papá de Lucía?

Y la profesora de Sexto ¡cómo sabía!

Aquellos cuentos que contaba eran el máximo de la sabiduría.

Ya podía decirlo porque siempre lo había pensado —y porque nadie la oía—: que aunque estudiaba todas las asignaturas y en todas sacaba buenas calificaciones, unas le gustaban más.

Mejor dicho —o mejor pensado—: no todas las asignaturas le gustaban.

¡Qué chocantes la aritmética y la geometría! Puros números inertes y figuras sin significación.

En cambio ¡qué bonita la geografía!

En alas de ella había realizado mil viajes: a México, a París, a China.

Pero sólo con la fantasía, porque ésta era la primera vez que salía de su casa y apenas iba a conocer Hermosillo.

Y ¡qué bonita, también, la historia!

Aquel contacto con hombres y hechos famosos.

Ver primero a María Antonieta, en Versalles, y un minuto después, remontados los siglos hacia atrás, estar con Cleopatra, a las orillas del Nilo, junto a Marco Antonio. Y en otro brinco sobre el tiempo y el espacio, ya mirar a la pobrecita Carlota, del brazo del Archiduque, paseando por el Bosque de Chapultepec.

Y sus lecturas, en libros grandotes con estampas a colores.

Ellos, acaso más que nadie, le habían hecho tan viva su imaginación.

Porque no nomás los leía con los ojos, sino también con el corazón.

Más que leerlos, los vivía.

Cada aventura era ella quien la corría.
Así anduvo por selvas, montañas, mares y ríos.
Y fue pirata y fue bandido.
¡Si hubiera sido hombre en lugar de mujer!

La imaginación detuvo su vuelo.
Es que la memoria estaba ahora repasando los amores
de un príncipe indio con una mujer blanca, que en quién
sabe qué libro había leído.
¡Qué romántico!, pensó.

En un paraje el convoy hizo alto.
Viajeros y carreros, en cordial reunión, tomaron el
desayuno, cambiándose sus respectivas provisiones.

Dirigiéndose a Lola Casanova y señalando con la
mano una eminencia en la lejanía, un carrero que estaba
de pie le interrogó:

—¿Ve usted aquel cerro?

Tras la respuesta afirmativa, agregó:

—Es el Cerro del Pardo. Antes les servía de divisadero a los yaquis y a los seris para vigilar este camino y caer sobre las caravanas.

—¿Eso era antes? —preguntó la muchacha.

Todos estaban pendientes de la conversación.

El carrero, que ya había visto muchas cosas en su vida, no quiso comprometerse circunscribiendo el peligro de los asaltos a una época remota.

Pero no queriendo tampoco alarmar a la viajera, eludió así la contestación directa:

—Si los indios no están alzados, no hay peligro.

Estaba brillando en los ojos de la muchacha la emo-

ción de una aventura que, como todas las que leyó en sus libros, no podía acabar mal.

Dando por supuesto que el carrero quería decir que no había ningún peligro, le requirió:

—¿Y por qué traen ustedes tantos rifles que ni para desayunar los dejan?

—Por las dudas —fue todo lo que respondió.

A los carros, nuevamente.

Lola Casanova subió al suyo.

El convoy se puso en marcha.

Ella continuaba así un paseo que había de durar toda la vida.

Y ¡qué vida!

Cruzaban por el punto llamado La Palmita.

Repentinamente, lo inesperado: el asalto.

Lola Casanova brincó del carro.

Sólo pudo dar unos cuantos pasos, y cayó desmayada.

Entre tanto ocurrió la lucha.

Los carreros se defendieron con sus armas de fuego, pero las certeras flechas de los seris lograron imponerse.

A lo lejos podía verse el convoy, ya en dispersión, y a los carros huyendo cada uno por su lado.

Al recobrar el conocimiento, Lola Casanova se encontró con un indio fuerte y semidesnudo, que portaba, como peluca, varias cabelleras ajenas.¹

Poseída de terror, intentó escapar.

¹ Tenían los seris la costumbre de arrancar las cabelleras a los comanches que vencían en la guerra, y con ellas se adornaban la cabeza a guisa de peluca.

El seri, entonces, se postró de hinojos a las plantas de ella, y le dijo en regular castellano:

—Yo soy Coyote-Iguana, rey de los seris, la nación más valiente y orgullosa del mundo. Tú eres la criatura más adorable que he visto. No te vayas. No quiero perderte. Antes daría mil veces la vida. Te haré la reina de mis dominios. Poseo una isla llena de tesoros. Son tuyos. Afrontaré las tempestades y los peligros del mar para traerte las perlas más hermosas. Tus pies descansarán sobre pieles de leones, y con plumajes de aves haré la cuna de tus hijos. . .

Siguió hablando con entusiasmo, con pasión. De ella, de su reino, de su corazón.

Lola Casanova creía soñar.

Se levantó como autómeta.

Ni un blanco por el contorno. Sólo seris.

Se juntó a ellos, y, siempre como autómeta, insensible a todo y a todos, tomó la ruta de su salvaje destino.²

¡Qué extraña vida la suya!

De la modesta posición social que guardaba entre la clase media a que pertenecía —relativa comodidad, desahogo económico, sencillez pero también civilización— había venido a parar al centro mismo de la barbarie.

Estaba reconstruyendo su drama.

Hasta la tibia arena de la playa, a sus pies, llegaban los mansos oleajes del mar en calma.

La humedad de la brisa lo penetraba todo.

² El caso de Lola Casanova es histórico. Aquí figuran los datos esenciales de su vida, pero, bordando en torno de ellos, el autor se ha permitido algunas licencias.

La sentía en la mata misma de la maraña de su pelo, que en otro tiempo caía por la espalda, en dos gruesas trenzas, despertando la admiración de los hombres y la envidia de las mujeres.

Siempre que recordaba la despedida de su padre, las lágrimas corrían por sus mejillas.

Ahora mismo, gota a gota, estaban juntándose con aquella otra agua salada que bañaba la costa, y que, con toda su inmensidad, no era más grande que su dolor.

Sobre todo, el abrazo, aquel abrazo largo, fuerte, apretado, que fue como un presagio del corazón paterno.

¿Por qué la dejó partir?, se preguntaba. ¿Por qué?

Se borraban de su memoria todos los demás recuerdos para dejar uno solo: aquel despertar, tirada en tierra, ante el seri gigantesco.

Y el terror que la paralizó, impidiéndole toda acción.

Vagas, imprecisas, como en un aturdimiento que era espanto, pavor, locura, las palabras del hombre desconocido que se postraba sumiso, en adoración, mientras en la meseta de El Palmito se dispersaba el convoy de carros, y viajeros y carreros huían a la desbandada.

No supo entonces lo que el seri le dijo.

Fue a comprenderlo, después, cuando desvanecida la demencia, se encontró en camino con unos indígenas que llevaban perforadas las narices y las orejas, y, colgando de allí, piedras relucientes y conchas escogidas. Porque los vio hacer curiosos ademanes y gestos como de reverencia hacia su captor.

Volvió el espanto a enseñorearse de su espíritu.

Y el primero en quien pensó —siempre era el primero en quien pensaba— fue en su padre.

Aquel recuerdo de la despedida era la tortura de su alma.

¿Volvería a verlo?

Aquel adiós, ¿fue el último?

Aquel viaje que comenzó siendo un paseo, ¿acabaría en calvario?

¿Por qué la dejó partir? ¿Por qué, Dios mío?

A veces a pie y otras a caballo —siempre el jefe seri, amable, a su lado— recorrió su propia calle de la amargura.

Hasta que le dijeron que había llegado a los dominios de su señor.

¿Qué sería de su vida en adelante?

Porque entonces se dio cuenta de que había dejado de ser Lola Casanova.

Ahora era —¿para siempre?— la mujer de Coyote-Iguana.

¿Quién era Coyote-Iguana, el temible y temerario ante cuya presencia se inclinaban los seris, y que ella sólo había visto humillado a sus plantas?

Lo fue sabiendo por él mismo y por las mujeres de la tribu, cuyo máspreciado adorno eran unos enormes collares de conchas y semillas.

Coyote-Iguana no pertenecía a la tribu.

Sus padres fueron pimas.

En una de sus correrías, los seris incursionaron por la tierra de los pimas.

Hubo una batalla sangrienta.

En el campo quedaron, muertos, sus padres.

Y los seris regresaron con un niño cautivo.

Entre ellos creció.

Hábil y bravo, era el primero en los combates.

Un día escaló el mando supremo.

Ahora sus dominios se extendían sobre una faja costera y sobre la Isla del Tiburón, separada de la tierra firme por el Estrecho del Infiernillo, en el cual había otras islas también sometidas al imperio de Coyote-Iguana.

Diez meses duró la extraña situación de la cautiva.

Diez meses en que el recuerdo de los suyos era una obsesión que de día la angustiaba hasta el límite de toda fuerza humana, y que convertía la noche en un cruel delirio sólo cortado por el brusco despertar del sollozo.

Transcurrido ese lapso dio a luz a un hijo de Coyote-Iguana.

Quiso conocer la historia de su tribu.

Unicamente de dos caudillos pudieron hablarle sus informantes, y ninguno de aquéllos se doblegó nunca.

De Ambrosio, muerto a traición.

Y de Alonso, que cayó víctima de una sorpresa.

Antiguamente la tribu llegó hasta Pópulo, cerca de San Miguel de Horcasitas.

Después se concentró en San Pedro de la Conquista.³

Ahora —1854— la tribu ocupaba la costa de Tastiota y las islas que ella sabía.

No faltó, naturalmente, la queja contra el blanco.

Se quejaron de las persecuciones que sufrían desde tiempo inmemorial, destacando una infamia, frecuente-

³ Hoy se llama Villa o Pueblo de Seris. Queda en las inmediaciones de Hermosillo. El Río de Sonora lo separa de la Capital del Estado.

mente cometida por los blancos, consistente en llevarse prisioneras, hasta muy lejos, a las familias seris que lo-
graban capturar.

Un día se empeñó en que Coyote-Iguana la llevara a la Isla del Tiburón.

Alegó la necesidad de conocer a fondo aquella posesión de su reino.

No era ese el motivo verdadero. Quería alejarse de la tribu, y allá, a solas consigo misma, sacarse los secretos de su corazón.

El cacique se oponía, aduciendo que el tiempo no era propicio. Que había que esperar a mayo, cuando la estación de las lluvias hace menos inclemente el clima.

Naturalmente venció la mujer.

Y en una imperfecta embarcación, sorteando bancos, restingos y escollos, atravesó el Canal del Infiernillo.

A sus ojos apareció la isla volcánica, desértica, que por toda vegetación tiene mezquites, paloblanos y cactus, y que en sus cerros exhibe pórvido de granito.

Iba recordando la leyenda de las fantásticas riquezas de la Isla del Tiburón,⁴ caminando por una vereda, cuando saltó, muy cerca, un ciervo colinegro, esbelto, ligero, coronado por la gran ramazón de sus cuernos.

Más adelante vio el correr montaraz de venados y coyotes.

Y arriba, dominando el panorama abrupto, palomas, muchas palomas.

En el extremo de la isla hizo que la dejara Coyote-

⁴ La Expedición Jones disolvió el encanto. Nada encontró de valor.

Iguana, impulsándolo a visitar a los pequeños grupos de seris que habitaban la región.

Era un promontorio escarpado y rocalloso.

Allí se quedó, sola con su alma.

Y se planteó el salvaje problema: ¿amaba a Coyote-Iguana?

En pro, la costumbre de la vida en común; su acomodo progresivo a la existencia de la tribu; la simpatía que el cacique había ido despertando en ella, trabajosamente, a base de atenciones y mimos; y, sobre todo, el vínculo más poderoso, el hijo de ambos.

En contra, negaciones y negaciones, y aquel grito que todavía se alzaba desde lo más profundo de su conciencia—cada vez con menos frecuencia y con menos intensidad— llamándola a la civilización y condenando la barbarie.

¿Cuál era en ella el barniz? ¿El de la civilización o el del salvajismo?

A veces sus meditaciones desembocaban en lo fatal.

Entonces le entraban ganas de resolverlo todo, arrojándose del último peñasco del promontorio, para ir a perderse entre las olas que rugían allá abajo.

Finalmente se impuso el corazón: tuvo que confesarse que amaba a Coyote-Iguana.

A la bárbara declaración siguió un sentimiento de horror.

Sintió horror de Coyote-Iguana.

Sintió horror de sí misma.

Sintió horror de su amor.

La lucha interior la dejó extenuada.

Al reponerse se buscó por dentro una justificación.

Creyó hallarla en la posibilidad —a su juicio factible— de civilizar a los seris, civilizando a Coyote-Iguana.

No advertía que en el intento —drama de tantos civilizadores frustrados— no serían los seris quienes fueran a ella, sino ella a los seris, es decir, a la barbarie.

A la barbarie que ya por todas partes la cercaba —hasta en su cara tatuada— y que ella misma, con su carne y con su dolor, ayudaba a perpetuar con el hijo que sería Coyote-Iguana II.

No era posible, pues, zarpar contra su trágico destino.

En adelante la Reina de los Seris iba a compartir, con Coyote-Iguana y con sus súbditos, la vida de los suyos, con todos sus peligros, lo mismo en las batallas que en los asaltos a los ranchos y a las caravanas.

Al principio le repugnaban las costumbres de los seris, sobre todo su glotonería y sus actos de salvajismo.

Lentamente se fue adaptando a su nueva vida.

Empezó por comer carne cruda, andar semidesnuda y recorrer grandes distancias. Igual que los seris, a quienes la gruesa piel de sus pies les permite ser magníficos corredores.

Ya no le parecían miserables las chozas de hojarasca, zacate y rama, sostenidas por cañas.

Aprendió a pescar tortugas y a engullir trozos inmensos, dejando al lado, como despojos, los carapachos.

Ya sabía sacar su jugo a la biznaga para saciar la sed, y podía distinguir unas plantas de otras, pasando de lado ante aquellas que tienen espinas y amargo sabor como defensa del vegetal frente al animal.

Con los suyos, es decir, con los seris, construía flechas

para el combate y envenenaba sus puntas con la llamada yerba de la flecha.

También utilizaba el otro procedimiento. Aquel que consiste en matar una res, sacarle los hígados, meter éstos en una olla y echar allí, vivos, muchos ciempiés, tarántulas y otros insectos venenosos, para que, haciéndolos enojar, piquen el hígado y dejen allí su ponzoña. Aquella masa informe debía ponerse luego a corromper y en seguida bañar con ella la puntiaguda arma.

Con ellos adoró a la luna nueva, de rodillas, persig-nándose y haciendo genuflexiones.

Lanzando aullidos lloró con las mujeres a los seris muertos, de noche, porque de día a los hombres correspondía llorarlos.

Y participó en la ceremonia del adiós postrero, colocando los cadáveres entre ramas espinosas para que las aves de rapiña no se los comieran, y allí el sol los fuera secando.

Cuando el muerto era un niño, ayudó ella a sus padres en el corte de pelo hasta la raíz y en la pintura de la cara con color negro, en señal de duelo.

Y aprobó —ella, una criolla— la resistencia de los seris para cruzarse con otras razas, aún indígenas.

Todo lo supo y todo lo practicó. Hasta el pobre vocabulario seri, desprovisto en absoluto de términos de negación.

Entonces se borró el último vestigio de la criolla.

Ya se sentía, verdaderamente, Reina de los Seris.

Ya era una seri más.

Tan bello como su nombre era San Pedro de la Conquista.

Allá fue la Reina de los Seris.

Y luego a la ciudad de Hermosillo, graciosamente empinada sobre las faldas del Cerro de la Campana,⁵ cuyo pie baña el Río de Sonora.

Nadie hubiera reconocido en aquella matrona seri, de rostro tatuado, que cubría parcialmente su cuerpo con pieles de alcatraz, a la señorita Dolores Casanova, delicada flor del jardín guaymense.

Y nadie la reconoció.

Ella pudo liberarse, huyendo, y volver así al seno de los suyos.

Pero los suyos ya eran otros: los seris.

En Hermosillo, a donde llegó a ir varias veces, divisó caras conocidas —una versión asegura que hasta se encontró con parientes que no adivinaron su identidad—, pero no quiso escapar porque su corazón no aceptó la renuncia al amor de Coyote-Iguana y al de los varios hijos que ya tenían.

Algunas sublevaciones aplastó Coyote-Iguana, todas originadas en la repulsa seri hacia la reina intrusa.

En una, finalmente, sucumbió por su amor.

Los rebeldes destrozaron el cadáver del cacique vencido y arrojaron los pedazos a los perros.

El espíritu de la venganza se apoderó de la reina viuda.

⁵ "Le llaman así porque muchas de sus piedras, tocándolas con otras, suenan lo mismo que una campana". *Noticias Estadísticas del Estado de Sonora*, por José Francisco Velasco.—1850.

Luchó sin descanso hasta que colocó en el trono a su hijo mayor, Coyote-Iguana II.

Nueva rebelión seri, y con la misma bandera.

Y nueva derrota: Coyote-Iguana II cayó defendiendo a su madre.

Pero la constancia y la pasión por el desquite parecían ser las características de la reina seri.

Volvió a pelear con denuedo, hasta que Coyote-Iguana III —su hijo menor— asumió el poder.

De la madre había heredado el coraje. Lo demostró matando a todos los seris que se alzaron contra su hermano.

Bajo el reinado de Coyote-Iguana III murió la brava mujer.

Los seris, a la fuerza, rindieron los mayores honores a quien fue, en la vida civilizada, Lola Casanova.

Bien empapado sobre los seris —y sobre sus pobres posibilidades presentes—, ya se iba el jorobado al Yaqui, a ver cómo andaba la campaña.

Dos indígenas lo detuvieron.

Uno de ellos le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—No me llamo, no tengo nombre —contestó.

El indio insistió:

—¿Pero cómo te dicen?

—Unos, el jorobado; otros, el bizco.

—Desde hoy yo soy el jorobado —declaró el indígena preguntón, tocándose su lisa espalda.

—Y yo soy el bizco —concluyó su compañero moviendo unos ojos perfectos.

—Me dejaron sin nada —comentaba el pima ya en marcha.

Así, repartiéndose las denominaciones de sus defectos, dos seris se bautizaron de nuevo.

LA VIRGEN DEL CAMINO

LA VIRGEN DEL CAMINO

Día de fiesta.

Para los indígenas, la más solemne de todas, como que es en honor de Nuestra Señora del Camino.

Curiosa mezcla de cristianismo y paganía.

Hombres y mujeres con sus prendas mejores, oliendo a limpio.

Mascadas de vivos colores en las gargantas de ellos. En el sombrero de palma, la imprescindible toquilla de pelo provista de broche niquelado. Un listón rojo circundando la copa del sombrero, y allí, prendida, una pluma.

Al cinto, la pistola, a veces en compañía del cuchillo.

Ellas, con amplias enaguas de indiana y el rebozo a medio cubrir la cabeza para dejar libres las trenzas y lucir aretes y collares, en juego con anillos y brazaletes en que brillan las pequeñas cuentas de vidrio.

Por aquí y por allá, inditos en zapeta.¹

En las inmediaciones, siempre cerca de sus dueños, los caballos.

Amarrados a los árboles, mostrando la variedad de sus colores: zainos, alazanes, retintos, palominos, canelos, etc., etc.

Comida y bebidas, en cantidad.

¹ Pedazo de lienzo detenido por la cintura. Especie de taparrabo.

Guacavaque² y bajícopo,³ para que nadie llegara a carecer de ellos.

Pero sobre todo, mezcal, mucho mezcal, cuyos troncos ya se cocían en las mayas,⁴ para comerlos después.

El ramadón, enorme, junto a una laguna —el río la dejó al cambiar de curso— que es una rueda completa, en cuyo centro hay una islita enmontada.⁵

Vistasas flores de papel.

Y, para la iluminación nocturna, farolitos.

Previamente se ha barrido y regado el piso de tierra, donde los bailadores han de lucir su arte.

El primer grupo nutrido que se hace presente es el del bacerán.⁶

Se ha vaciado de gente el rumbo. Vienen las familias enteras, seguidas por sus perros y otros animales domésticos.

Crece luego el desfile hasta tener proporciones de romería.

De todas partes del Yaqui van llegando los indios.

Vienen de los pueblos bajos del río. Y aún de más allá: de los pueblos altos de la Sierra.

Se saludan y recuerdan que no se encuentran desde la fiesta del año anterior.

² Puchero con carne, huesos y garbanzo.

³ Trigo tostado y molido, al que se mezcla agua y panocha. En la región se llama panocha al piloncillo.

⁴ Hornos construidos en el suelo.

⁵ El sitio se denomina hoy Bataconcica, que quiere decir "donde baja el agua".

⁶ Brazo seco del río.

Elogian lo rumbosa que fue, pero anticipan que ésta lo será más.

Y empieza el baile.

Por nombre llevan los bailadores el de la danza que ejecutan.

Idénticas o muy semejantes las indumentarias de los danzantes.

Todos hombres, desnudas las espaldas hasta la cintura, envuelta ésta en larga y chillante faja.

Hay quienes realizan su función en cumplimiento de alguna manda prometida al santo de su devoción.

Todos, conocedores y expertos, como que se han dado cita los mejores.

Primero, el pascola.⁷

De sus pantorrillas penden largas cuerdas con ténabaris,⁸ a guisa de cascabeles, y patas de venado de su cintura.

Una máscara con barbas cubre el rostro.

A los acordes del arpa y el violín el pascola baila, baila incansablemente.

Sus ágiles pies se mueven en complicadas evoluciones. Y con una sonaja —que lleva en su mano derecha y golpea contra la izquierda— sigue el compás de la música.

A veces se agacha hasta casi tocar el suelo con las manos, mientras que su flexible espalda, a base de increíbles contorsiones, mantiene el ritmo.

⁷ Se cree que este baile, originalmente, entrañaba una sátira para censurar y ridiculizar los vicios y las costumbres de los yoris.

⁸ Semillas de un árbol donde antes hubo un gusano. Produce ruido al danzar.

Luego raya la tierra con las uñas de los dedos gordos de sus pies.

Aquello no parece tener fin.

Ni el danzante se cansa de danzar, ni los espectadores de ver y oír.

Una interrupción del baile y de la música.

Durante ella el pascola relata cuentos y hace chistes, y entabla diálogos con el auditorio.

Luego sus pies desnudos reanudan el interminable movimiento, al son de la flauta y el tambor.

Ahora es el baile del venado.

¡Qué bien imita los movimientos del animal acosado!

La danza es más viva y más ágil, en consonancia con la mayor viveza y agilidad del venado.

Tapa la cara una máscara sin barbas, y sujeta a la cabeza va otra cabeza, como disecada, de un venado, con sus grandes astas.

Y en la mano, la sonaja, acompañada con el acompañamiento de los instrumentos musicales.

A su ritmo, el hombre-venado se estremece, cimbrando el cuerpo, moviendo los brazos y agitándose por entero.

Cuando la máscara no está en su lugar, cambia gestos y visajes con los espectadores.

Entre venado y coyote,⁹ hay pláticas y hasta casamientos¹⁰ con mujeres de la concurrencia.

⁹ Nombre del siguiente baile.

¹⁰ Muchas parejas aprovechan la fiesta para casarse —hasta de once o doce años las mujeres—; pero, según sus costumbres, el matrimonio tiene carácter provisional hasta que el sacerdote católico lo confirma.

Bajo un álamo ceniciento que se levanta —como tantos otros— en la ribera del río, conversa un grupo.

Un indio, muy serio, está explicando la muerte de Jesús.

Para él todo se redujo a esto: que a Cristo, el más bueno de los yoris que ha habido, lo mataron los yoris sáncoras.¹¹

Todas las conversaciones son de índole religiosa, como permeadas por el influjo de la Virgen del Camino.

Ahora un yaqui cuenta que él siempre le pide mucho a Dios, aunque Dios no se lo conceda.

Bromeando le dicen que le pedirá mucho para que le otorgue poco.

Su criterio es otro.

Lo justifica con esta frase: tiene más Dios que darnos que nosotros que pedirle.

Dimas, compadre de todos los presentes, cuenta su caso:

—Yo hice un pacto con la Virgen. Sólo tenía dos tiros para mi rifle y necesitaba matar un venado para comer. Le dije a la Virgen: vamos a medias. Y me fui de cacería. Se me atravesaban los venados, pero corriendo. Y yo necesitaba agarrarlos quietos para no errar. En un joconal¹² agarré parado a un venado y de un tiro lo tumbé. Me dije: éste es mi venado. Más allá me encontré otro. No le di y huyó. Entonces pensé: ¡qué suerte la de la Virgen! Se fue su venado...

¹¹ Blancos malos.

¹² Bosques de joconas. Arboles que dan un ejote, y que se producen en las manchas bayas de la vega del río.

Estaban riendo los oyentes, cuando uno, que desde hacía rato tenía perdido a su hijo, lo vio pasar.

Lo llamó, y delante de todos le preguntó:

—¿Qué has andado haciendo?

Respondió:

—Estamos sacando almas del Purgatorio.

Así delineó el procedimiento:

—Cuando dos gentes dicen una palabra al mismo tiempo, un alma sale del Purgatorio. Los muchachos nos ponemos de acuerdo y, a una señal, lo hacemos. De este modo sacamos del Purgatorio a todos los que conocimos en vida.

Al volver con sus compañeros de juego —final explicación de aquello que oscilaba entre la plegaria y la diversión— añadió:

—Ya sacamos cien almas del Purgatorio. A ver si no lo dejamos vacío.

Para el indio chapucero —el cazador que hizo el pacto con la Virgen— aquello era una novedad. Sus comentarios lo revelaron.

Los brazos y las hojas del álamo ceniciento los libraban del sol de julio.

Mientras ellos reían de las ocurrencias que iban surgiendo, aleteaba el misterio religioso y vibraba la Virgen —su fiesta— allá en el río.

Bajo el ramadón se baila ahora el coyote.

Acompañan a la danza las notas graves del tambor, y las de bateas y guajes que se hacen sonar por medio de golpes o raspándolos.

Por un momento parece como que el coyote —repre-

sentado por el hombre— está en acecho, esperando su presa.

Con la mano sobre los ojos avizora el horizonte.

Luego simula la imaginaria caza, a flechazos. Los circunstantes se apartan para que los proyectiles no los toquen.

También hay interrupciones, que el danzante utiliza para hacer chistes y contar cuentos.

El aire se ha vuelto denso, pesado, asfixiante.

Es una mezcla de calor, sudor, cuerpos en movimiento, olor de viandas, peste de los licores, vaho de la tierra, vibraciones musicales.

Sólo un cuchillo muy filoso podría cortar el ambiente.

Cuando oscurece, la borrachera es colectiva.

Y los gritos forman parte del acompañamiento de los bailes, pues éstos, en turnos precisos, continúan con denuevo que descubre la fortaleza que caracteriza a los cuerpos y a los espíritus de los indígenas.

Se encienden los farolitos y nadie se va.

Y así, horas y horas, días y días.

Estaban esperando a la Virgen del Camino para que viniera a presidir la llegada del río.

Es la única patrona reconocida de la tribu.

Por eso su fiesta es la mejor.

Sólo se le asemeja —pero sin llegar nunca a igualarla— la de San Juan.

Pequeña, mora en una urna de cristal, guardada celosamente en una cueva de la serranía que por eso se llama “La Virgen”.

Junto a ella hay montada una guardia permanente que cuida y vigila a la imagen.

Y en las inmediaciones sólo vive el adivino.

Una vez al año nomás, cuando llega el tiempo de que el río baje, desciende la Virgen desde su pedestal montañoso. Así siempre, desde que el río comenzó a existir, que fue cuando comenzó a bajar.

En andas la transportan los matachines, a quienes está encomendado rendirle el homenaje de sus bailes, a lo largo del trayecto.

Visten ellos traje ordinario, pero se tocan la cabeza con un casco adornado con papelitos de todos colores, y llevan en la mano, siempre moviéndola, la indispensable sonaja.

Se turnan en las andas.

Los demás, los que de momento no tienen a su cargo la conducción, van danzando en dos filas paralelas.

Y adelante de la imagen y al frente de la comitiva, caminando para atrás a fin de no darle la espalda a la Virgen, un matachín va bailando al son de los violines.

Ya sale toda la indiada —del ramadón y de sus alrededores— a recibir a la Virgen.

Cuando las dos comitivas se encuentran, estallan los cohetes y se disparan al aire las armas.

Es el apogeo de la fiesta.

Se coloca a la imagen convenientemente, y se generaliza el baile. Simultáneamente danzan pascolas, venados, coyotes y matachines.

Entre los acordes de los instrumentos musicales y los

ruidos que hacen los danzantes al bailar, se destacan los cantos en el dialecto indígena.

Es algo ensordecedor.

Una multitud en delirio aplaude y grita.

Los cuerpos y los pies —sobre todo los pies— siguen el ritmo.

El bailaror siente toda la emoción de una raza que se vuelca en la danza.

De su público recibe la inspiración y el entusiasmo. Y se transforma. Ya no es él quien baila. Es su raza.

Y dominándolo todo —danzas, música, canciones, gritos— un hondo espíritu religioso, porque es la fiesta de la Virgen del Camino, la Patrona del Yaqui.

Desde sus fuentes, allá en la Sierra Madre, viene el Río Yaqui corriendo por el Estado de Sonora, hasta desembocar en El Médano,¹³ juntando sus aguas con las del Golfo de California.

Su bajada es el gran acontecimiento para la tribu, porque significa que durante nueve meses habrá agua.

Siete de cada diez años el río llega entre el día primero y el tres de julio.

Y su cauce no se seca sino en abril.

La fiesta de Nuestra Señora del Camino comienza el treinta de junio y dura hasta que los indios divisan el agua, que es cuando, para ellos, se inicia el verano. Entonces, bruscamente, termina la fiesta.

¹³ Debe su nombre a las grandes bolas —verdaderos islotes llamados médanos— que se formaron con el limo que la corriente arrastró y depositó allí. Las embarcaciones tienen que sortearlas.

Júbilo, el habitual, no por previsible menos escandaloso.

Su causa, el grito de siempre:

—Ya viene el río.

Dejaron de bailar los danzantes y los músicos de tocar. Y toda la concurrencia llenó las orillas.

Allá, en la lejanía, se miraba venir el agua.

Primero como un arroyo. Luego fue tomando cuerpo, hasta convertirse en una corriente caudalosa.

Sobre el lomo oscuro y movable de las aguas, un conjunto variadísimo: árboles con todo y raíces, animales ahogados, restos de casas, etc.

De banda a banda venía llegando el río.

Sus aguas bramaban roncamente, como si todo el ganado bronco del mundo se hubiera juntado en su encajonado cauce para correr y para bramar.

Entonces fue la desbandada.

Arrancaron los indios, cada quien por su rumbo, hacia sus pueblos, situados en ambas márgenes, a sembrar sus veranos ¹⁴ y a comer quelites.

La violencia de la dispersión no les impidió sentir, muy en lo hondo, otra vez, lo que siempre sintieron: que el río es el alma de la región y el alma de su raza.

Quien lo contaba al jorobado concluyó:

—Así era la fiesta antes de la guerra. Así volverá a ser algún día.

¹⁴ Terrenos destinados principalmente al cultivo de sandías y melones.

JUSTICIA YAQUI

REPORT (PLATE II)

Era Jueves Santo.

La tribu, en masa, llenaba el pueblo de Vícam, donde un sacerdote católico les "sacaba" la Semana Mayor a los indios.¹

A la sombra de un árbol el pascola descansaba e iba perdiendo, poco a poco, los efectos del alcohol ingerido.

Juan María lo vio. Por su memoria pasaron las viejas rivalidades que los distanciaban. Halló a mano una pesada piedra y la arrojó al pecho del pascola.

Su agonía fue breve. Y angustiada, pues su pecho aplastado le impedía respirar.

Volvió el pascola del sueño para dormir, en seguida, el otro, el eterno.

Rápidamente se integró el tribunal yaqui.

No hubo necesidad de que los jueces discutieran, porque no se trataba de un delito nuevo, sino de un homicidio en que era clara la norma jurídica.

Además, supieron que Juan María ya llevaba en su conciencia otros cuatro asesinatos, inclusive el de una mujer.

Fue sentenciado a muerte, ordenándose que la ejecución tuviera lugar al día siguiente.

¹ Al autor le tocó asistir al fusilamiento de Juan María y conoció los detalles del asunto. Fue en la tercera década de este siglo. Acompañaba por el Yaqui al Pbro. Refugio E. Salcido, como acólito.

Una comisión se presentó ante el sacerdote, con el fin de informarle lo ocurrido y lo que se había determinado hacer.

Advirtiéndoles que no era su propósito inmiscuirse en las funciones de los jueces yaquis, el sacerdote pidió clemencia para el reo.

Cuando se le dijo que la sentencia era inmutable, hizo ver a la comisión lo indebido de que la ejecución se realizara precisamente en Viernes Santo.

Entendieron los indios el argumento y aplazaron aquella para el Sábado de Gloria.

Desde luego se puso en capilla a Juan María. En su presencia varias mujeres le tejían su futura mortaja. Y hasta sus oídos llegaba el ruido que hacían quienes estaban cavando su sepultura.

La tarde del viernes un cortejo impresionante, con músicas y cánticos, llevó al reo en procesión —y amarrado de los brazos— por todo el camino que circunda al pueblo.

El sábado, antes de misa, se formó el cuadro, con ocho soldados, en representación de los ocho pueblos yaquis.

Previa confesión de Juan María, se le condujo a un costado exterior del templo y allí se le sentó en un banquito, construido exprofeso.

Los brazos del condenado seguían fuertemente atados con una cuerda, cuyo cabo lo retenía, a pocos metros, un indio.

El pueblo concurría al espectáculo, y nadie se había asustado —ni el reo— cuando lo llevaron a ver la que sería su sepultura, enfrente de la iglesia.

Un capitán hizo uso de la palabra, y en el dialecto

indígena relató los antecedentes del caso y exhortó a los yaquis a no seguir el ejemplo de Juan María, quien escuchaba tranquilo y sereno la peroración.

Los ejecutores daban la espalda al reo.

Repentinamente y con gran rapidez se dieron las dos únicas órdenes de mando —“Preparen” y “Fuego”, porque un soldado yaqui no necesita apuntar—, y la conversión de los ejecutores coincidió con el disparo.

Con ocho certeros tiros en el pecho se fue derrumbando el cuerpo de Juan María.

Se amontonó el público en torno del caído y sobre él fueron lloviendo flores.

Pero no estaba muerto.

Pudo decir que a todos los perdonaba, porque él también quería ser perdonado.

Transcurrieron unos minutos, y el ajusticiado no se moría.

Nueva descarga sobre Juan María.

Y seguía viviendo. . .

Ya era hora de la misa.

Fueron entrando los indios al templo, no sin antes pasar junto a Juan María, sorteando los charcos de su sangre, para no pisarla.

Unos, compasivos, lo arrastraron hasta un árbol, y en su tronco lo recargaron.

Luego se quedó solo.

Todos los que tenían armas de fuego o cohetes salieron al “Gloria”, y fue aquello un largo estallar en que el alma india alzaba su protesta contra Judas y su traición, contra todos los traidores y todas las traiciones.

Tornaron al interior de la iglesia, y en los cuchicheos se adivinaba la noticia: Juan María no se moría aún.

Al concluir la misa, otra vez se juntó la gente en torno del ajusticiado.

Le dieron agua y conversaron con él quienes quisieron hacerlo.

—¿Lo iban a fusilar por tercera vez? Esa era la pregunta que estaba en todos los labios.

Un oficial yaqui aclaró que ya se había consultado al jefe militar de la tribu, y que éste había resuelto que se dejaran las cosas como estaban, permitiéndole vivir... si lo lograba.

Y surgió la otra pregunta:

—¿Por qué no se muere?

La explicación corrió de boca en boca: porque llevaba debajo de la camisa quién sabe qué amuleto.

Cuando se le despojó de ese "algo" que lo ataba a la vida, murió.

Habían transcurrido varias horas desde el primer fusilamiento.

Por la noche, la habitual fiesta fúnebre, y al día siguiente el entierro.

El caso del Huicuri² fue muy sonado.

² Relativamente reciente, y también auténtico. Lo contó al autor don Aureliano Y. Campoy, su tío, quien, en unión del general Jesús Gutiérrez Cázares, se empeñó en salvar, hace pocos años, a otro indio acusado de hechicero. Para ello tuvieron que hacer valer toda su amistad con la tribu y sus jefes, llevando al doctor Reynolds, el que diagnosticó que lo que tenían los "hechizados" era pulmonía. Los yaquis creían que el ansia de la enfermedad era la manifestación del hechizo. La curación de los "hechizados" hizo posible la salvación del "hechicero".

A la oscurecida de un día lo agarraron, bajo este cargo: Un indio iba con el Huicuri por un camino. De repente el Huicuri desapareció y su fugaz acompañante se encontró, en lugar del Huicuri, a una culebra. En ese mismo momento sintió que un pelo le entraba a la boca.

Transladó la denuncia al tribunal yaqui, que abrió el juicio.

Siendo tan grave la acusación, nadie de la tribu se atrevió a defender al Huicuri.

Todo el tiempo que duró el proceso, el Huicuri estuvo amarrado y sin que se le dieran ni comida ni agua.

Se le condenó a muerte.

Pero él formuló una última apelación ante el adivino, en cuyas manos se ponen los asuntos más difíciles y aquellos en que los juzgadores no logran acuerdo.

Desde su cueva, inmediata a la de la Virgen del Camino, en la agreste serranía, vino el viejo centenario.

El adivino tomó declaración al hechicero.

Y aquél reveló que de la boca del Huicuri le había sacado un pelo, comprobándose así la veracidad del cargo.

Como según la creencia indígena sólo puede quitar el hechizo la persona que lo causó, el adivino ordenó al Huicuri que así lo hiciera. Y como no lo hizo, el adivino confirmó la sentencia del tribunal.

Por otros delitos, a sus autores se les fusilaba.

Pero por el delito de hechizar, la sentencia de muerte se realizaba quemando vivo al hechicero.

Se preparó la hoguera para el Huicuri, y ya que las

llamas fueron consideradas como suficientes, se le arrojó en medio del fuego, amarrado.

Aullaba en la desesperación del martirio.

Y todos, impassibles, presenciándolo.

Y se llenó el aire con el olor de la carne humana que se estaba quemando en aquel auto de fe de la severa justicia yaqui.

EL FANTASMA

Un fantasma recorría el Yaqui. Era el fantasma de Cajeme.

Porque no había la seguridad de que fuera Cajeme mismo. Se le perseguía sin descanso, con tesón, por todas partes, y siempre en vano.

Nunca se le encontraba. Parecía un ser imaginario, invisible, intangible, un mito creado por la fantasía de su pueblo.

Si realmente existía —el Gobierno ya empezaba a dudar— ¡qué bien venteaba la cercanía de sus perseguidores! ¡O qué eficazmente funcionaba su espionaje, a través de los indios rendidos que le iban haciendo llegar oportunos avisos!

Las noticias, siempre escuetas: que pegó en tal parte. Nada más eso.

Y a reanudar la persecución, para luego saber que había pegado en otro sitio, tan distante del primero que se pensaba en que tuviera el don de la ubicuidad, y se caía en lo increíble, en el absurdo.

Quemado por la fiebre, incorpóreo e inmaterial, cruzaba las noches pobladas de visiones hacia su fatal e inexorable destino.

Seguía encarnando el amor yaqui por la tierra de sus mayores y el nunca satisfecho anhelo de conservarla, pero libre de dominios extraños.

Y en su gran corazón no cabía la desesperanza.

Por el contrario, el infortunio estimulaba su orgullo y le mantenía tenso el brazo defensor de su raza, siempre en los más altos niveles del heroísmo. Alucinado y alucinante, incorruptible, misterioso.

Por los pueblos del Yaqui, y por los propios campamentos controlados por las fuerzas del Gobierno, fueron sus emisarios llamando a los indios para la causa común.

Y hasta el Mayo llegó la orden de levantarse.

Pudo así reunir a un grupo importante de guerreros en lo más espeso de los bosques, y emprendió de nuevo las hostilidades.

Hoy un ataque a una partida federal. Mañana el asalto a un convoy de arrieros. Y, a las puertas de Vícam, varios yaquis de los rendidos, colgados, en los dientes los pasaportes expedidos por las autoridades, para escarmiento.

Aun llegó a tomar Cajeme la fortificación de El Añil.

Los mayos, por su parte, quisieron cumplir el mandato del Caudillo.

Para ello celebraron una junta en los bosques inmediatos a Santa Cruz, pero las tropas del Gobierno los descubrieron y dispersaron.

Martínez dispuso el regreso al Yaqui de todas las fuerzas militares, planeando una campaña que había de ser de aniquilamiento.

Para resucitar el abatido espíritu de la tribu, Cajeme necesitaba un triunfo de importancia.

Con inauditos esfuerzos consiguió reclutar una masa

de caballería e infantería, y se lanzó a la ofensiva sobre El Médano.

Pero el coronel Lorenzo Torres movió su columna por Chipoca, Tóbari, Gütevós, Médanos Blancos, Ilibay y Moscobampo, y le salió al paso en las playas del Güichamoco.

Los indios se batieron con bravura. A las cargas de los soldados por el frente y los flancos, respondieron con sus propias cargas cuerpo a cuerpo.

Sin embargo la suerte les fue adversa, y tuvieron que abandonar el campo, pero sin dejarle al vencedor ni un herido, ni un prisionero.

Vino luego la mutua cacería.

Ninguna batalla campal. Sólo aquel disparar desde la espesura al paso del grupo rival.

Se supo que Cajeme, apenas con una pequeña escolta, huía sin rumbo fijo, escapando hoy y volviendo a escapar mañana.

En seguida se tuvo por falso el informe.

Porque ótra vez Cajeme parecía no existir. Era vano todo el afán puesto en buscarlo. Ya creían estar a punto de atraparlo, y desaparecía.

En el instante en que estaban seguros de echarle mano, se disipaba como una sombra. Más que un hombre, era un símbolo.

Ahora surgía por las intrincadas arboledas de Bácum. Allá fueron las tropas del Gobierno y en Chumampaco desbarataron a los indios.

Pero de Cajeme, nada. Sólo los efectos de su espíritu indomable.

Esta vez reaparecía, con un contingente de guerreros recién juntados, en la Sierra del Bacatete.

Y pasando por Punta de Agua, atacaba Pocitos de Aguirre, recorriendo los ranchos del Alamo, Las Sanguijuelas, San Lorenzo y Las Chinchas, hasta muy cerca de San Marcial.

Contingentes federales partieron de diversos sitios, y una madrugada el general Lorenzo García empezó a rodear el campamento yaqui, en un punto denominado Paloscahui.¹

Sintieron los indios el movimiento y se dieron a la fuga, encarnizadamente perseguidos por la caballería del Gobierno, que los iba acuchillando.

Todo lo habían perdido los indios, menos su audacia, demostrada en sus frecuentes salidas de la sierra, siempre en pos de vituallas.

También Cajeme lo había perdido todo, menos aquella extraordinaria entereza que lo sostenía en medio de una adversidad cuajada de reveses.

En efecto, con motivo del enésimo intento para someterlo, envió una carta en que brilla la nunca opacada obstinación de su carácter.

Dice así.²

¹ Cerro de las liebres.

² El documento aparece en los excelentes "Apuntes" escritos por don Ramón Corral, de donde el autor ha tomado los principales rasgos biográficos de Cajeme que utiliza en este libro según su personal interpretación.

“Río de Yaqui, octubre 19 de 1886.

Señor General Juan Hernández.

Médano.

Señor General:

De todos sus destacamentos que tienen ustedes en este río, varias veces nos han mandado algunas tristes mujeres que han agarrado presas en los campos y también algunos indígenas que han tomado prisioneros que por casualidad les han perdonado la vida y por medio de estos poblanos y poblanas, nos han mandado ustedes ofrecer la paz en palabra y también por escrito sin ningún carácter oficial; pero aún sin embargo de esto, si a ustedes les conviene hacer la paz, yo la recibo con mucho gusto en unión de todos los habitantes de este río y del río Mayo y desde luego nos sometemos todos en unión a la obediencia del Gobierno, bajo la condición de que dentro de 15 días se retiren todas las fuerzas del Gobierno que están en este río para Guaymas y Hermosillo, y de no hacerlo así, pueden ustedes obrar de la manera que les convenga; yo en unión de mi Nación estamos dispuestos a hacer la última defensa que hacen los hombres, por ser un deber sagrado que sostiene el hombre hasta la última diferencia.

No ofreciéndose más, espero que tendrá usted la bondad de contestarme para mañana a vuelta de correo.

Su atento y s. s.

José M. L. Cajeme.

Río de Yaqui y Mayo.”

Como otras tentativas hacia la paz total —imposible sin el sometimiento o la muerte de Cajeme—, ésta desembocó en el fracaso.

Con un corto número de adeptos, Cajeme abandonó la Sierra y bajó al río, a incursionar.

En un encuentro ocurrido en el Buiarume cayó herido y prisionero —días después murió— el suegro del Caudillo, un anciano indio de nombre Tachino.

Por la indumentaria y las armas de los que componían la partida se supuso que eran de la escolta personal de Cajeme.

Ante la dura realidad del desastre, empezaron a presentarse grupos de indios pidiendo se les aceptara la rendición.

Pálidos, descarnados, hambrientos, desnudos, no parecían hombres sino cadáveres que acababan de salir de la tumba.

Estaban vencidos, pero no humillados.

Ni siquiera los niños revelaban con el llanto el hambre que los devoraba.

Martínez ordenó acuciosas búsquedas.

Varias columnas las fueron practicando.

Ni un palmo de terreno del río se dejó de batir. Ni un bosque quedó sin inspeccionar. Y no hubo quiebra de la Sierra por donde no penetraran los soldados.

De las marismas pasaron las tropas a las islas cercanas a la costa. Y de todas partes regresaron con indios apresados por sin Cajeme.

El hambre dieztaba a sus pocos adictos.

Primero se alimentaban con papaches y yoyomos.³ Luego con bledos y sayas.

³ Los papaches y los yoyomos son frutos silvestres de la región.

Después hubo que volver a los días terribles del Bua-tachive: a tostar el cuero de los huaraches para comérselo. Un riguroso invierno se vino sobre aquellos cuerpos macilentos, medio cubiertos de harapos.

Entonces, para escapar al frío de la noche sin encender el fuego que pudiera descubrirlos, tenían que hacer excavaciones en la tierra para sepultarse, dejando fuera solamente la cabeza.

Y en seguida la viruela, tan negra como sus resultados.

Conocieron también el tormento de la sed. A veces podían saciarla porque aunque las tropas ocupaban todos los aguajes permanentes, quedaban algunos temporales que únicamente los indios sabían la época en que se agotan.

Por la persecución aniquiladora, la inmensidad del Valle se fue sembrando con las cruces de los que cayeron, y con los huesos calcinados de los que no alcanzaron sepultura y dejaron sus restos al sol.

Y Cajeme se fue quedando solo, pero incansable, inflexible, indómito.

De noche, su silueta se recortaba contra la claridad de la luna y su paso era un puro ladrar de los perros de las rancherías.

Dos de las más esenciales características de su raza, en él se encarnaban: el vigor físico y la gran energía moral.

Aquél fue el primero que se le acabó. Del tejido, en cierta época adiposo, nada le quedaba. Luego le fue quedando menos de los otros tejidos. Apenas si en la mirada inteligente se adivinaba que ese espectro era el Caudillo.

Y en el ademán, que nunca dejó de ser altivo, aunque no desprovisto de sencillez.

Pero su energía moral lo sostenía. El hombre ya no estaba integrado por cuerpo y alma. El cuerpo se había reducido al mínimo, a lo indispensable para que el espíritu no volara del mundo. Era como un frágil carrizo dotado de un gran espíritu.

Primero como hombre había sido la más acabada representación del Yaqui. Ahora también lo era como puro espíritu.

Diríase que aquel espectro que vagaba no era Cajeme, ni el espectro de Cajeme, sino el espectro del Yaqui.

LA TIERRA Y EL HOMBRE

El presente informe tiene por objeto dar cuenta de la marcha de la obra de las obras pías de la provincia de Tucumán durante el año 1882.

En el presente informe se dará cuenta de la marcha de la obra de las obras pías de la provincia de Tucumán durante el año 1882. Se dará cuenta de la marcha de la obra de las obras pías de la provincia de Tucumán durante el año 1882.

ESTADO DE LAS OBRAS PIAS

El presente informe tiene por objeto dar cuenta de la marcha de la obra de las obras pías de la provincia de Tucumán durante el año 1882.

El presente informe tiene por objeto dar cuenta de la marcha de la obra de las obras pías de la provincia de Tucumán durante el año 1882.

Hasta sus refugios agrestes —siempre provisionales por la enconada persecución— le llegaban las insinuaciones.

Partían de quienes sostenían que ya no tenía objeto continuar la resistencia, porque la tribu, cansada y vencida, también quería la paz.

Muchos amigos —y otros que fingían serlo— querían hablarle y convencerle. Pero nadie lograba llegar hasta él.

Y él seguía vagando, siempre con fe en su causa, siempre con la esperanza de que el entusiasmo renaciera y determinara la victoria.

También las promesas, sorteando las dificultades que no podían sortear los hombres, iban a cantar en su oído.

Que su raza sería respetada; que los poderes extraños saldrían del Yaqui; que habría garantías para su vida.

Pero él sabía bien a qué atenerse. Y los cantos eran inútiles. Y consideraba vanas todas las promesas.

Hubo quien llegara hasta su escondrijo casual.

Y el indio mantuvo su férrea actitud.

Así expuso el derecho de los suyos a la tierra del Yaqui:

—Dios tiene su idioma, pero hay que saber entenderlo. Habla a los hombres en el trueno de la tormenta, en la brisa que mece las hojas del árbol, en los movimien-

tos de los animales. Pero, sobre todo, le habla acá, adentro, donde siempre sabemos si obramos bien o mal.

A nosotros, los yaquis, nos habló conduciéndonos a esta tierra.

Porque Dios puso a los hombres en cada región, y a los yaquis nos puso en el valle.

El quiso, pues, que esta tierra fuera nuestra tierra, y que nosotros fuéramos de ella.

Peregrinábamos por el continente, cuando El nos trajo aquí. Por eso nuestro derecho a la tierra del Yaqui es un derecho divino. . .

Si hay algo que sea esencial al yaqui es el amor a la tierra de sus mayores. En ello radica el mismo espíritu de su raza.

Y en eso, como en todo, Cajeme era el símbolo de la tribu, como la esencia de la esencia del yaqui.

No cualquier indio hubiera podido explicarlo. Pero en los más perdidos repliegues de su conciencia —lindante ya con el instinto— era capaz de sentirlo.

Porque más que un pensamiento, aquello era un sentimiento, perdurable a través de la herencia de las generaciones, violento, formidable.

Muchas veces, lo mismo en los instantes de triunfo que cuando los descalabros se sucedían anunciando la derrota definitiva, Cajeme se puso a pensar en eso.

Y siempre entendió que, cualquiera que fuera el desenlace de su gigantesco esfuerzo por darle independencia a su tribu, todo podría perecer en el desastre, menos el arraigo del yaqui en su tierra, menos su cariño por ella

que llevó al indio, por los más variados caminos, siempre que fue necesario, al sacrificio.

Y mientras que el ideal siguiera nutriéndose con la savia del sacrificio, no importa la suerte de los hombres, el ideal seguiría viviendo en las almas para encontrar, un día, espléndida realización.

Para eso estaba poniendo el ejemplo. Para estimular a los tibios y para acrecentar la energía de los convencidos.

Por ser tan clara su comprensión, pudo continuar exponiendo:

—Además de nuestro derecho divino a la tierra del Yaqui, vino en seguida una relación brutal que engendró nuevos derechos.

Porque ella, la tierra, después de que nos adoptó, nos amó.

Y nosotros la amamos.

La amamos y la poseímos.

Y ella también nos poseyó.

Y desde entonces nos estrecha con sus inmensos brazos, unos tucoroguaris ¹ y otros bayos, entre los huizaches y choyas de sus llanos, y los mezquites y palofierros de sus montes.

¹ Tierras coloradas del valle. Las que están situadas en las vegas del río son de color bayo, es decir, claro.

CAJEME

Desde el 6 de febrero de 1887 estuvo Cajeme escondido en San José de Guaymas, en la casa de un individuo de apellido Galaz.

El 11 de abril, una india que conocía el secreto, se lo reveló a Salvador Armenta, Administrador de Rentas del puerto de Guaymas.

Armenta lo participó al señor Francisco Seldner, pero como en un principio no tuvieron la seguridad de que fuera cierto, no se atrevieron a dar aviso al general Martínez por el temor de engañarlo, ni tampoco quisieron desengañarse por sí mismos, no fuera a ser que la codiciada presa se escapara.

Finalmente, Seldner se comunicó por telégrafo, a Nogales, con el Gobernador Torres, haciéndole conocer la versión.

En el acto el Gobernador Torres salió para Guaymas en un tren extraordinario, e impuesto del origen de la noticia, la participó a Martínez.

La mañana del 12, con una escolta, Martínez se trasladó personalmente a San José de Guaymas y capturó al Caudillo, quien todavía intentó defenderse.

Doce años, con algunas intermitencias, había durado la guerra de Cajeme contra los yoris.

Y ocho meses y días —desde que los cobanahuas firmaron la paz, el 27 de mayo de 1886, hasta febrero si-

guiente— mantuvo aquella increíble aventura que más parecía de fantasmas que de hombres, huyendo y golpeando, siempre perseguido y nunca atrapado.

En caravanas llegaban las gentes curiosas al cautiverio del yaqui indomable, para conocerlo.

Y él las recibía con amabilidad y con una eterna sonrisa prendida en los labios.

A las preguntas de sus visitantes respondía con naturalidad y sin encogimiento, revelando en todo su inalterable sangre fría y su energía sin límites.

Un día que la multitud se agolpaba en una ventana para contemplarlo, una pobre india desató el pañuelo donde llevaba su moneda —acaso lo único de que disponía— y se la entregó a Cajeme.

La tomó él, conmovido, y en sus ojos pudo verse una humedad que mucho se asemejaba a una lágrima.

Entre las gentes que acudieron a ver al caudillo indígena se contó don Ramón Corral, quien ha dejado testimonio de su impresión y de las pláticas que sostuvo con Cajeme.

Esperaba encontrarse —dice —a un indio corpulento, silencioso y de feroz semblante.

Le sorprendió ver a un hombre de mediana estatura, delgado sin ser flaco, blando y comunicativo, de ceño simpático y con una sonrisa entreabriendo la boca desmesurada.

Cajeme hacía gala de su memoria prodigiosa, donde



siempre estaba a su alcance la precisión de fechas y detalles.

Hablando de la situación derivada de la paz y de su captura, solía decir:

—Antes como antes y ahora como ahora.

Una vez —informaba el Caudillo prisionero— había recibido recado de un norteamericano que quería construir un ferrocarril al Yaqui, en el sentido de que proyectaba explotar el carbón de piedra que hay en la región, pretendiendo, para ello, el permiso de la tribu, a cambio del ofrecimiento de que arreglaría con el Gobierno la cuestión relativa a los terrenos de los indios, consiguiendo la titulación respectiva.

—Yo le contesté —aseguraba— que los mexicanos no necesitamos que los extranjeros vengan a cogernos la mano para persignarnos.

Y acompañaba la frase con la señal de la cruz, ejecutando la acción de persignarse.

Preguntado sobre la tropa que tenía en el Fuerte del Añil cuando rechazó al general Topete, contestó que no pasarían de trescientos hombres.

Y como su interlocutor replicara que le parecían muy pocos, sus labios dibujaron una sonrisa maliciosa para decir:

—Es porque los inditos, cuando están detrás de los palos, se hacen muchos.

También se le inquirió sobre por qué, habiendo sido gordo antes de la campaña, ahora estaba tan delgado.

Respondió:

—Porque no es lo mismo estar comiendo y durmiendo bien todos los días, que andar por los montes, escondido, sin comer y sin dormir casi nunca.

Martínez tuvo a Cajeme en su propia casa, bien custodiado, hasta el 21 de abril.

Ese día lo hizo llevar a la cárcel y en la noche se le condujo a bordo del vapor *Demócrata*.

Cuando lo sacaban de su prisión para ser llevado rumbo al muelle puso en manos del Jefe de la Policía un pequeño bulto, que contenía su ropa. Le pidió que lo entregara a los suyos, puesto que él ya iba a morir.

Quien recibía el bulto quiso desvanecerle aquella idea, diciéndole que se quedara con su ropa, porque nada le iba a suceder.

Pero Cajeme le replicó:

—No es tiempo de gastar bromas con un hombre que va a morir.

El 22 desembarcaron al Caudillo indígena en la costa del Yaqui.

Desde allí se la llevó, por toda la margen del río, amarrado.

Iba hacia su fin.

Hermosillo.¹

¹ De un periódico californiano de la época: "La capital del Estado de Sonora es un sitio muy interesante. Con sólo 8 mil habitantes tiene magníficas residencias, hermosa catedral, un bonito zócalo y calles regular-

En la puerta de un comercio la gente está leyendo un boletín de noticias:

el Doctor Francisco C. Canale, especialista en enfermedades de la tenia solitaria y otros parásitos, y discípulo del famoso helmintólogo Iglesias, ha obtenido nuevos éxitos en su Consultorio de la Calle de la Amargura;

que nadie debe alarmarse porque sí hay cólera, pero en Argentina, que está muy lejos;

próximo arribo de la "Gran Compañía de Animales Sabios" que dirige el Profesor Salvini;

anuncio de la "Bala Humeadora Carbónica", que alivia el asma en cinco minutos;

conferencia del doctor José Ramírez sobre las semillas brincadoras, también llamadas frijoles del diablo...

Y al último, como no concediéndole importancia a quien tanta tuvo, la aplicación, a Cajeme, de la Ley Fuga, que no es ley, sino exactamente la violación de la ley.

La misma ineptia de siempre, la que ya nadie cree, la que nunca nadie creyó.

Y el respectivo comunicado oficial, como disfraz, pretendiendo cubrir un crimen liso y llano.

Más visible que el lado positivo —el crimen— es el lado negativo —la ausencia completa de ingenio—, por-

mente trazadas y muy limpias. Alrededor de la ciudad se encuentran los más ricos plantíos de naranjas que existen en el continente americano. El agua, escasa para irrigación, impide el gran desarrollo de esta importante fuente de riqueza, y tan sólo en el caso de que se implantara un sistema económico de pozos artesianos, habría en los jardines y huertas agua suficiente, pues especialmente en tiempo de secas, el lecho del río carece de una abundante corriente. Es de lamentarse esta circunstancia, sin la cual, y con fuentes de irrigación, Sonora en lo general poseería uno de los más fértiles terrrones del mundo..."

que la explicación se calcó del viejo molde, sin agregarle nada, pero tampoco sin quitarle cosa alguna.

La primera parte del texto dice:

“El Teniente Clemente Patiño comunica al Jefe de la Zona Militar que el 23 de abril de 1887, a las 11 de la mañana, en Tres Cruces, Cajeme, a quien conducía para Córorit, intentó fugarse, y que en la persecución que se le hizo recibió varios tiros que le ocasionaron la muerte.”

Y, al final, la frase que no podía faltar, la que sería risible si tras ella no asomara la faz del drama:

“El señor general Martínez² ya manda practicar una averiguación sobre el hecho de que se trata.”

Quando el emisario de los pimas pudo ver a Cajeme era porque ya lo iban a matar.

Supo de su aprehensión, pues la noticia voló entre los indios.

Y nunca pensó que otro pudiera ser el desenlace.

Pero se quedó en el río, esperándolo.

Luego supo también que ya lo traían y por dónde.

Y se apostó, en acecho.

Allí estaba su gran joroba, asomando su deformidad detrás de un mequite.

² En noviembre de 88 se fue Martínez, supliéndolo como Jefe de la Zona Militar el General Julio M. Cervantes, quien ocupó el cargo hasta febrero de 90, distinguiéndose por el empleo de otras tácticas pacificadoras, basadas en el convencimiento y en el trabajo. A este respecto dice el doctor Fortunato Hernández en su obra citada: “Durante el tiempo que el Gral. Cervantes permaneció al frente de la Zona, los indios estuvieron pacíficos y no se registraron ni alzamientos ni hechos de armas.”

Fue en Tres Cruces, entre Torin y Bácum.

Lo miró llegar, entre sus custodios.

En un llanito lo pararon para matarlo.

Cajeme presenciaba los preparativos, como si no fueran los de su ejecución. Como a quien no le importa ni vivir, ni morir.

Ni un gesto, ni un ademán. Impasible, sereno, tranquilo, diríase que insensible.

Sus ojos no se posaban en sus verdugos. Los tenía clavados en lo alto.

Luego la descarga cerrada, que retumbó como el cañonazo de una raza.

El jorobado fue testigo de la maniobra de los ejecutores cuando levantaron el cadáver, lo atravesaron sobre un caballo y emprendieron la marcha rumbo a Cócorit, para enterrar el sangriento despojo.

Al ver a Cajeme por primera y última vez —y al verlo caer— el jorobado sintió que todo se le acababa: su misión y el objeto mismo de su vida.

Y se fue, desandando el sendero por donde trajeron a Cajeme vivo.

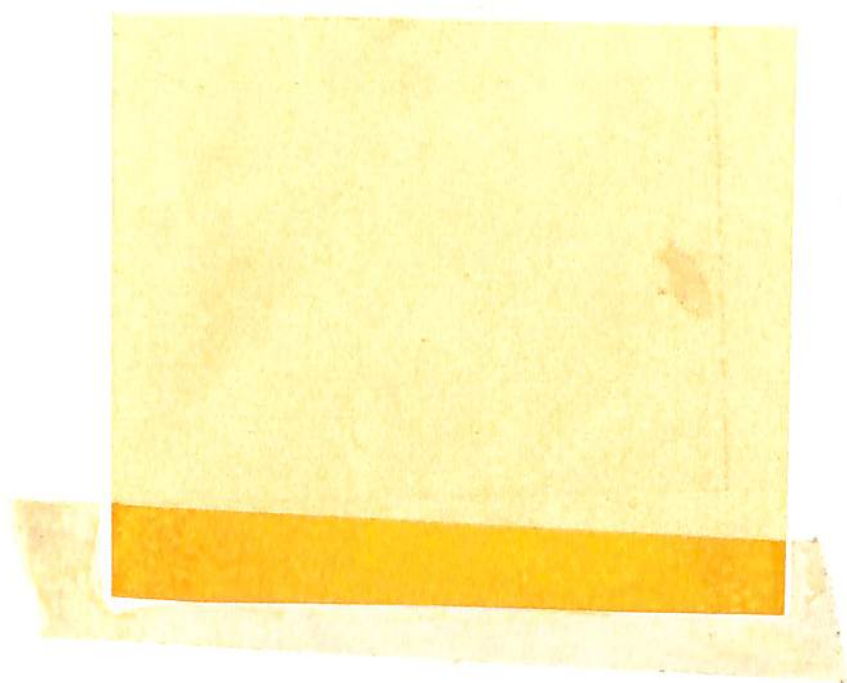
Ya no tenía a dónde ir... Ni rumbo, ni meta, ni fin...

Su viaje se confundía con el camino.

INDICE

La guerra del 1870	11
La guerra del 1877	12
La guerra del 1880	13
La guerra del 1883	14
La guerra del 1886	15
La guerra del 1889	16
La guerra del 1892	17
La guerra del 1895	18
La guerra del 1898	19
La guerra del 1901	20
La guerra del 1904	21
La guerra del 1907	22
La guerra del 1910	23
La guerra del 1913	24
La guerra del 1916	25
La guerra del 1919	26
La guerra del 1922	27
La guerra del 1925	28
La guerra del 1928	29
La guerra del 1931	30
La guerra del 1934	31
La guerra del 1937	32
La guerra del 1940	33
La guerra del 1943	34
La guerra del 1946	35
La guerra del 1949	36
La guerra del 1952	37
La guerra del 1955	38
La guerra del 1958	39
La guerra del 1961	40
La guerra del 1964	41
La guerra del 1967	42
La guerra del 1970	43
La guerra del 1973	44
La guerra del 1976	45
La guerra del 1979	46
La guerra del 1982	47
La guerra del 1985	48
La guerra del 1988	49
La guerra del 1991	50
La guerra del 1994	51
La guerra del 1997	52
La guerra del 2000	53
La guerra del 2003	54
La guerra del 2006	55
La guerra del 2009	56
La guerra del 2012	57
La guerra del 2015	58
La guerra del 2018	59
La guerra del 2021	60

	<i>Pág.</i>
Una Palabra del Autor	11
Capetamaya	13
Donde cantó la paloma	21
Festín de coyotes	37
La ciencia de Ña Camenta	47
Recogiendo voces y silencios	73
Capitán general de los ríos Yaqui y Mayo	79
La espada del mando	85
Jusacamea	91
El plan	97
Llamamiento a los animales de uña y ala	105
Teoría del bosque y la llanura	115
Alucinaciones	125
Tambor	133
La fuga de los días	139
Capitán del cielo	149
La vuelta de Moctezuma	161
Palabra de yaqui	171
Los macheteros	177
El gran amor de Coyote-Iguana	191
La Virgen del Camino	213
Justicia yaqui	225
El fantasma	233
La tierra y el hombre	243
Cajeme	249



ARMANDO CHAVEZ CAMACHO

Es nativo de Hermosillo, y pertenece a la generación de sonorenses que produjo un extraordinario grupo de profesionistas que habrían de destacar en la vida de Sonora y en algunos casos, de la Nación, todos ellos egresados de la ilustre Escuela Normal del Estado: Luis Encinas y Fausto Acosta Romo, para hablar de sonorenses destacados en la política; Antonio Macías, doctor Carlos B. Michel, María Guadalupe Ortega y Esperanza Miranda, para citar algunas importantes figuras del magisterio sonorenses; poco antes, había salido de la propia Normal Ernesto P. Uruchurtu, seguido por Noé Palomares, Enrique Michel y Guillermo Ibarra. Nombres, todos, discutidos y reconocidos en la Educación, la Política y el ejercicio profesional de una época definitoria para la Entidad.

Como todos ellos en esa época, Armando Chávez Camacho termina en la Normal del Estado su educación preparatoria, y emigra a la Capital del País para ingresar a la Universidad Nacional. Para sostener sus estudios de Derecho, necesita trabajar e ingresa en los planos más modestos del Periódico "El Universal", como reportero de "nota roja" de la Edición vespertina gráfica, de la que en poco tiempo sería Director. En franca carrera ascendente, llegaría después a la Dirección del Diario Principal de la empresa, "El Universal", que por esa época disputaba a "Excelsior" la supremacía nacional.

Culminada así una carrera periodística, abandona el diarismo para ejercer su profesión de abogado, como asesor legal de importantes empresas. El Banco Nacional de México lo incorpora totalmente a su organización, de la cual llega a ser Subdirector, hasta su reciente jubilación.

Revelado como un escritor fino y moderno desde su época estudiantil, adquiere en el periodismo soltura de estilo, profundidad de observación, y oficio literario suficiente para llevarlo a la experiencia de la Novela que aborda con gran decoro en "Cajeme, Novela de Indios", editada originalmente como obra premiada en el concurso del Libro Sonorense, que realizara en los años cuarenta el Gobierno del Estado. Más tarde, la prestigiada casa Porrúa la lanzó en el Distrito Federal, en edición rápidamente absorbida por el mercado nacional. Hasta hoy, esta novela de Chávez Camacho, que marca un signo de modernidad en la literatura sonorenses, ha sido difícil, si no imposible, de obtener en el mercado librero de la Entidad. El Gobierno del Estado la incorpora nuevamente a la circulación con un doble motivo: la celebración del Centenario de la muerte de José María Leyva, personaje clave de la historia de Sonora, y el reconocimiento a un escritor sonorenses cuya presencia es insoslayable en el catálogo de nuestra literatura vernácula.

Otros tres libros integran la producción conocida del escritor Armando Chávez Camacho: "Misión de Prensa en España" Editada JVS, 1947, "La Última Salida de Don Quijote" (Fondo de Cultura Económica, 1964), y "Un Hombre Enviado por Dios" —biografía del Obispo Navarrete— (Editorial Porrúa, 1986).



Gobierno del
Estado de Sonora
Secretaría de Fomento
Educativo y Cultura

SONORA

ARMANDO CHAVEZ CAMACHO

Es nativo de Hermosillo, y pertenece a la generación de sonorenses que produjo un extraordinario grupo de profesionistas que habrían de destacar en la vida de Sonora y en algunos casos, de la Nación, todos ellos egresados de la ilustre Escuela Normal del Estado: Luis Encinas y Fausto Acosta Romo, para hablar de sonorenses destacados en la política; Antonio Macías, doctor Carlos B. Michel, María Guadalupe Ortega y Esperanza Miranda, para citar algunas importantes figuras del magisterio sonorenses; poco antes, había salido de la propia Normal Ernesto P. Uruchurtu, seguido por Noé Palomares, Enrique Michel y Guillermo Ibarra. Nombres, todos, discutidos y reconocidos en la Educación, la Política y el ejercicio profesional de una época definitoria para la Entidad.

Como todos ellos en esa época, Armando Chávez Camacho termina en la Normal del Estado su educación preparatoria, y emigra a la Capital del País para ingresar a la Universidad Nacional. Para sostener sus estudios de Derecho, necesita trabajar e ingresa en los planos más modestos del Periódico "El Universal", como reportero de "nota roja" de la Edición vespertina gráfica, de la que en poco tiempo sería Director. En franca carrera ascendente, llegaría después a la Dirección del Diario Principal de la empresa, "El Universal", que por esa época disputaba a "Excelsior" la supremacía nacional.

Culminada así una carrera periodística, abandona el diarismo para ejercer su profesión de abogado, como asesor legal de importantes empresas. El Banco Nacional de México lo incorpora totalmente a su organización, de la cual llega a ser Subdirector, hasta su reciente jubilación.

Revelado como un escritor fino y moderno desde su época estudiantil, adquiere en el periodismo soltura de estilo, profundidad de observación, y oficio literario suficiente para llevarlo a la experiencia de la Novela que aborda con gran decoro en "Cajeme, Novela de Indios", editada originalmente como obra premiada en el concurso del Libro Sonorense, que realizara en los años cuarenta el Gobierno del Estado. Más tarde, la prestigiada casa Porrúa la lanzó en el Distrito Federal, en edición rápidamente absorbida por el mercado nacional. Hasta hoy, esta novela de Chávez Camacho, que marca un signo de modernidad en la literatura sonorenses, ha sido difícil, si no imposible, de obtener en el mercado librero de la Entidad. El Gobierno del Estado la incorpora nuevamente a la circulación con un doble motivo: la celebración del Centenario de la muerte de José María Leyva, personaje clave de la historia de Sonora, y el reconocimiento a un escritor sonorenses cuya presencia es insoslayable en el catálogo de nuestra literatura vernácula.

Otros tres libros integran la producción conocida del escritor Armando Chávez Camacho: "Misión de Prensa en España" Editada JVS, 1947, "La Última Salida de Don Quijote" (Fondo de Cultura Económica, 1964), y "Un Hombre Enviado por Dios" —biografía del Obispo Navarrete— (Editorial Porrúa, 1986).



Gobierno del
Estado de Sonora.
Secretaría de Fomento
Educativo y Cultura

SONORA